

## CAPÍTULO IX.

ALTERACIÓN DE LAS COSTUMBRES PÚBLICAS POR LOS GOCES PRIVADOS  
(1757-1775.)

El desarrollo de los goces privados llevados hasta el exceso, ya del lujo, ya de la molicie, debía causar profundamente la alteración de las costumbres públicas.

El carácter sensual que había tomado el lujo, atrajo á los mejores observadores, siendo explicado por el célebre presidente Brosses, en un pasaje que puede servir de norma á la misma naturaleza del lujo francés en esta época. «Lo que comunmente llamamos en Francia hacer una gran figura, tener una buena casa, es tener una gran mesa; un hombre rico, ha de distinguirse por sus cocineros y grandes servicios de entrada y de entremeses, por las frutas, presentadas de una manera elegante. La profusión de manjares, debe ser siempre triple de la necesaria para los convidados. Un italiano no hace nada de esto: su manera de ostentar, después de haber amasado con una vida frugal una fortuna, es gastar en la construcción de algún edificio público que sirva de ornato ó de utilidad á su patria, haciendo con esto pasar á la posteridad su nombre, su magnificencia y su gusto. Esta clase de vanidades, ¿no está mejor entendida que la otra?»

Verdaderamente se podrían citar bastantes excepciones honrosas. Existe una perpetuidad gloriosa de gustos y de nobles gastos de arte en el grande é inteligente país francés pudiendo notarse todavía entre la nobleza de capa y espada algunos tipos más fieles á este empleo, verdaderamente liberal, de la fortuna: tal fué, por ejemplo, el mismo presidente de Brosses. ¡Qué colección la suya de curiosidades de todas clases! ¡Cómo



se pinta á sí mismo, á su gusto que se estiende á todo, á los cuadros, á las estatuas, á los bonitos armarios, á los antiguos libros y á las rarezas bibliográficas! «Soy como los niños, exclama, los juguetes me deleitan.»

El gabinete del gran duque de Florencia, «este abismo de verdaderas curiosidades,» se ve formado por las principales obras de arte, de ciencias, de curiosidades y de «preciosos juguetes» que hacen de él la cosa, en verdad, más sorprendente del mundo.

El conde Caylus, fué sin duda entre los nobles [delicados del siglo dieciocho, un gran señor, un caballero, que había hecho la guerra. Arrastrado por el gusto á las artes, se hizo pintor en el taller de Watteau; grabador, bajo la dirección de Cochin; arqueólogo con Mariette; erudito con el abate Barthelemy. Es, por decirlo así, el alma de la Academia de inscripciones, dejando un bello tratado de antigüedades, cuyo texto está escrito por él y los grabados hechos por su mano. ¡Qué amante y qué coleccionista incomparable es el conde de Caylus, en cuyo gabinete de antigüedades y de curiosidades, parece reunido todo desde Egipto hasta la China! Después del señor de Caylus, muerto en 1764, será un duque de Choiseul-Gouffier el que demuestre la misma devoción por las artes y prodigue la misma protección sobre los artistas. La tradición de las nobles curiosidades y las dispendiosas antigüedades, se ha mantenido siempre en la alta sociedad francesa.

El gusto dominante de los goces materiales, se extendió desde París por toda Francia. El ministro Dubois había experimentado lo que producen las buenas comidas, como medio de diplomacia y de seducción para con una clase amiga de los placeres y de la buena carne, habiendo hecho de su mesa, un medio con qué granjearse la adhesión de los más altos personajes, contando con su famosa bodega, sus vinos de Jerez, y de Tokay, cuyas fechas constituían su elogio. De igual manera, en su embajada en Lóndres distribuía ricas telas y trajes á la moda de París, á las bellas inglesas; escribía á la señora Law que le enviase, «mantos muy anchos y de mucha cola» y veinte mil baratijas. Ruega á la señorita Frillion «mandar construir una gran muñeca, la que pudiese enseñar á las damas inglesas, de qué modo se visten y peinan las señoras de Francia, y como llevan la ropa». La frivolidad de semejantes costumbres, se había introducido en Inglaterra, aunque sus costumbres públicas y su gravedad proverbial no habían sufrido detrimento alguno. Entre los franceses todo cuidado de la política extranjera, tendía á desaparecer; ninguna noticia referente á la diplomacia y á la guerra, podía quitar la atención del público parisiense, de la Opera, de los bailes de máscaras, ni de la crónica mundana. Esta ligereza moral, tan sensible desde la regencia, parece llegar á producir cada vez más, bajo Luis XV, un desfallecimiento patriótico del que Voltaire ofrece muchos ejemplos en sus cartas íntimas dirigidas al rey de Prusia, ó á simples particulares.

Ganando terreno estas costumbres, los nobles de provincia no podían librarse de ellas. Estos hechos de la vida íntima, más conocidos en la actualidad que antiguamente, adquieren una importancia, que en el antiguo modo de escribir la historia, no se tenía en cuenta. El conocimiento del hogar, aclara la vida general de la nación por sus «libros de razón», sencillos libros de cuentas transmitidos de padres á hijos, archivos de la familia, donde el gasto escrito cada día está acompañado muy á menudo, de reflexiones económicas y morales.



¿Dónde poder hallar más á la vista estas transformaciones de que hablamos, que en uno de esos libros de un caballero lugareño, libro empezado en 1728, y continuado en 1763 por el hijo del caballero que lo empezó, y luego por su nieto? La página que demuestra la revolución introducida esta vez, no ya sólo en París, sino en provincias, es en extremo curiosa para no ser en gran parte citada. Es el verdadero par de la que Dubois escribió desde luego sobre la vida de la capital. «Nuestro pequeño bien, escribe sobre este asunto el señor de Charleval, se acrecentó paulatinamente por la buena administración. Hay que declarar también que el lujo no estaba tan generalizado como al presente. He oído decir á mis tíos, que mi bisabuelo no vistió jamás sino ropa burda y calzado tosco; no se conocían las pelucas ni otras chucherías, en las que se emplea más dinero, que todo lo que antes se gastaba en lo ordinario de la casa. *Mediante lo que, es imposible hacer los capitales.*»

Así desapareció el ahorro. El contacto con los criados, tan frecuente en el campo, cedía el puesto á un aislamiento de los dueños, más altivo, pero más dispendioso. Los señores del campo, tenían la antigua costumbre de comer en la cocina y no tener sino un fuego. Nuestro testigo indica que estos usos, á pesar de su antigüedad, han desaparecido. «La dueña de la casa, añade, proveía las alforjas de los criados y les hacía marchar para el trabajo á la hora precisa. Esta era la costumbre de entonces; si hoy se quisiera hacer lo mismo, no lo harían». Añade, que no conocían los tapices ni las telas de seda para las camas, ni otra clase de sillas que las corrientes de paja. «Todavía he visto el comedor de invierno, pavimentado de piedras talladas, dos grandes cajas de nogal delante de las ventanas, el guardarropas de madera de olivo, y una cama de tela pintada, con tapicería de cuero dorado. Mi tío fué el que la mandó arreglar, como lo hizo con el bufete, habiéndolo costado de 600 á 700 libras».

He aquí la invasión del lujo en la provincia, contado con verdad, aunque no sin cierta malicia, en el hogar de donde quita las antiguas costumbres, el viejo carácter de sencillez. «El primero que se separó de esta costumbre fué mi abuelo: quiso ir á París, y en un año gastó 14000 libras; lo que hizo exclamar á mi padre, que un par de gemelos que había traído, tenían de coste 14000 libras. Tenía ya un equipo en la casa y cuatro caballos blancos. Mi abuelo regresó de París con un gusto decidido por los caballos. Era guapo y manejaba muy bien un caballo, teniendo después algunos muy bonitos en las cuadras. Había traído de París un ayuda de cámara, del cual mi padre decía en chanza, que no se atrevía á pedirle un vaso de agua, al verle mejor vestido que él. Poco á poco el lujo empeoró, añade el mismo testigo, y *no se hicieron más capitales, teniendo no poco trabajo en el día, para conservar los restos de aquellos*».

Las consecuencias sociales y políticas de semejante mal, no escapan á la inteligente perspicacia de los observadores, que no sólo escriben sus memorias personales al lado del hogar, sino que escriben las memorias referentes á la Francia entera. Tal es el marqués de Mirabeau, este Saint-Simon campesino que á veces expresa en su estilo pintoresco y bizarro, profundas verdades. «La nobleza lugareña de otras veces, abstraída largo tiempo, dormía sobre los viejos sillones, montaba á caballo, iba de caza muy de mañana, empezando por San Humberto, y no terminaba hasta después de la velada de San Martín... Esta nobleza llevaba una vida agradable y dura voluntariamente, costaba poco al Estado y le producía mucho por su residencia y sus contribu-



ciones. Sábese hasta qué punto era costumbre, mejor dicho, manía, la de los presentes continuos que los pecheros hacían á los señores. En mi tiempo he conocido acabar de una vez esta costumbre. Los señores no les sirven de nada y es muy tonto que se vean olvidados como lo están. No conociendo nadie al señor en sus tierras, todo el mundo le saquea, y está bien hecho.» Este mismo hombre que en cuanto á él, conservaba en su estilo como en su familia, prácticas completamente feudales, escribía con no menos convicción: «El cortesano que obtiene seis mil libras de pensión, recibe la contribución de seis aldeas»; y grababa también en estilo lapidario, este pensamiento: «El trono no está rodeado sino de nobles ruinas». Lamentábase que el erario y que el antiguo respeto de las viejas razas, fuese el responsable de esta decadencia. Se queja, en una carta dirigida á su hermano, el baile en 1770, «que en Provenza no se practique este culto del respeto, ligado á las razas antiguas, que no se prosternen ante las viejas razas y las grandes espadas de Malta, y que la provincia sea totalmente conquistada por el escritorio y los animales armados de plumas, especie la más venenosa y la más epidémica para un señor».

La idea del predominio de los financieros, que redujo la nobleza á la nada y que no hacía más que acusar la preponderancia del dinero y los goces materiales, estaba indicada ya en otras publicaciones, como el *Antifinanciero*. «La palabra erario lo tapa todo, mejor dicho, lo autoriza todo, y esto que es el colmo de la depravación, lo ennoblesce todo».

«Bien pronto, añade, no se conocerán en Francia más que tres estados: el rey, los rentistas y los esclavos». En las grandes ciudades, con mayor razón, trajes y costumbres se nivelan, atestiguándolo la absorción de las diferencias de rango y de estado, en una especie de confusión que verdaderamente tiene su lado excesivo y ridículo. Los contemporáneos están menos dispuestos que nosotros á abrir paso á la idea esencial, es decir, al progreso de la igualdad civil, apoderándose de los inconvenientes y los abusos, que determinan con rasgos satíricos.

De este cuadro tantas veces expuesto se hace un talismán: la vida de la sociabilidad y de placeres fundada sobre la superioridad de fortuna, absorbe y nivela las otras distinciones, y el espíritu de clase, lo que hace la dignidad y la gravedad de la profesión, se debilita en perjuicio de la fuerza moral de la nación.

Creeríase con un célebre historiador contemporáneo que en provincias y en París, cesó la costumbre grosera de embriagarse de la alta clase en el siglo dieciocho, y que «el café destronó la taberna.»

No juzguemos por las famosas reuniones de literatos en un célebre café Procopio. El café no hizo sino reemplazar con frecuencia la taberna sin grandes ventajas. La profusión de cenas y de la bebida no cesaron desde el principio al fin del reinado.

En cuanto al juego, este vicio sostenido sobre todo en el reinado de Luis XIV, no cesa de agravarse. Se dedican con furor á las cartas y á juegos de azar. El empuje dado en el momento de la Regencia, debía sobrevivir, y el cuadro trazado por el autor de las *Cartas persas*, de la mujer jugadora, conservaba toda la veracidad. Las sumas jugadas eran enormes. «De Chabillant, esposo de la nieta de la señora de Aiguillón, ha perdido al treinta y cuarenta 73.000 francos, habiendo gastado desde su matrimonio 40.000 escudos en equipos, trajes, etc. Aquí el juego es terrible; el señor de la Tremoui-



lle, en la misma sesión que el pequeño Chabillant, y que se verificaba en casa de un señor de Boisgelin primo del que vive entre nosotros, perdió 156.000 libras, y el amo de la casa 48.000; un tal señor de Franc, es el que ha ganado todas estas cantidades. Yo no sé comprender de que manera pasa esto en un país donde hay policía y que no se pueda encontrar ningún expediente para remediar tal desarreglo.»

La misma señora de Deffaud, escribe todavía con fecha 25 de Junio de 1769: «El otro día, en el campo, durante el juego del amo de la casa (el rey), el jefe de la corporación (duque de Richelieu), estableció un pequeño lasquet para enseñar á la señora (señora Dubarry); era un juego de nada y perdió en él doscientos cincuenta luises; el amo de la morada se burló de él preguntándole como había podido perder tanto en un juego tan mezquino y él contestó citando un trozo de ópera: «El más sabio, se inflama y se enreda sin saber como.» El amo y toda la concurrencia se echaron á reir.»

Las grandes ciudades seguían el ejemplo de París. Por este tiempo fué cuando el juego vino á ser una clase de institución regular y pública, con las casas de juego autorizadas por el lugar teniente de policía Sartines (1775). ¡Triste asunto de dinero que establecía un impuesto sobre una inmoralidad, que arrancó de un sistema de tasaciones impuestas sobre otras superfluidades! Aquí notamos un nuevo esfuerzo de la legislación suntuaria. En 1759 aparecía el edicto del tesorero general Lillovet, inspirado, según se cree, por el economista Torbaunais.

El parlamento se opuso y el malaventurado reformista fué reemplazado por Bertin. Lo que se veía más claro en este edicto, es la cantidad de formas que habían tomado los refinamientos dispendiosos. No se limita á marcar la intención en términos expresos «de agravar las imposiciones sobre la clase de los ricos cuya fortuna se encierra en una cartera, y que los empréstitos han multiplicado los gastos de las otras clases.» En este edicto para el establecimiento de una subvención general en el reino y que registrado en el libro de justicia del 20 septiembre de 1759 fué suprimido en febrero de 1760, se notaban ciertos artículos que indicaban con fuerza el carácter suntuario. Según los términos del artículo 3 los amos debían pagar 50 libras por cabeza por los mayordomos, por cada ayuda de cámara, y por el primer pinche de cocina, en todas las ciudades y arrabales de ciudades; por otra parte, 20 libras por cabeza en la ciudad y arrabales de París y en la ciudad de Versalles y 12 libras en «*las ciudades y arrabales de ciudades de provincia*», por los lacayos, porteros, llevadores, cocheros, postillones, palafreneros y otros criados inferiores.» El artículo 4 consagraba los derechos de 20 libras sobre los caballos de silla, de carroza ó silla de mano etc.

Todo atestigua la decadencia de las costumbres públicas y militares, sobre todo hacia los momentos de Rosbach. No se hace aquí sino repetir la apreciación de los mismos contemporáneos. Los hombres menos dispuestos á ver y juzgar bien, se ocupan en esta debilidad en los abusos de los placeres, atestiguada por lo que un ministro como Bernis, despertado por decirlo así, por el exceso del mal, escribía sobre el asunto. «El lujo ha enervado á la «nación» y hubiera podido añadir «y al ejército» porque esto se desprende de toda su correspondencia.

El gusto de los goces sensuales había penetrado de tal manera que el legislador se vió obligado á prescribir la calidad y el número de manjares. «No habrá más que un solo servicio compuesto de entradas, asados y entremeses. Los entremeses serán carnes



saladas, gruesa pastelería, pescados según la costumbre del país, huevos y legumbres; los postres se compondrán de quesos, frutas cocidas ó crudas, confituras, sin cristalería ni porcelanas.» Un reglamento semejante daba bastante lugar á la sensualidad.

La parte del mismo mal en la organización militar, resulta con una evidencia particularísima. No se había sabido ser suministrado, cuando se fué batido á pesar de la superioridad del número. El conde de San Germán habla en sus *Cartas* de generalidades, «de una avaricia sórdida y de un afan insaciable» que «saqueaban para enriquecerse.» La debilidad de las virtudes y de los talentos militares, ya señalada en 1752 por el mariscal Noailles, era cada vez mayor. La indisciplina y la relajación se hallaban en todas partes. Los generales disgustados con todo esto, no aspiraban según el testimonio fehaciente de las cartas de los Richelieu, de los Clermont y de los Soubise, sino á concluir la campaña. Todavía Bernis vuelve á escribir sobre la «bobería» de los generales y de la nación; sobre la decadencia del valor y del honor de Francia. «Los cuidados personales de la fortuna y las costumbres de la vida lujosa de París y las grandes ciudades, dice, han bastardeado á los oficiales generales.» Bellisle Saint-Germán achacan á las mismas causas la ignorancia de los asuntos de la guerra. «El oficial ni sabe nada ni se aplica tampoco. Entre cien regimientos no se encontrarán seis tenientes coroneles buenos. No sabemos hacer la guerra; ninguna nación es menos militar que la nuestra y no hay ninguna que haya trabajado menos sobre táctica. No tenemos ni un solo mapa de los Vosgos y se podrá decir que en nuestro país todo es locura. Nuestros subalternos no valen nada. Todos suspiran por el reposo, la ociosidad y el dinero.» «¿Como los coroneles, jóvenes la mayor parte, con costumbres de modistilla, excitarán en lo militar, los sentimientos de honor y de firmeza que constituyen la fuerza de los ejércitos? Ignorancia, frivolidad, negligencia, pusilanimidad, sustituyen á las virtudes varoniles y heroicas. Aquí no hay un defecto difícil de corregir; es preciso refundir la campana.»

De 1757 á 1775, se hablaba bien y con bastante razón, al acusar los efectos de la molicie y del lujo, pero se equivocaban sin embargo sobre el punto más grave, puesto que desesperaban del porvenir. Francia demostró más tarde que no había perdido definitivamente sus antiguas condiciones. Las «virtudes varoniles y heroicas» fueron recuperadas la «campana estaba fundida.» Debía sonar el fin del siglo al toque de nuevas victorias.

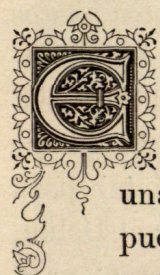
La Francia no había tocado menos el fondo del abismo, y en este periodo transitorio entre el pasado y el porvenir, había el derecho de acusar esta descomposición moral que había concluído por sustituir casi por entero el culto de los placeres al amor patrio.





## CAPÍTULO X.

## GASTOS DE LA CORTE AL FIN DE LA MONARQUÍA



El historiador del lujo, sobre todo en esta época, no puede descuidar la parte financiera del asunto. Los gastos del lujo, es decir, las fuentes de que dispone y los gastos que ocasiona, están ligadas, como se ha podido ver, de una manera íntima á la política, por la administración y organización de impuestos y rentas, como por las consecuencias que debía tener este género de excesos sobre la revolución. Hemos delineado el cuadro del lujo en relación con el estado social de las épocas de Luis XV y Luis XVI; falta establecer el presupuesto de gastos de la corte y recordar una infinidad de abusos que merecen señalarse antes de llegar al periodo revolucionario, que es como la confusión. Aquí hay todavía documentos nuevos del mayor interés que facilitan á menudo en este género de informaciones el grado de precisión histórica, que faltaba á los historiadores, contentándose éstos con lo que sabían, y de lo que, á decir verdad, desconocían, como si las cifras no hubiesen tenido interés histórico. Era preciso que tuviesen la aridez y la insignificancia que suponían. Lejos de constituir la estadística una ciencia muerta, vivía experimentando hechos importantes y haciendo sensibles los grandes abusos. No creemos que los lectores tengan motivo de queja de estos detalles exactos, que en sí encierran el interés y la instrucción. Querríamos que los historiadores que en sus estudios generales rebuscan indicaciones útiles sobre puntos especiales, pudieran para esta como para las otras partes de la historia del lujo, hacer tales demostraciones formando un apiñado haz de hechos exactos, para juzgar lo bueno y lo malo de lujo y obtener un juicio definitivo.

Se ha visto cuál era el tren de la casa real bajo el último reinado. Estas prodigalidades disminuyen poco bajo el reinado de Luis XV, por más que sufrieron, á causa de



los esfuerzos del intendente La Ferté, cierta reducción. Una contabilidad más rigurosa y un orden minucioso dimanaron de estos desórdenes, y esto mismo es lo que nos permite obtener la cifra bastante exacta.

En la terminación de la monarquía, los gastos de la administración llamados de *Menudeos*, se dividen en cuatro clases, á saber: El dinero, las menudencias, los placeres y los asuntos de la cámara del rey. Los gastos de dinero consisten en las ceremonias de iglesia, fiestas solemnes, sagradas, bautismos, casamientos, pompas fúnebres, duelos, *Te-Deums* y procesiones. Por *Menudencias* se entienden las diferentes renovaciones del mobiliario y guardarropa del rey y de su familia, en cofres, camas, pabellones, doseles, tesoro particular, gastos de viajes, fornituras, arreglos hechos por los tapiceros y herreros del rey, trajes de varios individuos, las tiendas y casas de campo, las joyas, retratos y otros presentes dados por el rey y la familia real. Bajo la denominación de *Placeres* se comprenden los gastos de espectáculos, fiestas, fuegos artificiales, bailes, con los señalamientos y gratificaciones acordadas con motivo de estas diversiones. Por último, los gastos llamados de *Asuntos de la cámara del rey* consisten

en la renovación de las ropas y encajes del rey, de telas, trajes de casa, muebles de cámara y guardarropa, péndulos del despacho, composición y renovación de muebles de campo, platería de la cámara y guardarropa.

Desde luego indicaremos estos gastos bajo la forma sencilla de una enumeración, cifrada en el orden en que los presenta el documento oficial, durante quince años. Los cálculos de La Ferté dan para el tocado del rey y de Monseñor el Delfín, 11.039 libras, 1 sueldo y 8 dineros; para el traje de la ceremonia de la cena, 29.409

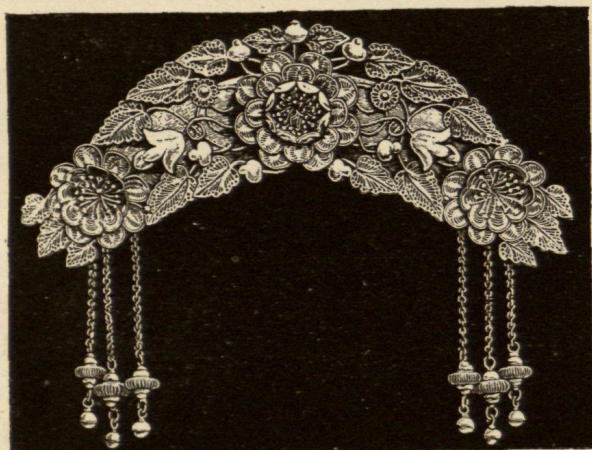


Fig. 199.—Joya del siglo XVII.

libras; para las fiestas solemnes, 169.946 libras, 13 sueldos y 1 dinero; para gajes, gratificaciones y recompensas, 1,792.812 libras, 18 sueldos y 8 dineros; para el duelo del rey y de Monseñor el Delfín, 70.910 libras; para los carruajes de corte, 1,362.457 libras y 5 sueldos; para las menudencias de la cámara, 1,052.729 libras, 2 sueldos y 6 dineros.

Enseguida entra el capítulo de placeres, diversiones y viajes. Bien se ve que no es el menos recargado. Comedias y conciertos, 3,030.879 libras, 9 sueldos y 4 dineros; viaje á Compiègne, 491.491 libras, 11 sueldos y 1 dinero; viaje á Fontainebleau, 5,188.485 libras, 7 sueldos y 6 dineros; gastos imprevistos, 3,107.708 libras, 2 sueldos y 7 dineros; almacenes, 3,226.615 libras, 7 sueldos y 5 dineros.

Hay que echarse á soñar sobre los gastos de diversos miembros de la familia real. Así, pues, no hay que admirarse al encontrar para renovaciones de tocados y encajes de Monseñor el Delfín, la suma de 128.080 libras, 11 sueldos y 6 dineros; para el dosel, el guardarropa del rey y de Monseñor el Delfín, 60.603 libras, 5 sueldos y 7 dineros; para los cofres de las señoras, 118.039 libras, 15 sueldos y 4 dineros; para los gastos



particulares de la reina, 114.510 libras, 17 sueldos y 7 dineros; para los gastos particulares de las señoras, 141.916 libras, 10 sueldos y 8 dineros; para los gastos de las princesas, 1,300.624 libras, 8 sueldos y 8 dineros.

La Ferté, hace aquí mención de lo que menos directamente nos interesa; para los gastos de justicia, etc., 33.421 libras y 14 sueldos.

El lujo funerario ocupa un gran puesto entre estos gastos. Las pompas fúnebres figuran por 1,693.672 libras, 16 sueldos y 7 dineros; los trajes y aparatos de duelo por 200.442 libras, 4 sueldos y 4 dineros.

Después vienen, un poco confusos, los ornamentos donados á las iglesias, 222.898 li-

bras y 13 sueldos; el pago de la escuela dramática, 33.000 libras; los bailes en Fontainebleau, en 176, 370.994 libras, 2 sueldos y 4 dineros; los casamientos, en número de seis, 6,410.772 libras, 5 sueldos y 7 dineros; la consagración, 825.509 libras, 15 sueldos y 7 dineros; los bautismos, 2,163.821 libras, 16 sueldos y 1 dinero; y el mueblaje, 745.282 libras, 18 sueldos y 9 dineros.

El resto asciende á 31,806.578 libras, 11 sueldos y 10 dineros, y añadiendo las taxaciones por 462.795 libras, 2 sueldos y 1 dinero, arroja una suma de 32,269.373 libras, 13 sueldos y 11 dineros.

Estas indicaciones están lejos de absorber el capítulo del lujo en la corte de Luis XV, puesto que ellas no comprenden los presupuestos de los vicios pródigos del monarca y de todos los accesorios que se refieren á dádivas y pensiones.

El gran gasto de lujo en esta época, es la señora de Pompadour. Por la medida que permiten apreciar los documentos oficiales, se verá lo que cuesta al rey y á la Francia: evaluación donde los elementos morales no entran en el conjunto de la cuenta, lo que constituye una inexactitud grave, porque tal desgraciada elección, hecha bajo la influencia de una favorita, puede, por la pérdida de una batalla ó el pillaje de una provincia por un gobernador infiel, acarrear, aunque sea bajo el punto de vista material, una pérdida de capitales incalculable. No se sabe como, pero es el caso, que tan influyente favorita «se hizo dueña de la política y de los destinos.» Obtuvo la supresión del cargo de director de la moneda, para darle más importancia á la del tesorero general, que había obtenido para uno de sus protegidos. Se hizo pagar sus deudas por Machault de Arnouville, en el momento que éste entró en el ministerio; y más tarde, maquinó

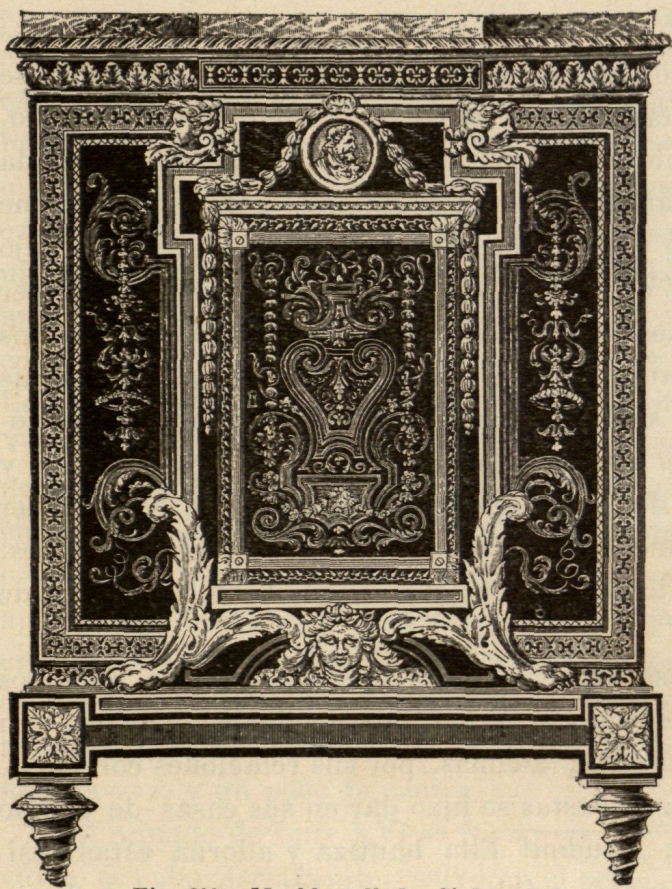


Fig. 200.—Mueble tallado. Siglo XVII.



para derribar este ministerio, sabiamente reformado. Hizo caer en desgracia al marqués de Argenson; quitó de la comandancia del ejército de Alemania á de Estzees, para dársela á Soubise; excita á la corte contra los parlamentos; se alía á los parlamentarios contra los jesuítas; disuelve y destruye las alianzas extranjeras, por medio de sus intrigas; rompe con Prusia, y arrastra á Francia á los desastres de la guerra de los siete años. ¿Quién podrá calcular con semejante estado de cosas, las pérdidas financieras, á más de la enorme degradación moral que resulta para la monarquía?

Lo que hay de menos funesto en el papel de la célebre favorita de Luis XV, relativo al lujo, es la especie de protectorado que dispensó, no sólo á las letras, si que también á las artes. No es que tuviera lugar de extasiarse en esto, como dicen ridículamente ciertos panegiristas. Las lagunas y los defectos están aquí bien á la vista, teniendo de incompletos y defectuosos, lo que de cultura y elevación había en la favorita, y no es posible de ningún modo que semejante protección, ejercida por una mujer, no estuviese conforme al gusto de su tiempo. El de la favorita era como este último, muy desabrido, pero, ya lo hemos dejado dicho al referirnos á la pintura y al mobiliario, no sin gracia y delicadeza. En cuanto á literatura no habrá necesidad de hablar, porque todo lo que se produjo bajo su influencia, es mezquino y pobre; en cuanto al arte, la acción del lujo fué más feliz. Artista como era, se sirvió de sus disposiciones en las artes para ejercer la mejor y más duradera de sus seducciones en el espíritu del rey. Durante veinte años de dominación, su gusto para el lujo elegante, para la magnificencia en los límites que la distinción marca, su predilección por una cierta perfección relativa seguida en todas sus cosas, no fueron menos útiles á las artes industriales. Se la atribuye el honor, y no sin razón, de haber reanimado el arte del grabado en piedras finas, así como haber dado vuelo y un carácter gracioso á la nueva manufactura de porcelanas de Sevres: sus predilecciones valen aquí más que en los otros servicios en que tuvo la torpeza de inmiscuirse sin competencia para ello.

Por otra parte, ¿qué tendrán que enseñarnos, después de otros ejemplos análogos presentados ya en el curso de esta obra, el lujo y la avidez de esta ilustre favorita, tan mezclada en toda la historia política y literaria, además, por sus relaciones con los literatos y los enciclopedistas? ¿Qué locura de fiestas se hizo dar en sus casas de campo y castillos de Crécy, Mautretoit, la Celle, Meudon! Ella bautiza y adorna estas residencias y llena de cosas frívolas y de asuntos públicos en una singular mezcolanza sus cartas incorrectas, más sensatas que distinguidas, más amenudo secas que afectuosas, donde se ostentan á la vez los gustos del lujo y del placer y sus cuidados secretos: ¿qué hay aquí que para nosotros sea nuevo ó instructivo? ¿No hemos vuelto á encontrar, bajo más brillantes colores, este tipo fastuoso de la favorita real? Ni este gusto, ni este ardimiento por las artes de agradabilidad, ni esta pasión por las diversiones, ni este trasiego de ingenio y de intriga, ni esta avaricia calculada, son para nosotros trazos desconocidos. Al fin esta linda burguesa, amable marquesa por casualidad, ¿no reveló sin el aire de grandeza de una Montespan, los mismos deseos ávidos y ambiciosos? El lado más original de la avaricia de la señora de Pompadour, es una contabilidad rigurosa que tiene la burguesa, so capa de préstamo, de la mujer del gran mundo. No se puede tener, efectivamente, más regularidad en las cuentas de los más locos gastos, el orden más minucioso dentro del mismo desorden. El libro de gastos de



esta perfecta calculadora, existe todavía, y sabemos de buena tinta que durante veinticinco años de favoritismo gastó 36,327.268 libras; por más que esto no dé una idea exacta de lo que la galante marquesa costó. Aquí no figuran ni los pequeños presentes, ni los beneficios que realizaba por medio de abonos que le pagaban los colonos generales para ser repuestos. Como casi todas estas favoritas, desde Inés Sorel y Diana de Poitiers hasta la señora de Montespan, la favorita de Luis XV daba también mucho, se le debe esta justicia. En su libro, bien poco edificante, no omitió sus caridades: la cuenta es bastante grande; ¡pero cuán pequeña es al lado de sus frivolidades lujosas! Mas de 36,000.000 de libras gastadas por el rey en una sola querida, es seguramente una cantidad bastante hermosa, pero no basta aún para fijar los gastos de Luis XV en este género de tristes prodigalidades. ¿Quién hará la cuenta de lo que costaron sus otras queridas, Mailly, Chateazourc, Vintimille, de Romanus, la irlandesa Murphy, la carnicera de Poissy, la zapatera de Versailles, y la multitud innominada de pequeñas burguesas, huéspedes pasajeras del Parque de los Ciervos? ¿Qué cálculo, por minucioso que fuera, podría establecer exactamente las cuentas de la cortesana del Berry, con quien termina la lista de las queridas famosas de la vieja monarquía en Francia, de una manera tan ignominiosa, que se creería caer en un detalle por demás inútil y demasiado indigno al contar los trajes y las joyas de esta favorita degradada? Este lujo concluyó, por consiguiente, en medio de las elegancias del arte, en aquel pabellón de Lourenciennes, que absorbió millones, y que Fragonard, Rother, Pajou, Greuze y Vanloo, adornaron á medida del deseo. Volvamos, pues, sobre el monstruoso presupuesto de la señora de Pompadour, la favorita, después de todo, más distinguida de esta triste época, y como juicio supremo ratifiquemos esta sentencia de Diderot, que dejaba escapar estas líneas á manera de oración fúnebre: «¿Qué ha quedado de esta mujer que nos ha agotado de hombres y de dinero, nos ha dejado sin honor y sin energía, y ha involucrado el sistema de Europa? El tratado de Versailles, que durará lo que pueda; el *Amor* de Bouchardon, que se admirará siempre; algunas piedras grabadas de Guay, que admirarán á los anticuarios del porvenir; un buen cuadrito de Vanloo, que se admirará alguna vez, y un poco de ceniza.»

El reinado de Luis XVI se inaugura por proyectos de economía que no debían llevarse á cabo seriamente, salvo en el corto paso de Turgot en los negocios, dejando plaza á los antiguos gastos, agravados en algunas cosas. El escándalo fué tanto mayor, cuanto que la opinión pública estaba más en guardia y era más severa. El estudio que vamos á hacer tiene una importancia decisiva en vísperas de la revolución, á la que estos abusos habrían de contribuir de modo tal que la precipitasen. Aquí encontramos dos partes que hacer: el lujo del rey y de la casa real, que no es imputable sino en una medida de responsabilidad debil relativamente á Luis XVI, el cual no tenía otros gustos dispendiosos que la caza; y el lujo personal de la reina. Al describir el primero, completamos este que se ha visto en la corte de Luis XV y acabamos de enseñar las llagas financieras de Francia. Al apreciar el segundo, demostramos cuánto en este último tercio de monarquía absoluta, el carácter personal de los príncipes alcanza importancia política. ¿Cómo mirar como puras frivolidades sin consecuencias estos gastos tan ligeramente hechos, cuando se ve á dónde conducen á los imperios?

Estas últimas cuentas dan por sí la prueba, al principio, de los intentos de econo-



mía por la reducción de los precios de la consagración, que no costó sino 825.529 libras, 15 sueldos y 5 dineros; suma considerable, pero muy inferior á la de las anteriores monarquías.

El capítulo más detallado de *menudencias*, placeres, etc., nos ha sido facilitado respecto á la corte de Luis XVI, como á la de Luis XV, por el mismo intendente La Ferté (cuyas memorias respecto á esta última época acaban de publicarse recientemente).

El señor Taine, en su obra sobre los *Orígenes de la Francia contemporánea*, consagrada al *Antiguo régimen*, ha trazado á su lado el cuadro sorprendente y completo de estos lujosos abusos de la corte al final de la monarquía, y salvo apenas algunas notas más recientes, ha despojado de tal modo el legajo, añadiendo la fuerza de su imaginación y su talento en agrupar los hechos, que no deja tras sí nada de provecho, como no sea su análisis. Nos aprovecharemos de un trabajo tan bien hecho, añadiéndole algunas indicaciones ó apreciaciones, sacadas de recuerdos de la época y de la correspondencia de la reina María Antonieta, inestimable en clase de documentos íntimos.

El espíritu queda confuso del número increíble de cargas de corte, indicadas en el estado impreso de los gajes y emolumentos. No figuran menos de 295 oficiales de boca, sin contar la servidumbre del rey y gente de palacio. Créese soñar al ver que un primer mayordomo goza de 84.000 libras al año bajo diferentes conceptos, sin contar con sus salarios ni las grandes libreas que cobra en metálico; que las primeras camaristas de la reina, inscritas en el almanaque por 150 libras y pagadas á 12.000 francos, obtienen en realidad 50.000 francos *por la reventa de bujías encendidas durante el día*; que de Augeard, secretario de órdenes y cuya plaza esta dotada con 900 libras al año, proclaman que le vale 200.000. El montero mayor de Fontainebleau, obtiene en provecho propio cada año 20.000 francos vendiendo conejos; en cada viaje á las casas de campo del rey, las damas de la servidumbre, á más de sus gastos, tienen el 80 por 100, café con leche con un pan por cabeza, y cuestan 20.000 francos por año, y así todo lo demás. Centenares de oficiales, provistos de salarios y accesorios, están sin oficio, no sirviendo sino para decorado. La señora de Laborde acaba de ser nombrada guarda del lecho de la reina, con 12.000 francos de sueldo sobre la caja del rey, sin que se sepan cuáles son las funciones inherentes á este cargo, que no había existido desde Juana de Austria. El primogénito del señor de Machault es nombrado intendente de cazas, uno de los empleos llamados graciosos. «Esto vale 18.000 libras de renta, por poner su nombre dos veces al año,» escribe de Argenson en sus *Memorias*; ¡y millares de hechos semejantes y más llamativos todavía! Sólo citaremos uno. El señor de Rouillé tuvo el disgusto de no poder formar parte en el tratado de Viena, y para consolarlo, dan una pensión de 6.000 libras á su nieta la señora de Castellane y otra de 10.000 á su hija la señora de Beuvron. ¡Toda una familia ricamente dotada, porque uno de sus miembros «no ha participado» de un tratado! En una semana se concedieron 128.000 libras de pensión á señoras de la corte; ¡en cambio, los oficiales más distinguidos y más merecedores, no pudieron en dos años alcanzar la menor pensión! ¡Hasta dónde descende este lujo de servidumbre y en qué oficios más bajos va á anidarse este pomposo aparato! La pluma se resistiría á describirlo, si la historia tuviese el derecho de descuidar estos rasgos característicos en el cuadro de estas cortes bizantinas, indignas en sumo grado de las monarquías cristianas y de las sociedades civilizadas.



Estas cargas de corte se multiplican, además, por el número de príncipes y princesas; 496 personas empleadas cerca de la reina, 274 en casa del duque de Orleans, 256 en la de la condesa de Provenza, 239 en la de la condesa de Artois, 210 en casa de las señoras etc. La casa civil del señor comprende 420 y la militar 179; la del conde de Artois 237 y la civil 456.

Después entra la guardia del rey, compuesta de 9.050 hombres, costando cada año 7,681.000 libras. Luego la cuadra real, que contiene 1.857 caballos, 217 carruajes, 1.458 hombres, cuyas libreas cuestan 540.000 francos por año. Hay un mundo de gobernadores, subgobernadores, capellanes, médicos, boticarios, intendentes, tesoreros, etcétera, etc. La caza cuesta 1.200.000 francos; la manutención de tan numeroso personal no cuesta menos de 2,177.771 libras de gasto. Total: cerca de 4.000 personas para la casa civil del rey, lo menos 10.000 para la militar, en conjunto cerca de 15.000, con un gasto de 40 á 45 millones, que en el día valdría más del doble, y que representaba entonces la décima parte de la renta pública.

¡Qué desórdenes, qué pillaje! No se explica cómo las señoras podían quemar por valor de 215.068 de libras de bujías blancas y amarillas, y la señorita Isabel consumía carne por valor de 70.000 libras, y 30.000 de pescado; cómo el café, el chocolate y refrescos del rey importaban 200.000 libras. Las dietas reales, las delataría el porvenir: en 1778 el rey debía todavía cerca de 800.000 libras á su mercader de vinos, y más de tres millones y medio á sus proveedores.

A estos abusos, que habían tomado un carácter permanente, se unía para agravarlos, la influencia de una reina joven, que tenía en sus primeros años mucho de in-experiencia y de ligereza. Esta figura, que ante la posteridad se llamará María Antonieta, no se dibuja todavía en sus locos años de juventud y de placer. Digamos por tanto: aquí mismo no se la puede reprochar sino ciertos extravíos que no tuvieron jamás la gravedad de los vicios imputables á otras soberanas, y que la calumnia no tuvo temor en abultar. Hubo poca responsabilidad quizás, en el sentido riguroso de la palabra, en esta imprevisión de una mujer joven, á la vez que ignorante é impulsada; pero las consecuencias fueron incalculables. Que esta joven de dieciocho años, arrojada en medio de las embriagueces de la corte más brillante y más aturdida del mundo, haya mirado, á su llegada á Francia, la vida como un baile y una partida de placer, y la majestad real como una exhibición de tocados; que tomase como primer ministro una vendedora de modas, la señorita Bertin, introducida en el interior de palacio á despecho de las costumbres; que hiciese del adorno su ocupación principal, y cada día inventase alguna moda nueva; esto no tiene nada de extraordinario. La imitación que hicieron las mujeres de la corte de sus plumas y de sus guirnaldas, no pudo sorprender en adelante. Lo que es deplorable, es la falta de freno en la organización política y financiera de un estado que permite tales desórdenes, funestos hasta á las mismas familias. El gasto de las damas jóvenes, hace notar la señora Campan, (tan simpática á la nueva reina, pero á menudo, tan previsora y juiciosa) fué de tal modo aumentado, que algunas se entramparon, y que varios patrimonios quedaron enredados. Hemos señalado ya algunas de estas modas dispendiosas, como los peinados, llegados á tal grado de altura por el promontorio de gasas, flores y plumas, que los carruajes resultaron bajos, y que las mujeres se vieron obligadas á sacar la cabeza por las portezuelas y otras á ir



arrodilladas. Por otra parte, los tocados, las fiestas, no tienen fin; continúan sin interrupción. En Versalles tres espectáculos y dos bailes por semana, dos grandes cenas, y de vez en cuando, la ópera en París; en Fontainebleau, tres espectáculos por semana, los otros días juego y cenas, todo esto sin perjuicio, durante el carnaval, de los bailes del Palacio Real y los bailes de la Ópera. No hablamos de las fiestas públicas, ni de la primera luego del casamiento de la reina, que había sido señalada por accidentes llenos de siniestros presentimientos, ni de aquella que con tanto esplendor solemnizó el nacimiento del Delfín, y otras que realzaba la alegría parisiense, entonces en toda su excitación, porque pocas etapas fueron más alegres. Estas fiestas celebradas tanto en Versalles como en Fontainebleau, en las residencias como Choisy y Marly, tienen un brillo extraordinario. Las de Marly recordaban la época de Luis XIV. Los palacios, los jardines de esta casa de placer son tan magníficos como sus pabellones de los doce signos del Zodiaco, bordando los dos lados del Parterre, unidos unos á otros por elegantes cunetas y reservados á los príncipes de la sangre y principales dignatarios; pabellones dominados por el del *Sol*, que habitaban el rey y su familia, formando un magnífico decorado de Ópera en medio de una selva. En un extenso cuerpo de edificio, adornado con arte, en uno de estos pabellones, hay cien alojamientos destinados á las personas ligadas al servicio de la corte, cocinas y vastos salones, donde más de [treinta mesas estaban espléndidamente servidas.

Las damas llevaban todavía en tiempos de Luis XV el *traje de corte de Marly*, designado así por Luis XVI, y que difería poco del que se adoptaba para Versalles en las brillantes fiestas de Luis XIV. El traje francés, á pliegues en la espalda y con grandes paniers, había reemplazado á aquel traje, y fué conservado hasta el fin del reinado. Los diamantes, las plumas, las estofas bordadas y laminadas en oro, hacían desaparecer hasta el menor trazo de una diversión campestre. Se volvió á ver renacer el gusto del siglo diez y siete para la magnificencia ingeniosa, los recuerdos caballerescos, los torneos, arreglados y hermoseados por la imaginación romancesca que añadía los encantamientos, los sueños letárgicos, disipados por algún medio mágico, donde lo más galano era á la simple vista la hermosura de la joven reina, apareciendo de repente, en medio de los caballeros armados de punta en blanco, adormecida en un bosquecillo!... Tal fué la fiesta dada en Brunoy por el señor hermano del rey á María Antonieta. Los combates figurados en una vasta liza; los cincuenta bailarines, vestidos de pajes, que presentaban á los caballeros veinticinco soberbios caballos negros y veinticinco de una blancura deslumbradora, ricamente enjaezados; la elegante asistencia constituída por mujeres colocadas sobre gradas; la más brillante iluminación, todo recordaba, sobre una escena más pequeña, las maravillas de un tiempo que parecía que no había de volver. Son las mismas sorpresas. El conde de Artois, para dar una fiesta á la reina, hizo demoler, reedificar, arreglar y amueblar á Bagatelle de cabo á rabo por novecientos obreros, empleados día y noche; y como el tiempo faltó para ir á buscar lejos la cal, el yeso y la piedra de talla, envió por las carreteras patrullas de guardias suizos que amenazasen, pagasen y condujeran en el momento los carricoches cargados de dichos materiales.

¿Quién no sabe que á las magnificencias costosas de Marly y de otros castillos reales, el rey prefería por razón y por gusto, y la reina por recuerdo de la sencillez



vienesas y por amor á las diversiones que son menos violentas, las mansiones menos fastuosas, embellecidas por jardines á la inglesa, donde se puede gozar mucho más de la intimidad de un pequeño número de personas? Entre las estancias agradables que reunían estas ventajas, la historia conserva el recuerdo del *Pequeño Trianon*. La reina almorzaba algunas veces un mes seguido en esta agradable residencia, donde el gusto de una sencillez rústica llegaba hasta la afectación. Podíase, á ejemplo de los antiguos Romanos en su vida de fausto, descansar del lujo en presencia de la naturaleza y con el contraste de una existencia modesta, seguida por algún tiempo á gusto. Pero aquí todo no era sino una pura diversión; se jugaba al molinero y á la molinera. La joven reina gustaba de despojarse del fardo de la etiqueta, en medio de estas inocentes distracciones. Entraba en su salón sin que cesase el piano *forte*, ni los bastidores de tapicería fuésen abandonados por las damas, y los hombres no suspendían ni su partida de billar ni la de tric-trac. Hubiera podido creerse al lujo muy lejos, al ver que un traje de percal blanco, un fichú de gasa y un sombrero de paja, eran el solo adorno de las princesas, cuando el placer de recorrer todas las fábricas del caserío, ver ordeñar las vacas y pescar en los lagos parecía encantar á la reina. Estas pastorales estaban en el gusto de la época, en la que Florian daba el tono á la literatura, y por lo tanto, esta sencillez artificial no reinaba siempre en las fiestas lugareñas. En una de aquéllas del Pequeño Trianon, el Parque representaba una feria, las damas de la corte eran las vendedoras, la reina tenía un café y una horchatería y había paradas y teatros; la fiesta costó 400.000 libras, y debía renovarse en Choisy con mayores gastos.

Ya la opinión no tenía las tolerancias que hasta aquí, casi siempre, con respecto al lujo para con las personas reales. La pasión de la joven reina por los diamantes, le fué reprochada como uno de los gastos escandalosos en un tiempo semejante y que podía tener las más enojosas consecuencias. Las previsiones más funestas debían haber sido sobrepujadas, «aunque en el curso del último año, escribe Mercy en 1776, el rey dió en diversas ocasiones por más de 100.000 escudos de diamantes á la reina, y que Su Majestad tenía además una prodigiosa cantidad; á pesar de lo que tuvo un gran deseo de adquirir girándulas que le fueron presentadas y por las que el joyero pretendía 600.000 francos. Yo no culpo á la reina, que viendo las circunstancias presentes estuvo prudente suspendiendo semejantes gastos, pero la tentación era demasiado fuerte y no había medio de resistirla.» A esta nueva, María Teresa respondió enseguida á Mercy: «Si encuentro alguna ocasión de entrar en materia, haré saber á mi hija que durante mi vida no he gastado en diamantes para mi uso particular quizás 2.000 florines, y soy de sentir que las soberanas demasiado provistas de diamantes (y más en doble cantidad de la que yo tenía) deben ocuparse poco en aumentar el número.» María Antonieta gravó con sus compras los gastos de la casa real. A los reproches de su madre respondía con vagas excusas y astutos artificios. «Nada tengo que decir sobre los brazaletes, nunca creí que pudieran ocupar la bondad de mi querida madre, semejantes bagatelas.» Las deudas contraídas en la compra de diamantes, dice Mercy, se pagan mal, no quedan más fondos de beneficencia, y lo peor de todo es el mal ejemplo y pesar que le causa al rey el enojo que produce en el público»; jamás el *favoritismo* había costado más caro. «Yo probaré, dice Mercy, que la princesa de Lamballe, cuesta 100.000 escudos al Estado.» La señora de Polignac exigía desde luego 80.000 libras para su ma-



ruido en calidad de escudero; después, durante la guerra de América, una pensión de 30.000 libras para el conde de Vaudreuil. Más tarde, la señora de Polignac obtuvo para pago de sus deudas 400.000 escudos, 800.000 libras para la dote de su hija, el título de duquesa, con la perspectiva de unas tierras por valor de 1,400.000 libras para dar más lustre á su ducado. «Pocos ejemplos hay, dice Mercy, que un favoritismo de tan poco tiempo pueda producir tanta utilidad á una familia.»

El juego había vuelto á estar de moda. La reina se entregaba á él con pasión, en particular durante los viajes á Marly, á Compiègne y á Fontainebleau. «La corte no es más que un garito» escribía José II durante su permanencia en Francia, y por alusión á los malos efectos que estos desórdenes producían en el público, añadía, que si no se contenían «la revolución sería terrible.» Se jugaba en grande en casa del señor de Guéménec, en casa de la princesa de Lamballe, en la de la reina. Las partidas duraban hasta bien entrada la noche. «Varias personas de la corte se desarreglan, dice Mercy; esto produce inquietudes en las familias y excita mucho al escándalo y á las murmuraciones en el público y en París.» El faraón, prohibido severamente como juego de azar, aun en casa de los príncipes y de las princesas de la sangre, había encontrado un refugio en la corte. «Los banqueros llegaron el 30 de Octubre á Fontainebleau y tallaron toda la noche, y la mañana del 31 en casa de la princesa de Lamballe, y la reina asistió hasta las cinco de la mañana, después de lo que Su Majestad hizo tallar por la tarde y madrugada del primero de Noviembre, día de Todos los santos.» La reina perdía sumas enormes; 500 luises en una tarde, que el rey pagaba de su caja particular. En un solo año, la cifra de sus pérdidas se elevaba á 7.556 luises. Nadie quería jugar en la corte por temor á arruinarse. «Era menester para hallar participación, admitir cerca de la reina, la más mala sociedad.» Las partidas fueron desde entonces más borrascosas y más indecorosas. «Ocasionan, según dice Mercy, por parte de los que tienen la banca, reproches á algunas señoras de la corte, por la falta de pulcritud en el modo de jugar.» Lo que hay de más grave todavía, es, añade el mismo, «que se introduce en la corte una mezcla de personas, que por medio del juego se procuran con gran facilidad su proximidad á la reina, sabiendo aprovecharse para obtener una gracia.» Poco á poco fué admitido todo el mundo. «El salón está abierto para cada uno indistintamente, dice el mismo corresponsal, introduciéndose bribones, viniendo á apoderarse de lo que el banquero distribuía á los jugadores.» En las últimas noticias dadas por Mercy á María Teresa, refiere que gentes del juego de la reina habían robado del bolsillo del conde de Dillon una cartera que contenía por encima de 500 luises en billetes de banco. Así se encadenaban todos los desórdenes, unos y otros íntimamente unidos al afán de brillar. Así la política iba resintiéndose de rechazo, de un modo formidable.

Y desde entonces ¡cuántos desórdenes padecidos, conocidos del público, aumentaban la animadversión del pueblo hacia la reina! Si su pasión por los diamantes produjo un escándalo, ¡qué será cuando el proceso del collar, brillante como el rayo, venga á demostrar á la vez la imprudencia deplorable de María Antonieta y el implacable odio de sus enemigos!

El porvenir se ha encargado de demostrar, de la manera más trágica, las consecuencias políticas que había de tener esta pasión por el lujo. Achacar á ella sola la revolución sería excesivo; pero no lo es afirmar que fué una de las causas más poderosas,



por todos los abusos que encerraba y por la responsabilidad que le alcanzaba haciendo estériles todos los proyectos de economía. No hay nadie que no esté conforme á la realidad: esta pasión de prodigalidad excitaba la legítima oposición de los economistas, y prestaba armas formidables á los manejos secretos de la parte de la corte, hostil á la reina, hasta el extremo de no tener escrúpulos en propalar contra ella las más infames calumnias y hablar de los más negros complots. La reina María Antonieta quedó justamente santificada por el infortunio y por el mayor de los martirios. La desgracia la debía enseñar y darle la energía y la dignidad de una hija de María Teresa. Conserva para nosotros la actitud suprema de la más heroica y más santa resignación. Sufrió todos los sacrificios, unos tras otros, como reina, como esposa, como madre, hasta la fórmula suprema del patíbulo. Aun en los primeros años no aparece, fuera de los odiosos libelos, bajo la forma de una mujer mala y pervertida; no es sino ligera, irritable, influída, más, que á causa de la educación por el movimiento de su época. Pero la historia no pierde sus derechos á enumerar los abusos que recordamos, funestos por sus gastos y funestos por la fatal política mezclada á todas las intrigas contra los ministros.

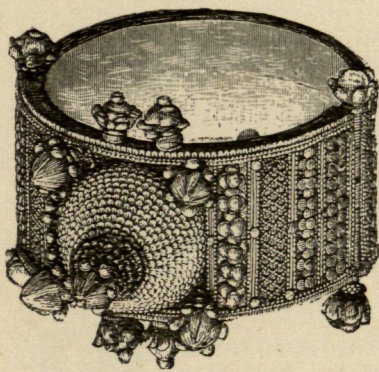


Fig. 201.—Joya del siglo XVIII.

La poca seriedad de una joven que no gustaba más que de venturas fútiles, un humor que se revolvía contra todo lo que la atormentaba y violentaba, una insaciable necesidad de diversiones, debían hacerle preferir los ministros cortesanos; su afán por los gastos la hacía horrorizarse de los ministros reformadores, hasta llevarla de un modo deplorable á las tramas urdidas contra Turgot y Malesherbes. Triunfa indiscretamente al verlos caídos, obstinadamente apasionada por sostener hasta el fin los abusos que le gustan y la coquetería egoísta que la adorna.

El mal no se limitaba sólo á la corte. La sociedad, muy próxima á experimentar una socabación horrible, se entregaba á los mismos excesos. Citábanse locuras de lujo y de prodigalidad, que á veces recordaban en la nobleza francesa las extravagancias de la asistocracia romana. Si el lujo razonable y confortable estaba en progresión sensible en la masa rica, donde se asociaba con cierto orden, no era lo mismo en las altas regiones sociales, y sobre todo en la clase que rodeaba el trono. En ciertos ejemplos extraños de profusión, que tienen casi el aspecto de fábulas, y que sin embargo son de completa autenticidad, hállanse reunidos el escándalo de los gastos á las deudas enormes, y se ve una ligereza verdaderamente inmoral y culpable. De tales ejemplos sale un día espantoso sobre el estado de la Francia en este momento supremo. Parece ilustrar de un modo terrible esta decadencia de la monarquía. ¡Qué sociedad más agotada y más empeñada! Una señora de Guemenée, que debía 60.000 libras á su zapatero, 16.000 á su empapelador y el resto á proporción; una señora de Montmorin, que viendo en su marido más deudas que bienes, se imagina poder salvar su dote de 200.000 francos, pero se la dice que ella ha respondido á pagar la cuenta del sastre importante 180.000 libras; un señor de Chenouseau, hijo del señor y señora Despin, perdió en una noche al juego 700.000 libras; un príncipe de Conti, falto de pan y leña, aunque tenía

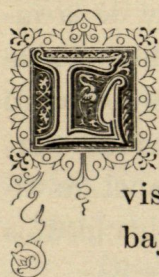


600.000 libras de renta, porque compra y hace construir locamente en todas partes, y tantos otros ejemplos, donde parece sobrepujarse la misma sinrazón, como si fuese preciso el más insensato desprecio del dinero para demostrar que se es gran señor. Tal es el cuadro que presentaba el lujo en Francia, en los últimos tiempos de la monarquía, bajo el reinado del infeliz Luis XVI.





## CAPÍTULO XI.

LA CUESTIÓN DEL LUJO Y EL LUJO PRIVADO DURANTE  
LA REVOLUCIÓN FRANCESA

La revolución francesa que habíamos visto prepararse por desórdenes financieros hijos de la prodigalidad fastuosa y por las costumbres públicas y privadas infectadas de un lujo inmoral, habíase realizado como un efecto previsto y denunciado con anterioridad. Vamos á verla nosotros á su vez, tomada bajo el punto de vista del lujo privado y público.

Para comprender el modo como lo ha resuelto, hay que darse cuenta de sus principios y tendencias y de lo que á veces hay en ella de contradictorio. Debía en efecto obedecer á dos corrientes opuestas. La primera, la más poderosa, se caracteriza por la libertad y la civilización de los tiempos modernos; la libertad no es solamente la libertad política como entre los antiguos sinó además la libertad civil y la libertad privada. La conciencia es libre: el hogar doméstico libre tambien. Alabamos el progreso, la civilización, que se traduce por la elevación del nivel intelectual, moral y material en las masas que tienden al más alto y más completo desarrollo posible de la ciencia en la esfera de la inteligencia. Queremos tambien que la riqueza produzca sin trabas, se reparta sin privilegios, que sea convertida sin la intervención represiva de la autoridad pública. La industria y las artes en el sentir de esta civilización, representan, la primera lo útil, la segunda la idea de lo bello; el lujo tiene su puesto bajo ciertas formas; es como el adorno, la decoración de nuestras sociedades donde figura tambien el elemento progresivo del bien estar. La represión de los abusos es cuestión de costumbres. El espíritu, la naturaleza misma de las instituciones civiles y políticas combaten



los abusos en sus mismas fuentes, por el espíritu de igualdad, por el poder de la opinión, sin tener la pretensión tiránica de atacarlas directamente y cuerpo á cuerpo. He aquí el pensamiento moderno, que por más de un concepto inspira la Revolución. Pero se nota una corriente bien contraria que tiende á nivelar las condiciones. Hay que elevarlo todo al Estado como á la fuente que es. El Estado verdaderamente ya no es el poder absoluto de los reyes. La democracia soberana ocupa su lugar. Es el bien común el que se trata de asegurar. Para esto se invoca la ley que sale de su dominio represivo é invade el destino individual en todas sus partes, entrando en la vida privada, religiosa, civil y económica. De cierto la virtud dice á la riqueza «No irás más lejos», al lujo «Tu te abstendrás de ciertas formas y no te estralimitarás á cierto grado.» Esta corriente atraviesa la Revolución. Tiende entre los moderados á la extrema centralización, á la exageración del poder del Estado, arrastrando los espíritus hácia la más irrealizable utopía.

Tiénese la costumbre de personificar la primera de estas tendencias en la Asamblea constituyente; la segunda en la Convención, juicios, en términos parecidos, muy absolutos. Los partidarios del Estado hasta el último grado y de la centralización casi sin límites, no faltaban en la primera asamblea. Los mismos economistas acordándose del doctor Quesnay, no tenían, en política, ideas tan desligadas de la intervención del Estado y del cuasi-absolutismo de la Magestad real como en materias de trabajo y de comercio. No cabe duda que la dirección de las ideas de la Constituyente no haya sido favorable á la libertad individual apesar de su amor hácia la unidad. Los discípulos de Rousseau y de Mably tienen un lugar más considerable en la Convención. Representaron la escuela reglamentaria de la democracia; subordinaron hasta el extremo, la libertad privada á la soberanía política; hablaron amenudo de la riqueza y de la industria con un desden hostil: no atacaron en general la desigualdad de condiciones de un modo absoluto; pero quisieron encerrarla en los más estrechos límites; no les bastó fiarse en la libertad de las transacciones, para destruir los monopolios y suprimir ciertas desigualdades enormes: invocaron medios legislativos cuya nivelación da el fin directo; declaran sospechoso al lujo, le condenan, y tratan de prevenir, no yá los medios de restringirlo, sinó hasta de abolirlo.

En el seno de la Convención veremos desarrollarse estas diferentes tendencias. El partido del que Robespierre fué el Jefe, representa principalmente estas ideas de igualdad un poco niveladoras, (no se puede llamar comunismo á este sencillo ideal). Se tiene costumbre de mirar, y esto es amenudo lo más cierto, á los Girondinos como á los amigos de la civilización moderna que comprenden las condiciones liberales. Sin embargo, varios entre ellos y no los menos distinguidos, fórjanse ese sueño de antigua sencillez sostenida con la ayuda de reglamentos emandados de la autoridad. Puede que no tengan lugar de ser sorprendidos. Hemos visto al sabio publicista por excelencia Montes, escribir cosas hasta singulares en medio de rasgos de ingenio y de razón, sobre la propia clase, la desigualdad, el lujo y el comercio. Este gran escritor, tan moderno por su superioridad de talento, tan contrario á las ideas antiguas en lo tocante á la esclavitud, la penalidad bárbara, la opresión en materia de conciencia etc., tambien habla aunque menos que sus contemporáneos, de los legisladores de la antigüedad. De aquí alguna confusión que descubre las clasificaciones de partidos. Talentos que se creían im-



buídos en los más juiciosos principios del derecho moderno, recitan el Plutarco ó el *Telémaco*. Estos legisladores del siglo diez y ocho, bajo el hábito de burgués francés, parecían en su supersticiosa política de anticuarios, llevar no se que reliquias de Minos ó de Charondas.

En fin, en aquella terrible Montaña que parecía ser la ciudadela esclusiva de la idea esparcida, tienen tambien participación. Los *Dantonistas* son los revolucionarios inflamados por todas las pasiones de la época contra los aristócratas y los nobles, pero no contra los *ricos*. Ni en la teoría ni en la práctica se muestran contrarios á la opulencia. Los goces de la vida libre les agradan. Esto mismo es una de las causas del ódio que inspiran á los *puros* del fanático partido, que los envía al patíbulo alegando la *virtud* como motivo de proscripción. Pero lo repetimos, porque se olvida demasiado: esta fracción puritana del partido montañés nunca fué sinó una secta. Entre los proscriptos de Danton, la mayoría no lo eran más sinó porqué les superaban en el tono de austeridad lacedemoniana. Fué la política, inexorable como el ódio, y no la moral la que les acarreó la sentencia de muerte.

La palabra que retumbó al principio de la Revolución fué: «Guerra á los castillos por las chozas» no siendo sinó un grito de guerra. Nosotros no buscamos ni el efecto ni el hecho de ninguna teoría. Esta fué la venganza del pueblo. Por otra parte la Revolución imitó más de una vez á los emperadores romanos: so pretexto de proscribir á sospechosos políticos, dirigía sus tiros contra los ricos. Entre los nobles inofensivos, la opulencia era lo que ofuscaba; no se castigaba el nacimiento sinó el fausto. En el campo, el sistema de vida de los castellanos parecía un insulto á la miseria á la vez que recordaba los agravios de antiguos impuestos y pechos. En las ciudades estas fortunas excepcionales debían ofuscar esta clase de igualdades exageradas y enfáticas que acusan en su bizarro lenguaje los vocíngleros «de atentar á la igualdad de las casas.» El pueblo gusta tambien de la riqueza y del lujo de los acaparadores; se siente ódio contra el rico como lo demostraron las escenas que ensangrentaron la Revolución desde sus principios, en los sacrificios de Foubon y de Berthy, en los gritos mismos arrancados por el hambre, en los desórdenes engendrados por crueles sufrimientos.

Desde un principio esta cólera se exaltó contra el lujo de los altos funcionarios. Un escritor, que más tarde debía defender en términos generales el lujo bajo la República, Camilo Desmoulins, sirve de órgano á los agravios del pueblo. Ataca en sus escritos con una cólera verdadera ó fingida el tren de casa altamente opulento del alcalde de París, el ilustre Bailly. La cuestión de tapicería y ornato de salones llegó á ser un impuesto popular antes de plantearse como una cuestión social. Desmoulins denuncia la cifra del sueldo que recibe Bailly, el lujo de la casa ayuntamiento, el equipo del alcalde de París que tiene «delante de su carruaje guardias á caballo y detrás lacayos con libreas» en una palabra lo que la costumbre atribuía bajo la monarquía á las altas funciones municipales y lo que todavía no se había pensado en abolir en Diciembre de 1789.

Estas exclamaciones son, pues, síntomas de ódio, no son teorías. Entre tanto ¿que decir de las proscripciones de 1794? No proscribir á los ricos cuando se proscribía á una multitud de otras categorías sociales, hubiera sido, segun Barrere, una verdadera iniquidad. Así se esplica en una justificación singular en demostración de la imparcia-



lidad de la guillotina. «Se me acusa, dice, de haber dado en un decreto del 12 Nevoso gran extensión á la ley (ley de proscripción del 17 de Setiembre) designando todas las clases de la nación como comprendidas en ella y pasando revista á los nobles, los fanáticos, los incrédulos, los aventureros, los extranjeros, los *opulentos*, los pobres, los ciudadanos, los habitantes del campo, los políticos, los *mercaderes*, los *banqueros*, los elocuentes, los indiferentes, los periodistas, los letrados... *Pues bien: yó era más humano que los que no querían hallar culpables sinó en una clase, porqué yó quería eliminarlos de todas.*» Así pues, los ricos debían figurar en esta lista concebida con un tan largo criterio; pero el equitativo cadalso, no debía *favorecerlos* más que á otros. En realidad no podía hacerse por suerte á causa del carácter que la Revolución había tomado y el vuelo dado á las pasiones populares. La riqueza parecía á los ojos del pobre una usurpación más opresiva que todas las demás. La ostentación de lo que subsistía era mirado como un lujo insolente. La confusión que las masas hacen muy naturalmente entre la idea de la propiedad y de la fortuna con la del monopolio injusto, se introduce cada vez más en los criterios, implantándose por doquier en los corazones irritados.

Lleguemos á los debates más teóricos.

Desde los primeros años, la guerra entre el pobre y el rico se hace patente más de una vez. En un líbello democrático y yá socialista, los *Cuatro gritos de un patriota*, se leen frases como estas: «¿De que servirá una sábia constitución á un pueblo de esqueletos que habrá descarnado el hambre? Hay que abrir enseguida talleres, fijar un sueldo á los obreros, obligar al rico á emplear los brazos de sus conciudadanos *que su lujo devora*, á alimentar al pueblo, garantir á los propietarios de la insurrección terrible y poco lejana de veinte millones de indigentes sin propiedad.» Lo mismo se lee en el *Cuaderno de los pobres*. «Es preciso primeramente, que los salarios no sean más tan friamente calculados *con arreglo á las máximas mortales de un lujo desenfrenado* ó de una avaricia insensata etc.» Aunque en este período entusiasta de ideas generales y á menudo generosas, este lado negativo que tiene por expresión la división de clases se vé que está relegado por completo al segundo término, el entusiasmo del 89 fué común á todos y la idea de la libertad en el libre empleo de la riqueza como en el trabajo absorbió todo pensamiento.

En 1792-1793 y 1794, la cuestión social se coloca bajo diferentes formas respecto del trabajo y del capital, condiciones etc. El lujo ocupa su lugar. Se pregunta lo que será la nueva República, si una República de riqueza y de brillante industria, ó una República á imitación de la del tiempo de Fabio, teniendo por rasgo dominante la pobreza que vino á ser un atributo de honor y como un certificado de civismo. En una palabra, las dos teorías sociales que pretendían marcar igualmente á la Revolución su papel y su fin se encuentran aquí presentes.

No sé si jamás la escuela de la virtud, del cercenamiento estoico, tuvo un representante más decidido que austero, como el *incorruptible* Robespierre; porqué no se le pudo refutar sus cualidades que no justifica, ni sus falsos sistemas, ni sus ódios despiadados. «El principio del gobierno democrático, es la virtud, decía Robespierre en una solemne circunstancia en que hacía hablar á la misma filosofía de la Revolución, y su medio, mientras la establece, es el terror. Queremos sustituir, añade, la moral al egoísmo, la probidad al honor, los principios á los usos, los deberes á la conveniencia, *el im-*



*perio de la razon, á la tiranía de la moda; el desprecio del vicio al desprecio de la desgracia, la fiereza á la insolencia, la grandeza de alma á la vanidad, el amor á la gloria, al amor al dinero; la buena gente á las buenas compañías; el mérito á la intriga, el génio al capricho, la verdad al brillo, los encantos de la dicha á los fastidios de la voluptuosidad, la grandeza del hombre á la pequeñez de los grandes; un pueblo magnánimo, poderoso y feliz á un pueblo afectuoso frívolo y miserable; es decir, todas las virtudes y todos los milagros de la República á todos los vicios y á todas las ridiculeces de la Monarquía». Hé aquí una enumeracion auténtica quizás un poco prolongada, pero que exponía con claridad el programa de las reformas morales y el ideal de la sociedad regenerada.*

Bajo el mismo punto de vista combatía Robespierre la corrupción cobarde y vil que no podía privarse de las delicias de una vida opulenta. Oponía, en una nueva antítesis, el palacio de Czaro y la choza de Fabricio. Hablaba del rico bajo la idea del oro como de una cosa á la que se une una idea inaudita, exponiendo siempre y en términos expresivos la igualdad absoluta de los bienes.

Robespierre no quiere ley agraria ni admite en revancha la propiedad sinó como una creación de la ley, no como resultado de un derecho natural, lo que pone al legislador á su gusto. Si el uso de la propiedad es una pura concesión del legislador ¿porqué no impide el abuso, porqué no proscribe desde luego el lujo, si juzga que el lujo es abusivo?

La economía social de Robespierre, encierra más lugares comunes que ideas maduramente reflexionadas sobre la distribución de la riqueza. Puede desligarse desde luego el derecho y el deber en el estado, de intervenir para *restringir* las ilegalidades juzgadas exorbitantes, para encerrar en ciertos límites el lujo *abusivo* y hacer servir lo *superfluo* de los unos para alivio de la miseria de los otros. El impuesto en el sistema de Robespierre, es un instrumento de igualdad, de filantropía y de moralidad. Lo quiere *progresivo* segun la cifra de las fortunas: es decir, de modo de castigar en más del doble una fortuna doble también según la naturaleza conocida de este impuesto. ¿En que medida entendía que la progresión fuese aplicada? En ninguna parte se indica. Ninguna duda cabe en definitiva que los tres principios claramente expuestos por este popular tribuno, el impuesto progresivo, el derecho al trabajo y el derecho á la asistencia, no fuesen otras tantas máquinas potentes que actuasen sinó siempre con intención, al ménos indirectamente, contra el lujo de los particulares.

En efecto, aquí se ha de notar que un impuesto progresivo produce un impuesto suntuario que viene á ser un impuesto de nivelación. Una vez empleado el impuesto como instrumento de igualdad ¿donde parará? El impuesto proporcional considerado como la deuda pagada al Estado por los servicios que presta, encuentra cierto límite indicado por el número de fortunas y no puede acrecentarse arbitrariamente con la elevación de las tarifas; al contrario es necesariamente arbitrario en el impuesto progresivo, porqué todo depende solo de la moderación del legislador. Lleno de miramientos hoy para la propiedad, podrá mañana extralimitarse, y así podrá hacer de la tarifa progresiva un verdadero impuesto suntuario como podrá encontrar un medio seguro de confiscación.

Que las ordenanzas y las tarifas suntuarias y aun tendiendo á la confiscación, figu-



rasen entre las medidas económicas y políticas de Robespierre, esto parece cierto, aunque sobre este punto quedase reducido todo á una sencilla conjetura. El terrible reformador llevóse á la tumba el secreto de sus ideas, y es de creer que él mismo no las poseía por completo. Todo lo que se puede decir es, que el ideal de austera sencillez, de medianía general en las fortunas, que se había formado, le dominaba demasiado para que el lujo de los opulentos pudiera estar al abrigo de sistemáticas restricciones, destinadas á moderar fuertemente, ya que no á suprimir por completo, el lujo en la nueva República.

Las ideas de Saint-Just sobre el lujo, son más radicales.

Tienden á proscribirlo, queriendo cortarlo de raíz, por medio de la educación.

Se conocen algunos de estos apotegmas que harían creer que Saint-Just había olvidado no sólo la sociedad en que vivía, sino hasta el clima de Francia. Querer que «sean vestidos de paño, en todas las estaciones» era arriesgar la salud, la vida de los seres débiles, más que asegurarles la virtud. Ninguna ley suntuaria había impuesto un régimen tan duro á los hombres serios, que el que la quimera revolucionaria imponía á los niños. Los niños «se acuesten sobre esteras» y duerman ocho horas. «Estén alimentados en común y no vivan sino de uvas, frutas, legumbres, pan y agua.» No pueden comer carne hasta después de los dieciseis años. El lujo es tildado y combatido por todos los medios.

El *rico* es para el joven reformista un objeto de odio.

«*La opulencia es una infamia,*» exclama.

Y lo que es aún más decisivo: «No hacen falta ni ricos ni pobres.»

Los desprecios que Saint-Just sentía para con la riqueza, los haría extensivos hasta la industria; declaró las artes mecánicas «indignas de un ciudadano.» A fin de poner un dique á la desigualdad, quería asegurar á todos *algunas tierras*. Esta medida agraria, el empleo enérgico seguramente del impuesto progresivo, las tarifas destinadas á servir de alivio á los pobres, la abolición del testamento, unido á la repartición igual y forzada de los bienes transmitidos, constituían una reunión de medios destructivos del lujo y de las desigualdades por encima de ciertos límites, tan poderosos como jamás había sido sistema alguno legislativo empleado con este motivo, á menos de caer en el comunismo absoluto, última extremidad ante la cual el mismo tribuno revolucionario retrocedía.

Ideas exageradas en sentido análogo fueron proferidas por hombres, á los que parece menos natural imputárselas. Ya se ha dicho lo que pudo sorprender que los Girondinos no se hallaran libres del todo de este género de utopías. Brissot, en un escrito impropio ciertamente de su edad madura, suministra la prueba, más que ninguno de sus correligionarios. ¡Cosa apenas creíble! Había asignado á la propiedad orígenes y una calificación brutal que recuerdan á Proudhon exclamando: ¡La propiedad es un robo!

Otro Girondino, Rabaut Saint-Etienne, debía permanecer imbuído en estas ideas contra la desigualdad de condiciones y contra el lujo. En su casa superan todas medidas. Toman un punto de partida, en un concepto decididamente falso, de la sociedad. En su *Crónica de París*, que tuvo cierto éxito, se hizo el predicador de estas ideas, ocupándose en los medios de ponerlas en ejecución. «Es imposible, decía, obtener esta igualdad por la fuerza, de modo que precisa obtenerla por medio de las leyes y encar-



garlas de dos cosas; primera, de hacer un reparto completamente igual de las fortunas, y segunda, de mantenerles y precaver las desigualdades futuras. El lujo, atacado en su germen por la educación, hallaráse batido en brecha, y el legislador deberá caminar á este fin por medio de la moral y de *leyes precisas sobre la cantidad de riquezas que los ciudadanos pueden poseer*, ó en virtud de leyes que regulen el uso de aquéllas, de modo que hagan inútil lo supérfluo al que lo posee, haciéndolo servir en favor del que carece de algo, y finalmente en provecho de la sociedad. *El legislador puede también*

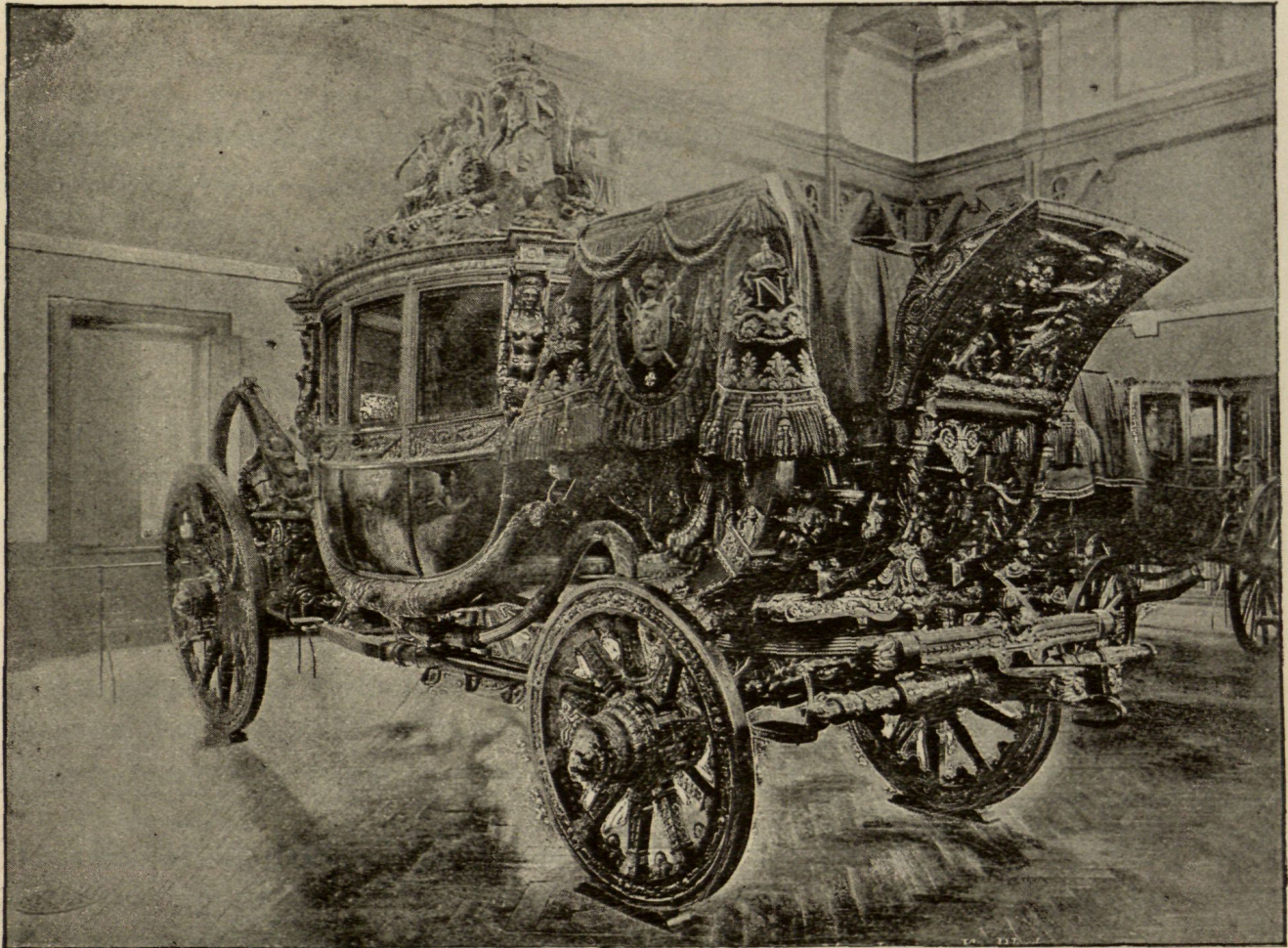


Fig. 202.—Carruaje de fines del siglo XVIII.

*establecer leyes terminantes respecto al máximun de fortuna que un hombre puede poseer, y pasado el cual la sociedad sustituye á éste y se aprovecha de sus derechos.»*

Es imposible citar un texto más terminante contra lo que puede llamarse el libre uso de la riqueza y contra el mismo derecho de propiedad.

¡Y es un girondino; es decir, un liberal, según la común opinión, quien ha escrito tal enormidad! ¡Es un girondino el autor de esta extrema frase de Rabaut: «*El Estado debe apoderarse del hombre desde la cuna y aun antes de su nacimiento!*»

Apresurémonos á decir que fué también el más elocuente de los girondinos, quien dió la respuesta más fuerte á tan retrógrados sueños.



Vergniaud abordó un día la cuestión de saber si la sociedad francesa puede modelarse bajo un plan que excluya la riqueza, el lujo y las artes, y planteó aquélla en términos tan exactos como magníficos.

Ya no es quien habla un imitador de la antigüedad, sino un hombre animado por el espíritu de los nuevos tiempos.

No hay en su discurso, pronunciado veinte días antes de que comenzara el proceso de los girondinos, una sola palabra que pueda ser tachada por el filósofo más penetrado de la idea del derecho, ni por el más esclarecido economista.

Vergniaud, refuta á los publicistas que dicen que la igualdad de la democracia desaparece allí donde se introduce el lujo, que las Repúblicas no pueden sostenerse sino por la virtud, y que la virtud se corrompe por las riquezas.

«¿Pensáis, responde, que esas máximas, inventadas en estados pequeños como las Repúblicas de la Grecia, pueden ser aplicadas rigurosamente y sin modificaciones á la República francesa? ¿Queréis para ésta un gobierno austero, pobre y guerreador como el de Esparta? En este caso, sed consecuentes como Licurgo; como él, repartid las tierras entre todos los ciudadanos; proscribid para siempre todos los metales que la codicia humana arranca de las entrañas de la tierra; quemad hasta los asignados, que pueden ser los auxiliares del lujo, y haced que la guerra sea el único trabajo de todos los franceses. Tachad de infamia el ejercicio de todos los oficios útiles, declarad deshonrosas las artes, etc.»

Y el elocuente orador demostraba luego, que esta igualdad de los ciudadanos se compraba á costa de la desigualdad de los hombres; que para tener Espartanos es preciso tener Ilotas; que si se renuncia á ejercer por sí mismo el comercio, precisa encarregar de él á los extranjeros; que el régimen aplicable tal vez á diez mil individuos, no podía serlo á veinticuatro millones de habitantes; que si se exagera la nivelación de las fortunas, el más terrible de los niveladores, la muerte, reinará en las ciudades y en los campos; que no se conseguirá más igualdad que la de la desesperación y la de la tumba; que cada declamación contra la propiedad, condena alguna tierra á la esterilidad y alguna familia á la miseria; que los intereses de la propiedad están estrechamente unidos á los de la libertad y á los del orden, y por lo tanto, como interés superior de las sociedades humanas, es deber del Estado su sostenimiento con todo cuanto de ella depende, industria, comercio, bienestar y riqueza.

Tan nobles y juiciosas palabras no debían convencer al partido opuesto á la riqueza y al lujo, al que toda revolución exalta y que toda democracia abraza en su seno.

Las páginas manchadas de lodo y de sangre, escritas por el declamador tribuno, en quien parece haberse personificado todos los odios del pueblo, respiran hostilidad hacia los ricos; pero al menos, Marat, predica con el ejemplo mejor que otros detractores del lujo.

Desde la cueva que habitaba, tenía el derecho de escribir contra las habitaciones cómodas, y cuando declamaba contra las ricas vestiduras, podía mostrar su hopalanda raída y grasienta y su andrajosa persona, objeto de culto para los descamisados.

Marat no había esperado, para declararse enemigo de los ricos, á que llegase la explosión revolucionaria. Nada claro y determinado existe en las vagas aspiraciones hacia la justicia y la igualdad que revelan sus primeros escritos; todavía no había



querido revolucionar más que las ciencias, y Voltaire, que no podía presumir el papel que debía desempeñar en lo futuro, habíale lanzado entre mil burlas la siguiente: «La nada es vuestro reino; podéis reinar en él.» Pero ya entonces su furibunda palabra había declamado contra los tiranos en las *Cadenas de la esclavitud*, donde atacaba el lujo y á los ricos. «Solamente, decía, en las naciones que tuvieron la sabiduría de evitar los funestos efectos del lujo, oponiéndose á la introducción de las riquezas y limitando la fortuna de los ciudadanos, conservó largo tiempo el Estado el vigor de la juventud.» Más tarde aun debía pronunciarse con mayor energía contra el lujo, sin distinguir lo que es lícito y útil de lo que es funesto: «las siete décimas partes de los miembros del Estado, exclama, están mal alimentados, mal vestidos, mal alojados. Las tres décimas pasan los días en las privaciones, sufren de presente, de pasado y de futuro; su vida es una penitencia continua, tienen miedo á la vida; no pocos de ellos están reducidos á un exceso de miseria que apena el corazón...» ¿Quién tiene la culpa de esto? ¡El lujo de los ricos! «Al lado de estos desgraciados, se ven, efectivamente, ricos que duermen sobre blandas plumas, bajo dorados artesones, cuya mesa está cuajada de primores, para los que todos los climas están puestos á contribución para halagar la sensualidad, y que devoran en una sola cena la subsistencia de cien familias. Indignos favoritos de la fortuna, estos son los que mandan á los otros, que los han hecho dueños de los destinos del pueblo.»

Por otra parte, Marat indica los medios de discernir á primera vista á un aristócrata: por un signo exterior tomado del lujo es por lo que se le reconoce. Cualquiera que al salir del teatro sube en un carruaje, es denunciado á la venganza del pueblo. El traje mismo, es una señal que basta para hacerle sospechoso.

Sería preciso citar gran parte de *El Amigo del Pueblo*, para comentar todo lo que habla contra la riqueza y el lujo, considerándolos como crímenes.

El pensamiento que anima á este terrible declamador, es este: que los excesos de los unos, causan en nuestra sociedad la miseria de los otros, y que la expoliación restablece el equilibrio. He aquí la teoría.

Por esto detestaba Marat más á los ricos que á los nobles. En una de sus hojas llega hasta vituperar la abolición de la nobleza. ¿Por qué? El historiador de los Montañeses, el señor Esquiros, da esta explicación: «Marat veía con sentimiento reedificarse sobre las ruinas del régimen feudal una aristocracia de burgueses.» A ésta, sobre todo, era á quien dirigía sus odios, que parecían no poder sobrepujarse cuando se desplegaban contra los nobles.

Si los errores teóricos sobre la organización de la sociedad, mezclados á la exageración política producida por la crisis revolucionaria, no explicasen tales excentricidades de ideas y estos furiosos de lenguaje, se preguntaría por qué la Revolución está tan amenudo amenazada de seguir todo lujo bueno y malo.

¿No debía tenerse por amigo y por auxiliar el lujo útil? El impulso comunicado á la industria y al comercio por leyes más liberales, la repartición más equitativa de la riqueza mueble é inmueble seguida de medidas y leyes nuevas, inauguradas por la Revolución, ¿no eran otros tantos medios poderosos que debían esparcir en las masas estos goces de bienestar y este *superfluo*, todo relativo, al cual el uso acaba por darle un rango y un lugar en el sitio de lo necesario?



En cuanto al mal lujo, ¿por qué atacarlo de frente con esta violencia? El espíritu de igualdad de la Revolución lo condenaba, al propio tiempo que la educación, fundada en los planes de la Constituyente y de la Convención sobre el trabajo, sobre la energía personal y sobre el ejercicio de los derechos del hombre y del ciudadano, debía tender á agotar el manantial abusivo hasta en los corazones.

La completa abolición de las manos muertas, de las substituciones, de los mayorazgos, la ley de la participación igual en la transmisión hereditaria de los bienes, eran, con la difusión del lujo útil, la restricción en los más estrechos límites, de ese lujo improductivo y ruinoso que las desigualdades excesivas alimentan y perpetúan.

Había que confiarse á esta triple acción de las costumbres, de las leyes civiles y del tiempo.

Si no ha bastado; si, sobre este punto, como sobre otros muchos, la reforma ha faltado en alguno de los elementos que aseguran el éxito; si la parte usurpada por los hábitos de molice, de refinamiento extremado, de prodigalidad estéril, ha permanecido por mucho tiempo, es preciso reconocer que el empleo de los medios directos contra el lujo no tendría mejor éxito.

La historia, harto desdeñada por estos teóricos que pretendían resolverlo todo *à priori*, ¿no llevaba en sí el testimonio irrecusable de la impotencia del sistema preventivo en materia de lujo?

Los excesos de la pluma y de la palabra, no debían servir aquí, como en todas partes, sino para contribuir á una reacción extrema y deplorable.

Esperad á ver reaparecer el lujo, el mal lujo, tan pronto como le sea posible desasirse de esta opresión. Las costumbres y locuras del Directorio: he aquí con lo que nos encontraremos al cabo de estas amenazas, de este terror contra los ricos, al cabo de las leyes del *máximum* y de la guillotina, empleada como medio de solución de las cuestiones de economía social.

Al lujo, por otra parte, no faltan, ya lo hemos dicho, defensores llenos de convicción y de talento.

Los Dantonistas querían una República rica, adornándose con los esplendores y los goces de las civilizaciones avanzadas. Voluntarios, predicaban con el ejemplo. Pasaban por *corrompidos*, y fueron también llamados *indulgentes*, porque después de haber querido ó sufrido que la sangre corriese, buscaban ahora el medio de detener la efusión que juzgaban inútil. La polémica se entabló. Se tomó la cuestión del lujo bajo el punto de vista social y político, y la causa contraria á la de Saint-Just fué sostenida, con raro ingenio, por Camilo Desmoulins.

Lo que el joven escritor encontró que decir sobre el lujo de la República francesa, se aplica á todas las Repúblicas y á todos los Estados modernos.

Se puede releer, no sin fruto y con el gusto que proporciona un estilo picante, puesto esta vez al servicio de una causa irreprochable, su ingeniosa defensa de la vida privada, del lujo y de las artes, defensa, ¡quién lo creará! sediciosa en aquellos momentos no siendo más que sensata. Ella llenó varios pasajes del *Viejo Cordelero*, monumento tardío de imaginación y de espíritu, elevado á la clemencia, por el escritor más incisivo, y á veces el más terrible en su cruel ligereza, que ha producido la Revolución.



El respondía, según las expresiones de un historiador de la Revolución francesa, *«al sistema de la virtud por el de la dicha.»*

Decía que amaba á la República, porque ella debía aumentar la felicidad general; porque el comercio, la industria, la civilización (en la cual comprendía el lujo, como los escritores de la misma escuela), se habían desenvuelto con más brillo en Atenas, Venecia y Florencia, que en todas las monarquías.

En su lenguaje vivo y lleno de colorido, exclamaba: «¿Qué importaría á Pitt que Francia fuese libre, si la libertad no servía más que para conducirnos á la ignorancia de los viejos galos, á sus sayas, y á sus bragas, y á sus casas, que no eran sino tiendas portátiles sobre tierra gredosa? Lejos de lamentarse, creo que Pitt hubiera dado algunas guineas porque semejante libertad se estableciese entre nosotros; pero lo que pondría furioso al Gobierno inglés, es que se dijese de Francia lo que se decía acerca del Atica: *«En ninguna parte del mundo se puede vivir más libremente que en Atenas, ya sea porque se tenga dinero, ya porque no se tenga. Los que han alcanzado la comodidad por su comercio ó industria, pueden procurarse todas las diversiones imaginables; y en cuanto á los que esperan en el porvenir, hay muchos talleres donde ganan para divertirse, economizando aun alguna cosa, sin tener medio de lamentarse de su pobreza, porque sería reprochar su pereza.»*

«Yo creo, añade C. Desmoulins, que la libertad no existe en una igualdad de privaciones, y que el más bello elogio para la Convención sería poder decir: He encontrado la nación sin calzones y la dejo con los calzones puestos.»

«¡Encantadora Democracia, añadía Desmoulins de un modo que dejaba ver la ligereza de sus costumbres y de sus ideas paganas, encantadora Democracia, la de Atenas! Solon no pasó nunca por un *lechuguino*, y no fué menos mirado como modelo de legisladores y proclamado por el oráculo, por el primero de los siete sabios, aunque no tuvo dificultad alguna en confesar su inclinación por el vino, las mujeres y la música; y tiene una reputación de sabiduría tan bien establecida, que hoy todavía no se pronuncia su nombre en la Convención y entre los Jacobinos sino como el del más gran legislador. ¡Cuántos, sin embargo, entre nosotros tienen una reputación de aristócratas y de sardanápalos, sin que hayan publicado semejante profesión de fe!»

«Y este divino Sócrates, continúa, habiéndose encontrado un día á Alcibiades sombrío y soñador, porque estaba picado por una carta de Aspasia: ¿Qué tenéis? le preguntó el más sabio de los mentores: ¿Habríais perdido vuestro escudo en la batalla? ¿Habéis sido vencido en los campos, en las carreras ó en la sala de armas? ¿Habría cantado alguno, ó tocado la lira mejor que vos, en la mesa del general? Este rasgo pinta las costumbres. ¡Qué amabilidad la de estos republicanos!»

En su desvarío, ateniéndose á una sociedad libre, embellecida por las artes, las fiestas y los placeres, Camilo Desmoulins alcanzó un día un grado de reflexión digna de tenerse en cuenta en una inteligencia más avispada que profunda. Había tomado la utopía espartana tal y como se encuentra en el Plutarco, y entre nosotros en Rollin, suponiéndola aplicada á Francia. Del modo que lo hace, se ve que se da cuenta de los verdaderos caracteres de una sociedad libre; toma el error fundamental, que consiste en colocarla sobre restricciones absolutas y obligatorias. Mably es quien le ataca, y no podía escojerse entre los publicistas de la República igualitaria un adversario más for-



mal. La forma de la refutación es algunas veces cómica, pero el fondo es de una gran solidez. «La ciencia de este legislador (Licurgo), no ha consistido más que en imponer privaciones á sus conciudadanos; el arte no sirve para separar á los hombres de sus placeres, pero sí para prevenir los abusos... Licurgo es un médico que os conserva la salud con la dieta y el agua; pero ¡qué peor enfermedad que un régimen semejante y la dieta y el agua eternamente!» El epicúreo se muestra en las líneas siguientes; sin embargo tiene su parte de verdad, bajo la ligereza de su forma. «Licurgo había hecho iguales á sus Lacedemonios, como el mar hace iguales á los que han naufragado; así pues, Omar, haciendo á los musulmanes tan sabios los unos como los otros, les quemó la biblioteca de Alejandría. No es esta la igualdad que envidiamos. La política, el arte de gobernar á los hombres, que no es otro que el de hacerlos dichosos, ¿no consiste más bien en volver en provecho de la libertad, las artes, estos dones del cielo, para encantar el sueño de la vida? *No es ni su teatro, ni su lujo, ni sus palacios, ni sus jardines, ni sus estatuas, ni su comercio floreciente, lo que ha perdido á Atenas.* Es su crueldad en las victorias, sus exacciones sobre las ciudades del Atica, su altivez y su desprecio para con sus aliados, su prevención ciega, su delirio por jefes sin experiencia, por ídolos de un día, su ingratitud para con sus libertadores, su furor de dominar, y de ser no sólo la metrópoli, sino también el tirano de Grecia. En aquellos tiempos en que ni había imprenta, ni periódicos, ni libertad indefinida de escribir, las luces y la filosofía hicieron en Atenas el efecto de leyes suntuarias, de leyes agrarias, de las leyes austeras y del cuaresmal eterno de Lacedemonia.»

Así, pues, la Revolución, que planteaba la cuestión «del rico y del pobre,» y que debía solventarla porque no era solamente política, sino también social, desarrolló tres grandes opiniones sobre el lujo.

Una era la de los publicistas y los economistas de la escuela liberal, en la que se encontraban dos matices bastante diferentes. Los unos repelían los abusos y condenaban en nombre de la moral y de la economía política los gastos, ya fáciles, ya inmorales. Otros, indulgentes epicúreos, adoptaban un partido más á gusto de ellos.

La segunda opinión, pretendiendo también no querer los excesos manifiestos del lujo y sus tan sensuales refinamientos, y su desenvolvimiento tan humillante para la igualdad, los atacaban con medidas legislativas. En esta opinión es donde parece ser que se detuvo Robespierre, y fué no sólo la de un gran número de montañeses, sino también de varios Girondinos, aunque en evidente minoría en sus partidos.

Encontramos, por último, una nueva opinión, no sin cierta afinidad con aquella, pero más radical. Es la de Saint-Just, que no quiere ni lujo ni opulencia.

¿Llega, sin embargo, hasta la igualdad absoluta de condiciones? Nada lo indica, y lo hemos hecho entrever, dando lugar á creer lo contrario. Llega al límite del comunismo, pero no lo franquea. Es una cosa notable que ninguna fracción de una asamblea tan revolucionaria como la Convención, haya admitido el comunismo. El mismo Saint-Just, lo repetimos, con su petición de tierras para todos, retrocedió ante sus consecuencias. En sus concepciones, muy vagas á pesar del rigorismo de las fórmulas que hemos citado, se detuvo, como lo hicieron otros muchos, al borde de la pendiente en que iban á precipitarse Babeuf y las diversas escuelas que se referían á la comunidad. Así es que Saint-Just, atacando sin medida á la riqueza y la desigual-



dad, en sus ideas niveladoras más declamatorias que precisas, hacía, como diríamos hoy, un socialismo, pero no un comunismo.

En cuanto á la Convención, fluctuando un poco entre sus diversas direcciones, se puede decir, sin embargo, que en general sus tendencias eran *autoritarias*, en el sentido de la moral y de la igualdad. Ella aceptaba, salvo atemperarlo alguna vez por el espíritu liberal, la herencia de las teorías de la monarquía absoluta sobre los derechos de la majestad real, transportándolos á la República. *Ser avanzado* era ir por esta vía con más decisión que los otros.

Tal era la filosofía política de los representantes más enérgicos del partido reformista.

Se les hubiera escandalizado de hecho, á habérseles dicho que continuaban las teorías omnipotentes emitidas en favor del poder monárquico, y que estas mismas doctrinas absolutistas que profesaba Lonvois en provecho de un Luis XIV, no habían sido sino agravadas por el libro de Rousseau el *Contrato social*, que no reconocía ningún límite al poder popular, como si el poder de hacerlo todo diera el derecho.

El mismo desconocimiento de los principios de la libertad civil, se observa cuando se trata de igualdad, para hacerla prevalecer ó de algún principio superior, el deísmo filosófico, por ejemplo, que se proclama como dogma obligatorio y como religión de Estado. Rousseau castiga el ateísmo, pareciéndole un crimen digno de muerte. Igual tendencia arbitraria muestra al hacerse juez de la exageración de la fortuna y su empleo, de lo que constituye lo *superfluo* y lo *necesario*. Asimismo olvida las leyes que la economía política asigna á la producción y distribución de los frutos del trabajo. Finalmente, en cuanto al lujo de las riquezas, estas teorías no se traducen jamás por leyes. Atiéndense á proyectos y maldiciones que con mucha frecuencia retumbaron como la expresión oratoria de una falsa economía social, y como un impotente eco de la antigüedad á la que se parodiaba sin comprenderla.

Acabamos de estudiar la cuestión del lujo en las discusiones, en la tribuna, en los periódicos, únicos libros que se leen en una época de agitación.

Pasemos ahora del estudio de las ideas al de los hechos. Se sabe lo que el lujo es en una sociedad tranquila y próspera. Ahora se verá lo que puede ser en una época revolucionaria.

Es un hecho de que la historia está llena, ya lo hemos demostrado, que la necesidad de distracciones y de placeres, del lujo mismo, á veces de un lujo desordenado, subsiste aun en medio de calamidades públicas.

¿Es la naturaleza humana que procura aturdirse ante el peligro? ¿Es esto como una voluntad desesperada de gozar antes de morir?

Durante el sombrío invierno de 1789, tan castigado por la penuria, la vida mundana había continuado en París; siguió durante la Revolución, representada solo de una manera incompleta, por los ricos antiguos, á causa de que las antiguas fortunas fueron reducidas á ocultarse, y por los enriquecidos, mercaderes y agiotistas. La necesidad de placeres y diversiones en las grandes ciudades, sostiene otras formas del lujo de un uso general, como los cafés y los teatros, que persisten á través de las emociones más trágicas de la vida real y permanecen abiertos y frecuentados ante la guillotina, que funciona constantemente.



La Opera, el teatro menos accesible, á causa de sus elevados precios, para las personas de modesta posición, continúa sus representaciones. «El telón, dice un historiador, no dejó de levantarse jamás á la misma hora, y no hubo septembrista, por feroz que fuese, que no formase cola á la entrada, como todos los demás. Allí, vuelto inofensivo y cortés, decía al que tenía más inmediato, que le culpaba de ser molesto y á quien acaso hubiera hecho degollar en la Abadía: «Perdón, ciudadano, pero me empujan.» Doumouriez, va á la Opera á recibir coronas de teatro; la señora de Roland, frecuenta el gran espectáculo; Danton, asiste á él algunas veces, y son muy pocas las noches en que la Gironda y la Montaña no se reúnen en el terreno neutral de la música y el baile.

Otra causa existe de la persistencia del lujo y de la vida dispendiosa durante la Revolución, causa que encuentra su origen en el carácter mismo de la época. A través de aquel torrente de ideas generosas y regeneradoras, corre á modo de otro torrente de impureza, cuya huella es fácil de encontrar. En el siglo dieciocho, parece hallarse en alza la moral como principio superior, unido teóricamente á la política, y sin embargo, la moral individual, todo cuanto se refiere al respeto de uno mismo, al del pudor del hombre y de la mujer, hállase en un estado de envilecimiento, que puede observarse aun entre los escritores que con su genio honraron más el pasado siglo, y la inmoralidad llegó á dar el tono de la buena sociedad. La fastuosidad y el refinado lujo de que hicieron ostentación los arrendatarios generales, no fué otra cosa sino la expresión de las costumbres de su tiempo, y la generación que les hizo subir al cadalso, les excitó no pocas veces. Ciertamente es, que en medio de la vida de lucha y de trabajo que se hizo durante la Revolución, sólo son una especie de accidente, la debilidad y los yerros de determinado número de individuos; pero no por eso es menos notable el hecho de la persistencia de las costumbres del antiguo régimen, entre los que personificaban las reformas políticas y el radicalismo de las ideas, pues tal hecho tiene algo de singular, aunque sea explicable.

He aquí, por ejemplo, la vida de Mirabeau. ¿Por qué tiranía de la costumbre, el hombre rancio subsistía, bajo este concepto, en el generoso orador de 1789? ¿Cómo tantas manchas podían unirse con tan noble entusiasmo por la verdad y el bien público? Aun en estos gloriosos años del final de siglo, encontraréis siempre al hombre de la vida sensual pródigo y dispendioso. ¡Ah! ciertamente que podía hablar elocuentemente de este abismo absorbente de la deuda, aunque bajo el punto de vista de la Hacienda pública, poniendo de manifiesto la abierta sepultura, ante la vista de la asombrada Asamblea. Durante toda su vida estuvo lleno de deudas, y los elevados pensamientos que purificaron su genio, quedaron sin acción sobre esta parte de su existencia secreta, que consumía en desarreglos, festines y ruinosas fantasías. No cabe duda, que después de hecha la revolución se exageraron sus gastos; que se ha extremado el valor de su casa de la Calzada de Antin, que no había tomado sino á alquiler, y la de la casa de Campo del Marais, cerca de Argenteuil, que había comprado. Su biblioteca, valuada por autores hostiles á su memoria, en trescientos mil francos, no había sido pagada por él ni en dieciseis mil. Se han refutado las exageraciones de ciertos escritores de memoria, tales como Ferrieres, Bouillé, y otros. El señor Lucas Montigriz, en su excelente obra sobre Mirabeau, ha dado cantidades exactas: pero estas mismas cifras son abrumadoras. El rey había pagado á Mirabeau ochenta mil francos de deudas. El célebre orador recibía seis mil



francos por mes, de la caja real. ¿Dónde fueron á parar esas cantidades, si no fueron destinadas á pagar ni el importe de la casa que había comprado, ni el alquiler de la que ocupaba, ni la mayor parte de sus proveedores? Su insolvencia, proclamada por Frocnót, uno de sus albaceas testamentarios, el 21 de Noviembre de 1791, atestigua que continuó su vida dispendiosa y de lujo hasta á través de sus reclamaciones incendiarias de reformas y aun en medio de la falta pública de víveres y numerario. ¡Qué lección mayor que la recibida por la intemperancia de gastos de lujo, entre los hombres públicos! Mirabeau no desmintió sus convicciones, por más que hizo pagar á la corte el favor de su palabra, y su memoria llevará siempre esta torpe responsabilidad ante la historia.

Buscamos verdades y lecciones, no tenemos para qué hojear, en todos los rincones, las *Memorias*, para descubrir la razón de que subsistiese del lujo privado; nos limitamos á algunos ejemplos contundentes.

He aquí uno, de un carácter histórico, que pone al lujo frente á frente del *Descamisamiento* revolucionario, que pudo ser quizá una necesidad de la miseria, pero que es absurdo pretender elevarlo á la altura de una virtud.

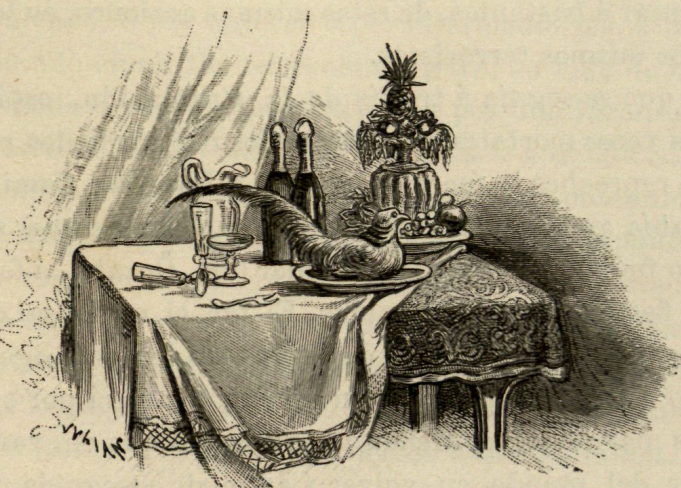


Fig. 203.—Servicio moderno de mesa.

Casi todos los que han contado al detalle la historia de este tiempo, hablan del viaje de Dumouriez á París en 1792. Viaje triunfal, donde el vencedor de la Argona es sospechoso; pero ocultando esta sospecha bajo la admiración pública, fué saludado por la Gironda con entusiasmo, y recibió de la Montaña misma una buena acogida, una vez disipadas las primeras sombras. Los clubs aplaudieron y los salones se lo disputaron. Uno había, que era entonces muy tenido en voga, el del célebre actor Talma, en cuyo

domicilio se reunían las mayores celebridades sociales, políticas y artísticas. La casa de Talma, calle Chamtreine, daba una idea del lujo del tiempo, no solamente por sus brillantes reuniones, sino por su mobiliario. Algunos testigos han descrito su gran galería que ofrecía á la vista sus gustos de anticuario griego, las flechas indias, los yaganes turcos. La música y el canto tenían en semejante salón su verdadero puesto, que representaba sobre todo una actriz que, por su encanto, belleza y talento, era la maravilla del día, la señorita Candeille, la que amaba Vergniaud. La dueña de la casa la señora de Talma, pasaba también por un modelo de gracia. Para celebrar la venida de Dumouriez, Julia Talma y su marido habían convocado á todos sus amigos; jamás la sociedad había sido tan numerosa y tan brillante como la noche del 12 de Octubre de 1792; nunca se habían mezclado en una reunión semejante más bellas mujeres elegantes y ricamente ataviadas, oradores, escritores, artistas y hombres distinguidos de todas clases. La señorita Candeille estaba al piano, cuando de repente se sintió un ruido,



el ruido de alguien que entra bruscamente y como riñendo. El introductor anuncia: El ciudadano Marat. Este entra y todos se alejan, algunos huyen. Entra acompañado de dos confidentes. Entra vistiendo la carmañola; un madras rojo cubre su cabeza; al rededor del cuello tiene un pañuelo sucio y mal amarrado; y se dirige derecho á Dumouriez, quién mirándole de arriba á abajo le dice: «¡Ah! ¿Sois vos ese á quien llaman Marat?»

No cito los diálogos que los historiadores de la Revolución han referido, tomados de las memorias de aquel tiempo, ni recojo de esta extraña escena, más que lo que hace referencia á mi objeto: Marat apareciendo horroroso en medio de aquella fiesta, injuriando á quien era el héroe, ultrajando á las señoras y caballeros que representaban la sociedad parisiense, al gritarles que no eran sino un hatajo de contrarrevolucionarios y concubinas; luego, dejándolos consternados, temerosos, queriendo algunos hacer reir, como el actor Dugazón que tomó una cazoleta de perfumes para purificar el aire. ¿No era esto como si el lujo hubiera visto aparecer aquella noche el funesto y amenazador espectro de Banco?

Marat, al día siguiente, proseguía injuriando al lujo y á Dumouriez. Contaba la fiesta á su modo grotesco y furibundo, y lo que había pasado en aquella casa, donde según él decía: «Un hijo de Talía festejaba á un hijo de Marte».

El feroz tribuno hubiera podido acusar á bastantes, de estas mismas acciones, en los bancos de la Convención y aun entre los mismos terroristas.

Estas costumbres de vida refinada que se seguía á través de la Revolución, están aseveradas por sus acusaciones algunas veces mortales, por las que los más probados republicanos fueron perseguidos. Iguales reproches le fueron dirigidos á Danton. Camilo Desmoulins no quedó exento. De que había amado el dinero, los gastos, los placeres, su correspondencia es testimonio; pero no fué bastante rico para tener lujo. Gozaba, á falta de ello, en casa de los demás, de las fiestas y buenas comidas. El fué el comensal de Mirabeau, á quien debía abandonar y denunciar como á más de algún otro de sus amigos. «Siento, decía, que su mesa, demasiado delicada y provista en exceso, acabará por corromperme. Sus vinos de Burdeos y sus marrasquinos tienen un atractivo que en vano trato de disimular y tengo todo el pesar del mundo en volver á adquirir enseguida mi austeridad republicana.» Sus comidas en casa del general Dillón le fueron imputadas como crímenes. Esta fué una ocasión para que los periodistas girondinos tuviesen de qué chancearse con los diputados Montañeses que aceptaban las comidas de personajes sospechosos.» «*Omne animal capitur esca*», decía Prudhomme. Camilo Desmoulins replicaba: «En verdad austero Prudhomme, he aquí que hacéis bastante ruido por un pavo trufado, comido en el carnaval, en casa del general que ha salvado á la Francia al lado de Biemse... ¿Dónde estaríamos, ciudadano Prudhomme, si á mi vez espurgase vuestras cuentas? Viendo en qué principios está redactado vuestro periódico al cabo de seis meses, sabéis que tuve la idea de ir también á pedirlos de comer, para conducirlos á los buenos principios.»

Sólo por no haber sido invitado por el señor de Sillery á comer, uno de los anfitriones del partido girondino, lo hace parecer como culpable. «Como desde largo tiempo yo había sido sospechoso á Sillery, *que no me volvió á invitar*, me fué facil averiguar que Louvet, Gorsas y Carra comían en mi puesto y con mi cubierto en el salón de Apolo»-

¿No tiene esto un acento de reproche bastante cómico?



El hecho esencial que se desprende, es la importancia dada á la preocupación de los goces materiales y la parte dedicada á la vida dispendiosa en semejante tiempo; así como las consecuencias políticas que de todo ello resultaron. Este fué el pretexto de la proscripción de los autonomistas. El partido ultra revolucionario sacrificado á la vez que estos, para experimentar la imparcialidad de Robespierre y de sus amigos, no fué á su vez exento de los mismos reproches. Los *Herbertistas* no cesaron indudablemente de declamar contra los ricos y el lujo, como también contra los mercaderes y los acaparadores. Chaumette exclamaba: «Cuando el pobre no tenga nada que comer, se comerá al rico.» Y sin embargo, en este desgraciado partido se encuentran agitadores que no se rehúsan ninguno de los goces que proporciona el dinero; el mismo Herbert era de este número. El antiguo mercader, el odioso autor del diario, *El Padre Duchesne*, se había enriquecido tanto por la venalidad cuanto por el agiotaje, y tenía el tren de un hombre rico.

En 1793, no habiendo circulado más que dos meses próximamente el papel extranjero, los banqueros eran acusados por todas partes, de ser los intermediarios de los emigrados y de entregarse al agiotaje, produciéndoles un gran pánico. La especulación se realizó sobre las acciones de la compañía de las Indias, que acababa de ser abolida, teniendo, ó por autores ó por intermediarios, á los diputados llenos de necesidades, continuando en medio del general apuro, su vida de bienestar y perteneciendo casi todos al partido ultra revolucionario, ya por una inconsecuencia que no es rara, ya porque hiciesen de la violencia una máscara y una fianza. Un extranjero, el barón de Batiz, fué el alma de estos especuladores, pues ese entendió con Julián de Toulouse, Delaunay, de Angers y Chabot, empleando medios espantosos, para hacer bajar las acciones y comprándolas enseguida; después por mociones más agradables, querían hacerlas subir, revenderlas y realizar los provechos de esta alza fraudulenta. El abate de Espagnac que Julián colocó al frente del comité de mercados, debía proporcionar los fondos para estas especulaciones. Estos hombres hicieron bajar efectivamente las acciones de 4.500 á 650 libras y recogieron beneficios considerables. Como no podía evitarse la supresión de la compañía, trataron de ver el medio de proporcionarse el decreto de supresión. Delaunay y Julián de Toulouse, se avistaron con los directores y pusieron en sus manos el negocio. «Si dais tal cantidad, presentaremos tal decreto, y si no daremos tal otro.» Convinieron en una suma de 500,000 francos. No entraremos en los detalles de estas vergonzosas operaciones, en las que tomaron parte otros especuladores que después de haber dirigido desde luego sus combinaciones en sentido contrario, acabaron por entenderse con Chabot, llegando hasta alterar el texto del decreto. Chabot fué vendido por su lujo, cuyo rasgo de una fortuna tan rápida como escandalosa, pagó con su vida en el cadalso, como tantos otros.

Los puros triunfaban. Robespierre se mostraba solamente amigo de todos los refinamientos de limpieza y elegancia, que aumentan el respeto de la persona y la misma autoridad del jefe de partido, cuando el grueso de este partido está formado por gente desaliñada de aseo y de traje. El rebusca un traje cuidado, y la finura de la tela, para que la sencillez casi plebeya de su vida, resalte más.

El huésped del carpintero Duplay, podía presentarse al pueblo, como partícipe de su existencia sencilla y severa. Saint-Just, no menos enemigo de los placeres, dióse tam-



bién una vida espartana. Llevando la vida ruda del campo, su elegancia natural se hacía más tiesa de orgullo y de convicción. Su cabeza, según se dice, recordaba la belleza de Antinoo, se había impreso del carácter del sectario ardiente y sombrío. El escritor que había debutado con el poema licencioso de *Organ*, podía sin que nadie acusase su vida, levantarse contra el lujo y la licencia. No podía decirse otro tanto de todos los montañeses. Los miembros supervivientes del partido dantonista, no tenían costumbres severas, y varios de aquellos que habían condenado este partido *corrompido*, llevaban á veces en puestos ignorados una vida voluptuosa y rica. Y esto en el momento mismo en que el terror no conocía límites, en que todas las clases proveían diariamente al cadalso de un número de víctimas, que era tan crecido, que nadie se tomaba el trabajo de contarlas. Los que se entregaban á esta faena sangrienta, estaban muy lejos de vivir como los puritanos. Tal contraste de la conducta pública y la privada, ha sido notada por varios historiadores de la Revolución, Thiers, Lamartine. «Muchos de los perseguidores, dice la historia de los girondinos, hablando de estos complacientes de la montaña, que tomaban su inspiración política en el miedo más aún que en la convicción, se habían de tal modo acostumbrado á la sangre, que mezclaban la muerte á las elegancias, á las delicias, á los desórdenes de sus vidas. Crueles durante la mañana, voluptuosos de noche, salían de los comités, del tribunal ó de la plaza del cadalso, para ir á sentarse en mesas suntuosas, saborear la música y la poesía en sitios cerrados, ó respirar en los jardines al rededor de París, con mujeres fáciles, el olvido de los negocios públicos, la belleza de la estación, lo ilícito y la paz. Parecían presurosos de dar á á los goces las horas que no tendrían al día siguiente y que las facciones abrevian á cada minuto. Manejaban con indiferencia el hacha que ellos aguardaban. Barrere sobre todo, era un hombre de refinamiento y elegancia, complaciente de la Revolución, más que apostol de la virtud republicana. Se le había puesto el sobrenombre de *Anacreonte de la guillotina*, porque era aficionado á las imágenes dulces, mezcladas á los siniestros decretos, como flores llenas de sangre. Había amueblado en la aldea de Clichy una casa de recreo, retirándose á ella dos veces por semana, para refrescar sus ideas y remojar la pluma. Aquí es donde preparaba, según dicen, sus decretos, ductiles como su alma, en los que su estilo recomendaba tomar el acento, el tono y las formas de todos los partidos dominantes. Aquí es también á donde conducía á los epicúreos de la Revolución, y entre otros al carpintero Dupín. Dupín era faccioso, bajo el concepto de los sesenta colonos generales que en masa había condenado á muerte. Era renombrado por su propensión á los buenos manjares. Hermosas mujeres y artistas confiadas de aprovecharse de los daños de la República, sentábanse en estos festines de Clichy, ligeras como el placer, pero discretas como la tumba; estas mujeres lo oían todo sin oír nada. Amar, amigo particular de Dupín, Voullaud, Jagot, Barras, Frerón, Collot de Herbois, el severo Vadier mismo, se personaban algunas veces en este retiro, para concertarse con Barrere y otros convencionales enemigos de Robespierre. El pretexto del placer ocultaba la conspiración.

¡Espectáculo de las revoluciones! He aquí las escenas que se representaban á la sombra y como tras de la cortina de la Esparta oficial. El gran lujo, denunciabile en las casas honestas y ricas, había desaparecido, arruinado ó tembloroso cuando no proscrito: el lujo vicioso manchado por los desórdenes, se desenvolvía en los retiros y hasta en los



lugares que rodeaban las grandes ciudades. En el mismo París, bajo el terror, no se paraba de encontrar teatros, restaurants, casas de juego y bailes licenciosos. Sólo esta elegante y rica sociedad que se llama el gran mundo ha adquirido el aire del sepulcro. ¡Tristes síntomas para el porvenir de la libertad! No germina en la sangre; no arraiga en la orgía. Las instituciones sociales y políticas no se regeneran en la inmoralidad privada. Las complacencias de la demagogia lo demostrarán bien pronto. A estos voluptuosos, á estos adoradores de los goces, se les volverá á encontrar llevando la librea de un despotismo glorioso aunque opresor. Involuntariamente el pensamiento vuela á los Estados Unidos, donde acababa de llevarse á efecto también una Revolución. ¡Cuán diferente espectáculo ofrecía esta patria de la democracia y de la república! ¿Por qué secreto verán ahora aliadas las riquezas y la sencillez de costumbres, la comodidad y el gusto del bienestar, sin el menor fausto, sin ninguno de los gastos frívolos ó inmorales? Aquí, haciendo la parte de los defectos, el hombre aparecía activo y laborioso. Tenía en la clase esclarecida, el respeto de sí misma, el sentimiento de su dignidad, el respeto á la mujer y el amor al hogar. ¿Dónde está, pues, la gran diferencia? En la idea moral. El materialismo con el culto de los placeres, esta es Francia ahora con mucha frecuencia. En los Estados Unidos su religión vivificante se unía á todas las prevenciones humanas. Ella regulaba la vida, predicaba la actividad, el trabajo como la justicia y la caridad, la responsabilidad ante Dios y los deberes hacia la humanidad y la patria. Era la fe de los Franklin y de los Washington. Una economía política liberal, la inteligencia de las leyes, presidiendo al trabajo y á la distribución de sus productos, uniéndose á esta fortificante moral. En Francia, con cualidades raras, exquisitas como gusto é idea, se encontraba en vez de una sociedad joven y sana, una sociedad viciada, árbol viejo y sávia vieja, poco á propósito para el desarrollo de los frutos de sabiduría y virtud que reclamaba un mundo nuevo, que alboreaba las más nobles teorías de humanidad y de progreso, y que había tomado por divisa la regeneración social.

Continuemos estudiando el lujo privado en la misma época, bajo aspectos menos trágicos, y en general menos llamativos por su carácter moral.

El traje y el mobiliario podían ponerse en parangón con las ideas y las costumbres revolucionarias y sus diversos momentos, como les hemos visto cambiar en las diferentes fases morales y sociales de la época monárquica. Esta aversión hacia el lujo del estado, de la sociedad en semejante época, picante de por sí, es muy instructiva con bastante frecuencia.

¿Cómo no percibir la misma víspera de 1789, en el traje de los hombres, el anuncio de la revolución igualitaria? Tanto había adquirido la reina el gusto al fausto, cuanto al rey le había dado por la sencillez. Por otra parte, ¿qué hubiera podido el ejemplo de un monarca fastuoso, á manera de Luis XIV? La opinión sola rehusaba: arrancaba la moda á la dominación de la corte, para hacerla pasar bajo el juicio de la política. La política es la que niveló los peinados; volvió á emplear los polvos, á riesgo de revolucionar la importante corporación de peluqueros, que formaba casi una de las palancas del antiguo régimen. Esta corporación, rica, poderosa, muy vanidosa se había atrevido á escribir en los rótulos de sus tiendas: *Academia*. Fué preciso que el superintendente de edificios les previniese que esta inscripción era ofensiva para la Academia francesa. Luego que Turgot abolió las corporaciones sin indemnizarlas, debía



exceptuar la corporación de peluqueros, á causa del número y del precio elevado de sus matrículas. Cuando la asamblea constituyente decidió que las corporaciones fuesen abolidas, pero indemnizadas, la cuota de los peluqueros, sobre 120 millones á repartir, montaba á 22 millones. No hay lugar á risa ni á admirarse. Este privilegio, ligado á todos los demás, prosperaba en razón á su poder, y debía en su consecuencia ser contrarevolucionario. Una parte de la corporación siguió á la nobleza, que llevaba sus modas en el destierro. De este modo acabó su grandeza, como la gloria de la peluca, que con sus complicaciones múltiples y sus grados gerárquicos sostenía á la antigua sociedad.

Todo, en el traje, debía pasar bajo el mismo nivel. Los cabellos fueron llevados cortos; se imitaban las Cabezas Redondas de la revolución inglesa. Los sombreros sufrieron igual transformación. Fueron burgueses, cosmopolitas, también suizos, holandeses, kuáqueros. El traje acabó de estrecharse, suprimiéronse cerca de dos tercias de tela, impúsose el color liso á la misma nobleza, que se mantuvo durante algún tiempo en una gran sencillez. El lujo se redujo á los botones cincelados, esculpidos, esmaltados y con miniaturas. En 1787 los adornos extraños se instalaban sobre alguna parte del traje. El chaleco se recargaba de bordados históricos. Se representaban las fábulas de Lafontaine y las aventuras de los romances más de moda. Se figuraban los acontecimientos políticos, como los notables presididos por Luis XVI. El negro, en vísperas de 1789, acabó por prevalecer; color serio, democrático, que permite al pobre mezclarse con la sociedad más rica; pero si la igualdad entre los hombres, se hacía por la sencillez, se hizo entre las mujeres por el lujo. Las mujeres ricas del mercado se apellidaron *Señoras*; vestíanse como las duquesas en las ceremonias, cubriéndose de encajes y brillando de diamantes.

En 1790 se hubiera podido ya clasificar los partidos por el grado de lujo de los trajes, aunque la nobleza había renunciado, con el abuso de las ricas telas, al adorno de joyas. Los matices subsistieron. El partido de la corte conservó las hebillas en los zapatos, el partido popular usaba zapatos de cordones. Rolland, nombrado ministro, se presentó así ante el rey, que se tuvo por insultado. Poco á poco descende todos los grados hasta los *descamisados*. Las ideas niveladoras tomaban como símbolo el traje despechugado, la gorra, el pantalón de paño burdo; la hopalanda larga de invierno era la carmañola. Chaumette da el ejemplo á sus colegas del municipio, que ocupan sus puestos con zuecos. Se le tiene miedo á un traje que se haga notable. No todos los demagogos tienen el valor de Robespierre. El terrorista Lebon, escribe á uno de sus amigos, á propósito de un traje encargado por su madre: «Ocho días hace que falto de Arrás y temo que mi primera entrevista me proporcione algún disgusto con mi madre. Tú sabes que ella debía comprarme un traje de tela muy fina, una casaca de seda y un pantalón de la misma tela. En el primer momento, aunque todo fuese prohibido, no creí deberla disgustar por una cosa ya hecha y consentí que me tomaran medida; pero tú me creerás si quieres; *aquí me tienes que llevo diez y ocho noches sin dormir casi nada*, á causa de este malaventurado traje. ¡Yo, filósofo, amigo de la humanidad, cubrirme tan ricamente, mientras que millares de nuestros semejantes mueren de hambre bajo tristes harapos! ¿Cómo, con todo este brillo, trasladarme en lo sucesivo á sus chozas, para consolarles en sus infortunios? ¿Cómo pleitear aún por la causa del pobre? ¿Cómo



levantarme contra el robo de los ricos, imitando su lujo y sus suntuosidades?» Escrupulos son estos un poco tardíos, que ocultan el temor de comprometerse por un traje rico, hecho motivo de persecución.

Fué necesario decretar la uniformidad de los trajes. Sergent, miembro muy conocido del municipio, tomó la iniciativa de la proposición y dibujó un modelo. Robespierre hizo entregar por el Comité de salud pública un acuerdo, que daba satisfacción á la sociedad republicana y al Club de las artes, donde la cuestión se había agitado. La primera había marcado su preferencia por el traje griego; la segunda había emitido un voto que pedía un traje «propio para el trabajo y sin salir de la raya.» David estaba encargado de trazar un tipo conservado por un grabado de Denon. La túnica y la capa corta y el pantalón colan con las polainas, no formaban un traje muy adornado, pero unido al birrete húngaro, adornado de plumas, se volvía al traje teatral. El célebre artista debía modificar este tipo, según el régimen, y apropiarlo á su vez á los trajes oficiales del Directorio y á aquellos de la corte imperial. En cuanto á la sencillez democrática del traje, cayó en desuso, volviendo otra vez el gusto del lujo. La República, habiendo decretado la uniformidad, debía fracasar, como había fracasado la monarquía decretando la sencillez por la legislación suntuaria.

En cuanto al lujo de las fiestas, la necesidad de distinguirse fué la que le hizo no ser festivo. Se le vuelve á encontrar en las modas. Los peinados habían perdido su fausto; nada podía evitar que las mujeres llevaran gorro de los *tres órdenes reunidos*, gorros á la *Bastilla*, gorros á la *ciudadana*, más tarde un tocado á la *Constituyente* y un traje á la *patriota*. Todo esto no era más que un juego. Hubo un momento en que el patriotismo, el ejemplo y la necesidad amenazaron con mayores sacrificios. Para liquidar la deuda nacional, las mujeres llevaron sus ofrendas enviando á la Asamblea Nacional sus joyeles, sus pendientes de oro y de plata, y en su lugar usaron joyas de cobre y acero. La piedra de la demolida Bastilla, dió materia para los nuevos medallones. La imitación del cristal fué empleada en pendientes, que se esmaltaban en tres colores. El *Gabinete de modas*, con fecha del 5 de Noviembre de 1790, decía: «Nuestras costumbres empiezan á purificarse, el lujo cae.» El honrado periódico cayó él mismo más definitivamente que el lujo, que había tenido la inconsecuencia de ajar, como si no viviese.

El Directorio, en este orden de ideas y de asuntos, es un dato, una época.

El eminente historiador de la Revolución, el señor Mignet, caracteriza muy bien este momento crítico: «Se salía debil y magullado de una furiosa tempestad, y cada uno, acordándose de la existencia política con temor, se lanzó de una manera desenfrenada hacia los placeres y las relaciones de la vida privada, suspendidas durante tanto tiempo. Los bailes, los festines, los desórdenes, *los equipos suntuosos* volvieron con más ahínco que nunca: esta fué la reacción de las costumbres del antiguo régimen. El reinado de los descamisados, trajo de nuevo la dominación de los ricos; los clubs, la vuelta de los salones. Por lo demás, no era menos imposible que este primer síntoma de la continuación de la nueva civilización, no fuese también desordenada. Las costumbres directoriales, eran el producto de una sociedad que debía reaparecer antes que la nueva sociedad hubiese arreglado sus recuerdos y hecho sus propias costumbres. En esta transición, el lujo debía producir el nacimiento del trabajo, mezclar el agiotaje al comercio; aproximar á los que no podían sufrirse más que en la vida privada, en fin,



la civilización, debía empezar la libertad.» No se puede separar de este momento general de renacimiento, el traje y el mobiliario que servían de expresin á questa época. El lujo no atendía á la riqueza. Habiendo pocas manufacturas y ninguna moneda metálica, los mandatos territoriales suplían por una simple transformación á los asignados. Los impuestos eran suprimidos ó mal acomodados. Ningún negocio á largo plazo era factible á falta de más asegurado porvenir, y todos se echaban en brazos de los consumos oficiosos, pidiendo el olvido á la embriaguez de las fiestas. Los unos no pensaban sino en especular; se compraba con furor; había por doquier ventas de muebles, de palacios, objetos de arte y toda clase de curiosidades. París parecía un bazar, cuyo principal centro lo representaba el Palacio Real; se vendía en los depósitos nacionales, en las salas de venta, entre los emigrados, como entre las víctimas, formando un vasto mercado donde se disputaban en pública licitación los despojos de los particulares, de monumentos, de iglesias, los terciopelos, los paños de oro, los rasos, los damascos, los gros de Tours ricamente bordados y á veces guarnecidos de perlas finas, las bibliotecas encuadradas por Gerome y Padeloups, las colecciones, las estampas y los cuadros, las piezas de Persia rameadas, los servicios adamascados de Silesia, las porcelanas de Sevres, los candelabros y los vasos, las camas pintadas á manera de las de China, las tapicerías de Beauvais, las consolas doradas y escultóricas, los esmaltes y las pinturas de Degaud y Mailly, las miniaturas de Hall, los péndulos movibles de Lepaute y Rovin, y tantos otros objetos de arte.

El centro del lujo parisiense se fijó en la Calzada de Antin. Este fué el centro de los advenedizos recientemente enriquecidos y de las mujeres á la moda. El carácter efímero, corrompido y febril de esta época extraña, se refleja en el mobiliario, de una coquetería afectada y preciosa. No se ve más que tocadores decorados con figuras blancas ó pintadas, pequeños muebles preciosamente ornamentados, estampas iluminadas de todas clases. Todos estos objetos llaman la atención, más esplendentes que encantados por sus mezquinos esplendores. El paganismo ocupa todavía más lugar que en el siglo dieciocho, durante el reinado de Luis XV. Una nueva madera se apodera, por decirlo así, del mobiliario; la caoba llenó bien pronto las habitaciones de la burguesía. Es un hecho de alguna importancia en la historia de la sociedad parisiense, el de la creación de un cuartel nuevo, fabricado sobre los antiguos jardines y edificios pertenecientes á la Hacienda, al comercio y á la banca. Semejante momento recuerda á Law. Se gasta y se edifica para desembarazarse del papel moneda, y por gusto de concluirlo; sin embargo, aun queda alguna cosa. La manufactura de espejos ve elevar su fortuna con esta fiebre de decoración. Se adornan con ellos los cafés y las tiendas que durante la noche arrojan sobre París sus brillantes rayos de luz.

El traje toma sin transición el aire de fiesta; es la imagen de esta vida de placer y de locura, que parece hacer del Directorio la regencia de la República; más afectado que magnífico, pagano é indecoroso, hace resaltar la desnudez más que la oculta. Esto es lo que mejor podía convenir á una sociedad que no piensa más que en divertirse, en vivir y bailar; al mismo tiempo que los salones se vuelven á abrir con un brillo extrovertido, se abren para la multitud seiscientos bailes públicos como por encantamiento, habiéndolos que se instalaban hasta en el cementerio, espectáculo menos triste para el que reflexiona, que el de los saraos brillantes, dados por viudas y huérfanas en los



salones adornados todavía con los retratos de un marido ó un padre enviado al cadalso dos años antes. Mientras que los Brutos y los Mucio-Scévolas de ayer se convierten en Alcibíades, las Cornelias se exforzaban en hacer el papel de Aspasia; así era la señora Tallien. Las plumas, las sederías, las alhajas, recordaban el antiguo régimen. Lo que caracterizaba al Directorio era el traje griego ó romano de las *maravillosas*. Los años 1796 y 97, vieron ostentar los pechos y los brazos desnudos; las túnicas, los trajes, las ligeras sandalias ceñidas por cintas. Esto concluyó por la desnudez casi completa; la ausencia del jubón y de la camisa, resultó el *vestido á lo salvaje*. Pero estas salvajes muy civilizadas, llevan anillos de oro por encima y por debajo de las rodillas y diamantes en los dedos de los pies. La mitología, que proveía de símbolos de mobiliario, da los nombres á estos tocados, apellidándose de Ceres, de Minerva, de Flora ó de Diana; se peinaban á lo Tito ó á lo Caracalla. El desorden de ideas se pinta todavía en otras modas y en sus denominaciones. Hubo chales á lo *sangre de toro*, corsés á la *humanidad*, gorros á la *justicia* y á la *locura*; sólo este último nombre estaba justificado.

La absurda frivolidad tras tantas pruebas, crímenes, peligros, abnegación y heroísmo, es aun más triste que ridícula. Se sufre al ver que los hombres no están más cuerdos que las mujeres. Si las *Maravillosas* resucitaban la riqueza del traje los *Lechuguinos* no resucitaron más que la pretensión; los *Increíbles* parece que no tienen más lujo que las modas ridículas y lastimosas.

Encuéntrese alguna otra cosa más que el ridículo en el contraste entre los esplendores del adorno de las mujeres y la miseria del tiempo, en cierta época de estos años que tan experimentados quedan. La carestía, en gran parte nominal, por el hecho del envilecimiento de los asignados, pero muy real también por la continuación de la escasez, se dejaba sentir. Lo necesario tenía más precio que lo superfluo. La libra de pan en asignados costaba 60 francos, la libra de carne 120; el carbón y la madera faltaban á lo mejor del invierno. En la misma época, se vendía un vestido de batista cruda, bordado de sedería, en 2500 francos, un vestido de seda oscura en 1040 francos. Ciertos trajes suntuosos se vendían hasta en 20,000 francos. La riqueza ociosa y agitadora, se echaba en brazos de todos los placeres. La pobreza quedaba oculta, desesperada frente á ella misma. ¡Contraste odioso y doloroso! Nunca se había abusado tanto, y se estaba en el siguiente día de una revolución de igualdad. Espectáculos semejantes no se dan nunca impunemente. Se toma el silencio de los desgraciados por indiferencia ó con sentimiento. La cólera vela y ruge sordamente. Un complot se formaba: terrible protesta contra una sociedad apenas naciente y que renacía en medio de las locuras escandalosas de una riqueza improvisada. Babeuf trabajaba oculto; organizaba la conspiración de la miseria y la utopía. Hacía circular sus manifiestos de revolución socialista: reivindicaba la causa del pobre, bajo la forma imposible del comunismo: proclamaba que, «la naturaleza ha dado á cada hombre su derecho igual al goce de todos los bienes:» restringía lo superfluo intelectual con las bellas artes, lo superfluo físico con el lujo, la riqueza con la desigualdad, preparando su plan provisorio que instalaba á los descamisados en los bienes excesivos de los nuevamente enriquecidos. ¡Extraño preliminar de la sencillez que debía darlo todo, bienes y trajes!

No puedo terminar este capítulo, sin decir la última palabra de una forma especial del lujo á que he atribuído una importancia legítima, en el curso de estos estudios.



Desde luego se verá la guerra que la Revolución hizo al fausto funerario del pasado. Hubo un momento en que no sólo desterró los sarcófagos, sino que abolió todas las ceremonias fúnebres que constituían en las iglesias el lujo de los duelos. Mientras que los muertos, cuyos huesos reposaban hacía siglos, eran tratados con una brutalidad tal que se procuraba hacer desaparecer sus restos y se despojaban los túmulos de los valores de que habían sido adornados, los muertos de la víspera eran tratados, bajo el poder del ayuntamiento, con un civismo aun más chocante. Se enterraba al son del *Ca ira*. En vez de cura, un comisario con un gorro frigio, la concurrencia cubierta de igual manera, el ataúd envuelto en un paño tricolor; apenas hay tumbas, y ningún emblema.

Una reacción enérgica ocurrió durante el Directorio: é iba á prolongarse, acusando su ventaja desde luego, bajo el Consulado. La policía de cementerios, fué establecida antes aun que la administración del célebre prefecto Frochot inaugurase la nueva era de los cementerios de París; se pusieron más cuidados en las tumbas y en los entierros; se vió que podría ser compatible el fausto funerario con los principios de la Revolución. En esto se dividieron; los unos no querían ninguno; sencillez, austeridad, igualdad; esta era la reforma radical que meditaban.

Otros mostrábanse más propensos á la desigualdad; solamente hubieran querido que no se volviese á los antiguos emblemas religiosos.

Esta preocupación se muestra en el programa del Instituto nacional que dió curso al asunto. El programa pedía un código de ceremonias fúnebres en las que no se introduciría *reforma alguna, perteneciente á ningún culto*. Un lujo completamente civil de funerales y sepelios, tal era la idea, poco fácil de realizar, que se imponía á los concurrentes. Hemos leído la memoria nacida de este concurso y otras obras, que componen toda una literatura funeraria, no teniendo otro interés, sino como documento histórico y moral.

Entre los planes de todas clases, había uno que ponía cortapisas á todo lujo funerario. Se trata de pulverizar los cadáveres, de las osamentas se hacía una especie de pasta que, mediante una aleación que indica el autor, permitiría á todo ciudadano retener los bustos, que conservaría en su domicilio. Así los pobres podrían tener una galería de sus antepasados. Los diversos procesos de inhumación y de incineración, tuvieron sus abogados. Encuéntranse en las memorias de los concurrentes, sin exceptuar la del ciudadano Millot que obtiene el premio, sino miras morales, bastante honestas, sin mucho alcance, unas pocas ideas quiméricas, la indicación juiciosa de algunos medios de policía; nada que se refiera directamente á las formas nuevas que podrá recibir el lujo funerario, en una sociedad democrática, pero libre y dueña sin disputa de honrar á sus difuntos, como ella lo entiende.

La reacción religiosa iba á cortar la cuestión, restableciendo en las iglesias y en los lugares consagrados á la muerte, los emblemas del catolicismo. El fausto funerario renacía con el culto á los muertos vueltos á su honor y casi á la moda. Los versos de Fontanes, de Legonde y del abate de Lille, los capítulos tan poéticos del *Genio del Cristianismo*, sirvieron de eco á esta reacción que contó con una nueva fuerza.

El lujo funerario no había aguantado, sin embargo, esta señal para reaparecer en parte, y la apertura de nuevos cementerios había favorecido su desarrollo. En esto también se operó una revolución; entonces fué cuando las clases medias, tomaron



posesión de la morada de los muertos, marcando su importancia, reivindicando su parte de fausto en las sepulturas; al rededor del señor feudal y monárquico, estaban las otras clases, y el lujo funerario se hizo burgués. Los mismos contemporáneos tuvieron conciencia de ello. «Se llega, escribe Lemontey, hasta á la santidad de los deberes fúnebres... Pero como si nada bueno ni prudente se pudiese hacer con medida, la vanidad y la afectación corrompen la piedad renaciente. Ya se disputa por el lujo de los convoyes, lo que enriquecerá por demás la nueva empresa de los arrendatarios de pompas fúnebres; la escultura y la poesía ya no son bastante á adornar las *catacumbas de la burguesía*.»

Ni en el Directorio, ni durante los períodos que siguieron la restauración, era posible pedir la reforma del lujo funerario, bajo los auspicios del arte.

El gusto público queda ligado y como fijo en la mitología; ella preside los versos, provee de motivos todos los objetos de arte, y todavía campea en las sepulturas.

Sobre los suntuosos túmulos de actores célebres, que parecen tomar con su brillo la revancha de las antiguas privaciones, se puede ver á Melpómene, Talía y Terpsícore. Las musas figuran sobre las tumbas de los poetas, viéndose allí mezclados y confundidos todos los vestidos.

Estando proclamado el mérito individual, todo el mundo quiso tener una aureola póstuma de mérito: los muertos un poco notables, tuvieron sus bustos y sus medallones. La vanidad burguesa hizo gala de su riqueza y de una superioridad recientemente conquistada, poniéndola de manifiesto en las sepulturas.

El fausto de las inscripciones completó la necesidad de lujosos mausoleos. Las hubo para los rangos más modestos de la industria y del negocio; sentimentales como la literatura de moda ó positivas como el siglo; los epitafios proclamaban las virtudes de las familias y las cualidades de la profesión. Si para juzgar esta época se viese la posteridad reducida á este género de documentos se podría creer que aquella gente había sido el colmo de la virtud.

No volveremos sobre este asunto á que hemos consagrado tantas páginas, limitándonos á decir que la Revolución ha dejado huellas, sin que ninguna gran inspiración haya renovado este género de lujo. Se pregunta qué género de arte nuevo la ha regenerado. Qué sentimiento religioso y moral inspira nuestras sepulturas. La vanidad figura siempre en primera escala. Ciertamente que una gran cantidad de monumentos honra á nuestros escultores y nuestros arquitectos; pero recorriendo estos campos fúnebres hechos á imagen de la sociedad por el número y la diversidad de géneros de importancia de que participan, y donde la aristocracia, la industria, la banca, el comercio, la celebridad literaria, la ilustración militar y política, tienen tantos monumentos se ve que faltan al total la originalidad y la grandeza. El lujo en pequeña escala, muy á menudo de bastante mal gusto, mata al gran fausto, entendiéndose por tal aquello que el arte tiene para ilustrar y servir. El género de devoción que campea, parece favorecer las deficiencias del arte, multiplicando sus pequeñas imágenes que tienen un aire singular de idolatría. Es una industria bastante inferior, que fabrica á bajo precio, pero muy caro para lo que valen estos objetos profanos, destinados á la decoración de las sepulturas. Fruslerías funerarias, que sería preciso llamar ridículas, si estas cosas falsas y de mal gusto no llevasen envueltas las impresiones de los más sinceros dolores.



Por lo demás, el sentimiento primitivo no ha cambiado. Si se adornan estas tumbas es siempre para agradar al muerto. Con esta intención se depositan flores y se adornan los cementerios con jardines. La religión de los muertos subsiste, no ha perdido su fetichismo, sobre todo en las tumbas de los niños, donde las pobres criaturas tienen sus juguetes como el guerrero bárbaro tenía sus armas y como la doncella egipcia tenía sus joyas y su espejo.

Verdaderamente, en vista de esto, se puede decir que la democracia, después de la Revolución en que este movimiento se hizo sentir, contribuyó á nivelar el fausto funerario. No lo ha suprimido, lo ha hecho más común. Si el arte puede sufrir, no todo se puede censurar bajo el aspecto moral. Bueno es que el culto de los muertos se mantenga y se extienda al mayor número de familias posibles. No examinamos las causas de esta clase de piedad que subsiste en el pueblo de París. Puede muy bien basarse en los recuerdos del pasado, más que en las esperanzas de la vida futura ó bien en perspectivas ulteriores. Tal y como es un sentimiento así, quiere ser respetado y satisfecho. Es de desear que se tenga presente en el momento de abrir vastos campos fúnebres que permitan abolir la fosa común. El comunismo no es bueno, ni aun en la muerte.

El que fué una persona merece conservar un nombre, al menos, que recuerde á los que le sobreviven lo que el hombre ha sido.

Si debe haber siempre pobres en la sociedad de los muertos, no es necesario que haya siempre miserables.

Dejemos decir á los que envidian los suntuosos túmulos, pero quitemos al menos pretexto á los que se preguntan con amargura cuándo se podrán abrir tumbas modestas junto á estas sepulturas inutilmente fastuosas, que los servicios prestados no siempre justifican y que el arte no absuelve.

El voto que hacen las familias pobres debe tener mejor acogida, y mientras más limitado, mejor aún, no como un derecho, sino como cumplimiento de un piadoso deber que es querido.

He aquí los verdaderos principios de la Revolución, tomados en su más favorable sentido. Este lado es digno y bueno, pero no es dudoso que el lujo funerario, para quedar á su vez en los justos límites y para ostentar su legítimo brillo, exige las inspiraciones más elevadas que han presidido á su origen. Se rebaja y corrompe, cuando sólo obedece á motivos frívolos de una vanidad, que no se une á ningún pensamiento superior. Las artes que contribuyen al fausto funerario, se han resentido siempre de este descenso de influencias que modifica las formas. No se han depurado y elevado sino con altas inspiraciones, que recuerdan lo que hay de más grande en la vida, y, sobre todo, penetrándose de las ideas misteriosas y profundas que convienen á la muerte. He aquí lo que no ha hecho la Revolución y lo que después de ella no se ha realizado tampoco, á no ser en algunas grandes obras excepcionales que honran nuestro tiempo. Hay que alegrarse que esta clase de lujo entre en una era nueva y halle, bajo otras formas, la originalidad y la grandeza que lo han ilustrado en anteriores épocas.

En cuanto á las sepulturas un poco burguesas del fin de la época revolucionaria, hase debido reconocer, que revelan quizá más lujo privado que público. Es una satisfacción dada al espíritu de familia bajo formas que, excepcionalmente, no revisten otro carácter que el de un gran arte monumental. Cualquiera que sea, hemos debido hacer



un puesto á este aspecto del lujo sacrificado, negado y rehabilitado enseguida en una cierta medida, por la época misma.

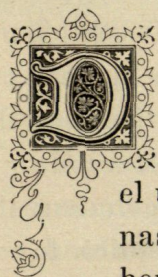
Sólo nos queda examinar la Revolución en cuanto al lujo público, bajo los dos opuestos puntos de mira: el vandalismo, la lucha encarnizada llevada á los restos del pasado y á las tumbas; y por otro lado, los nobles pensamientos de creación de un lujo suntuoso, público, y los ensayos de reformas más ó menos coronadas de éxito lisonjero. Este objeto no ha sido tratado sino por fragmentos, y, á menudo, con pasión. Trataremos de reunir lo que se refiere á él y juzgaremos sobre las piezas que permiten instruir tan interesante proceso.





## CAPÍTULO XII.

## EL LUJO PÚBLICO Y LA REVOLUCIÓN.--EL VANDALISMO



URANTE la época revolucionaria se ha visto subsistir el lujo privado, y también de una manera más ostensible el lujo público.

Aquí cambia el punto de vista. La Revolución condena en teoría tanto el uso mismo como los abusos del lujo privado, á excepción de una parte, algunas veces escandalosa en la realidad, que ya se ha visto por los ejemplos que hemos citado. Al comienzo, no se manifiesta la misma hostilidad contra el lujo público, y los hechos responden con cierta medida á las teorías favorables de este lujo, que á todos aprovecha. No sólo la Revolución tiene abiertos los teatros, que no se cerraron ni durante la época del Terror, y aún se multiplicaron, gracias á una concurrencia ilimitada, sino que se sabe cuántos fueron y el brillo de las fiestas de esta época. La Revolución también pensó en las artes, abriéndolas salones donde exponer las obras, que todo el mundo podía visitar. Fundó y dotó escuelas, establecimientos destinados á la enseñanza, y desarrolló y alentó todo este lujo nacional. No se escaseaba ninguna de estas satisfacciones que el Estado reserva á las más elevadas necesidades. Después, por una funesta contradicción, al propio tiempo que se disponía á ensayar reformas en ciertas partes del lujo público, suprimía de un modo brutal algunos establecimientos, derribando los monumentos que recordaban los más grandes rasgos de aquél, en el antiguo régimen. En una palabra, mostrándose violentamente destructiva.

Cualquiera que fueran los recuerdos, hay un punto sobre el que es difícil que el acuerdo no se lleve á cabo. *La Convención no ha hecho una guerra sistemática á las artes y al lujo público.* Se cree muy á menudo que esta asamblea era hostil á las artes,



mientras que no lo era sino al pasado, que atacaba ó dejaba de atacar sin compostura. Por consiguiente, tomó ciertas medidas especiales para la conservación de los objetos de arte, que las épocas anteriores habían honrado. Se confunde á la Convención con un grupo, una fracción ó una secta. El mismo grupo de Saint-Just es la expresión más sistemática, pidiendo la supresión del lujo privado y la opulencia; pero no extiende sus procripciones al lujo público, en consecuencia con su espíritu imitador de la antigüedad. En las antiguas Repúblicas, la pobreza de los ciudadanos no excluía de cierta magnificencia al Estado. La medianía reinaba en las viviendas de los particulares; los templos, los monumentos, las fiestas, manifiestan un lujo público lleno de brillo y grandeza.

La Convención, en su inmensa mayoría, quiso, pues, un lujo público y de las artes muy desarrollado, ella inició la regeneración.

Bajo la fórmula de fiestas nacionales, llegó hasta el abuso; la monarquía tendió aquí, como por todas partes, á centralizar estos excesos: donde estaba el rey, estaba el Estado protector de las ciencias, y de las artes y las letras. ¿Qué debe ser el lujo en una sociedad democrática? Esto es, pues, lo que preocupó á la Revolución con una mezcla de ideas justas y aberraciones que nos exforzaremos en describir y apreciar con toda equidad.

¿Cuáles han sido los orígenes del vandalismo revolucionario, desde el momento que es reconocido, que no hubo enemigos sistemáticos del lujo público y de las artes, y que se emprendieron estas destrucciones como una clase de campaña por la civilización? Ciertos espíritus, dispuestos á ver complots por todas partes y palabras de orden, han creído reconocer en estos sucesos la presencia de una mano misteriosa, los hilos rotos de una conspiración sabiamente medida. Otros lo han atribuído al oro del extranjero, precipitando la revolución á los excesos para deshonrarla más. Nada justifica estas acusaciones. Podían bien hacerse eco en esas horas turbulentas, donde á toda costa se quiere tener un enemigo designado y responsable. Pero los grandes movimientos populares tienen su fuente en ellos mismos, y éste no hace excepción y se explica lo suficiente por las leyes eternas de la naturaleza humana. Un irresistible instinto impulsa á los pueblos á personificar en símbolos la fe religiosa ó política, venerándolos tanto como tenga de existencia esta fe; por un instinto no menos invencible, se les ve volverse contra ellos con un odio violento, desde que tal fe desaparece. Esta revolución en las ideas, acabará por ser encarnada en las masas que no reciban el contragolpe del cambio operado en las ideas, sino cuando se ha cumplido paulatinamente en las clases superiores; más violento será el movimiento que precipite la multitud contra los símbolos. «*Cupide conculcatur nimis ante metutum.*» No busquemos por otra parte el origen de este soplo de destrucción que, pasando sobre las ciudades y los campos, atravesó la Francia como un viento de muerte, arrasándolo todo y destruyendo cuanto á su paso encontraba.

¿Habrá que creer, por consiguiente, que esta fiebre se haya encendido por sí misma, que no haya habido más que un pequeño empuje popular, en esta guerra hecha á la parte más preciosa del lujo público, expresado por los monumentos y las artes? ¿Cómo no hacer responsables á los clubs, las municipalidades y en una cierta medida á este gran poder que absorbe á los demás; la Convención? Sí, sin duda; y se va á ver



cómo ella tuvo su parte. No se comprenderá que un pueblo, no ha mucho sometido, sobre todo los pueblos del campo, haya sido presa de este rasgo súbito, si no hubiera sido soliviantado por fuerza; ¿quién creará que no había menos de ochocientos afiliados, todos Jacobinos, repartidos por el territorio? Este fué el foco principal, siempre en fermentación: de aquí partían las más de las veces las disposiciones. Los miembros y auditorio de estas tumultuosas asambleas, coléricas por los acontecimientos del día y siguiendo la corriente con una especie de precipitada emulación, formaron el contingente natural de este ejército de destrucción, que ha dejado pocos puntos en Francia sin huellas de sus pasos. Los municipios estaban desgraciadamente compuestos de elementos análogos, si es que no eran los mismos. En todos los casos, aunque ellos no dieran el ejemplo, fueron dominados y arrastrados.

En cuanto á descargar á la Convención de toda la responsabilidad en la destrucción de monumentos y objetos de arte, desde luego decimos que es imposible. Tantos discursos como fueron pronunciados respiran el odio de este pasado, del que los emblemas estaban por todas partes, y debían encontrar el eco en un pueblo fácil de impresionarse y apasionarse. A los ojos del pueblo, la Convención Nacional representaba otra cosa más que un cuerpo político ordinario. Los pueblos tienen necesidad de colocar la autoridad moral en cualquier parte: en un libro, en un hombre, en una asamblea. Entonces la asamblea lo era todo, mientras que rompían violentamente con la gran autoridad moral, representada por la Iglesia. Para los que arrastraba el movimiento revolucionario, todo lo que procedía de la asamblea, lo revestían de una especie de consagración. ¿Qué sería cuando la boca que había lanzado el oráculo era la de uno de los jefes populares, que para la muchedumbre representaban las luces y la virtud? Sus discursos, leídos con avidez, comentados por hombres de un temperamento exaltado ó lanzado por la violencia de los acontecimientos fuera de lo natural, ¿podían dejarse de traducir por los más terribles hechos?

Apenas, si es preciso medir el alcance de los discursos, cuando hay actos como el decreto de primero de Agosto de 1793, que estableció que en un breve espacio de tiempo, había de ser destruído en todas las iglesias de un extremo á otro de Francia, todo cuanto hubiera de tómulos reales. ¡Qué terrible toque de somatén! Se designaba un objeto especial al encono de un pueblo sublevado que debía arrojarle con la misma furia sobre otros símbolos no menos detestados y más multiplicados. Esto era precipitar á las masas contra las iglesias. Pero, dicen, se trataba de *exhumar* las personas reales y no *destruir* los tómulos. Esta interpretación no es literalmente exacta. El texto dice: «Las tumbas y los mausoleos de reyes establecidos hasta aquí y levantados en la iglesia de San Dionisio, en los templos y en otros lugares en todo el territorio de la república, serán *destruidos* el 10 de Agosto.» Las consecuencias fueron inmediatas. El municipio de San Dionisio se mostró neciamente impaciente por llevarla á cabo, sin comprender que al proceder así, quitaba á esta localidad lo que constituía su gloria ante el mundo entero y su principal riqueza. Había ya cambiado su nombre por el de Franciada. Este municipio envió á la Convención un decreto verdaderamente absurdo, tanto en el fondo como en la forma: «El oro y la plata que envolvían los paños sagrados de San Dionisio, decía el orador encargado de dirigir la palabra, van á contribuir, á afirmar el imperio de la razón y de la libertad. Ya que blandís los instrumentos del fanatismo, san-



tos, santas, bienaventurados de todas clases, mostraos patriotas, levantaos en masa, marchad al socorro de la patria, partid para la Moneda. No queda en *Franciada* más que un altar de oro, os rogamos deis orden á la Comisión de monumentos, de desembarazarnos de él sin demora para que el fausto católico no ofenda más nuestros ojos republicanos.» Se hizo llevar efectivamente á la Moneda, entre otros muchos objetos preciosos, tres ataúdes de plata, donde estaban encerradas las reliquias de San Dionisio y de sus dos compañeros mártires. Franciada no quiso esperar á la fecha de 10 de Agosto designado por la Convención para llevar á cabo la orden. Las devastaciones tuvieron lugar en las jornadas del 6, 7 y 8 de Agosto. Lo que fué causado por una «exhumación», no pudo verificarse sin mutilaciones inevitables. «Se estuvo obligado, dice el comisario de la Convención en sus referencias, á destruir la estatua yacente de Dagoberto, porque constituía parte del macizo del túmulo y el muro». No bastó que por un decreto posterior se prohibiese estropear los objetos de arte. Exhumar era saquear. Entregar al pueblo las tumbas reales que encerraban valores preciosos, era aunque intentasen oponerse, invitar al pillaje. A propósito de esta nueva destrucción de la tumba de Dagoberto, se lee en la descripción de monumentos de la edad media que habían sido transportados á San Dionisio, descripción debida á Alejandro Luón, que el robo fué móvil de semejante mutilación. Los violadores, rompieron la estatua y el féretro creyendo que encerraba un tesoro; pero osamentas envueltas en sus sudarios fué todo lo que se ofreció á su avaricia.

Semejante acto fué atentatorio á la historia. El decreto que lo autorizaba, olvidaba, ultrajando la vieja monarquía, la Francia formada y engrandecida. Mas de una vez aquellos á quienes apellidaban malos príncipes, habían contribuído á tal hecho; Desgraciado el pueblo extraviado que arrojando su pasado al viento, trata de deshonrar la historia con alguna mezcla del mal que puede añadir! ¿Cómo justificar la acogida hecha por la Convención á las peticiones injuriosas para la religión, á las ofrendas burlescas de las albas, sobrepellices, cruces y despojos de iglesia? Los bandos que los llevaron recibieron los honores de la sesión, de la que merecían ser expulsados en nombre de la historia y de la patria.

La mayoría de la asamblea podía, por lo demás, no tener un gran dolor de las injurias que se inferían á los recuerdos que ella detestaba y á monumentos que no apreciaba de ningún modo, ni aun como recuerdos del arte.

Digamos, sin embargo, que los comités especiales y sobre todo el comité de instrucción pública estimularon esta inacción é impelieron muy amenudo á la complicidad. Estos comités encerraban más aun que la misma Convención en masa, un gran número de esos hombres que, sin amar á los reyes, sentían vivamente estos ultrajes hechos á los monumentos elevados por la gloria de la monarquía y que, sin ser cristianos, encontraban repugnante insultar los símbolos del cristianismo.

El arte de la edad media encuentra un defensor en Alejandro Lenoir.

Luchar contra las destrucciones fué lo que procuró hacer prevalecer entre sus colegas. Encontró un auxiliar en Lakanal que ha merecido bien, no solamente del lujo público, cuyos restos contribuyó á salvar, sino en general, de las ciencias y las artes. Defendió con ardor las academias próximas á sucumbir, y particularmente, la Academia de Ciencias que contaba con varios hombres de ingenio, y hacía en este momento



el mayor servicio al país perfeccionando diversos medios de guerra, necesarios á la defensa del territorio. Lakanal se propuso salvar el jardín de plantas; hizo adoptar el telégrafo de Chappe contra las indiferencias de los unos y las dudas de los otros; fué el autor de una importante ley sobre propiedad intelectual y de grandes proyectos sobre la enseñanza de las artes aplicadas. El fué también, el primero que puso en circulación en la lengua oficial la palabra *vandalismo*. Poco importa que la haya recogido de la voz pública ó que la haya escogido para designar estas destrucciones que recordaban las devastaciones de los vándalos. Este azote que él osaba atacar de frente, lo denunciaba desde el principio de 1793. «Obras maestras sin precio, dice, son cada día destrozasdas ó mutiladas; las artes lloran pérdidas irreparables. Ya es tiempo de que la Convención contenga estos excesos». ¿Dónde están, pues, los rasgos de esta resistencia durante cinco meses? Se les busca en vano. Lakanal vuelve á la brecha insistiendo y haciendo aceptar el decreto del 6 de Junio, que dice: «Se pena con dos años de cadena á todos los que estropeen los monumentos de arte, dependientes de las propiedades nacionales». ¡Dos años de cadena! Verdaderamente que la pena era severa. ¿No lo era en ciertos casos y para ciertos individuos? ¿Fué llevada á cabo alguna vez? Esto es bien dudoso. Los poderes que quedaban derechos eran derribados ante la multitud y los municipios parecían más frecuentemente mezclados á estos desórdenes, que ocupados y resueltos á ponerles obstáculos.

La comisión de monumentos nombrada el 18 de Octubre de 1792 y confirmada el 17 de Agosto de 1793, estaba encargada de dirigir el inventario de todos los objetos preciosos, libros, cuadros, estatuas, etc. En vano su Presidente, el célebre filántropo La Rochefoucauld unido á varios sábios y artistas trató de proceder á la reunión de los monumentos y libros que el comité quería conservar más particularmente; en vano la municipalidad de París, mezclada á actos poco relacionados con esta medida, nombraba también artistas y sábios que llevasen su concurso á la comisión de monumentos: nada se hizo. El 18 de Diciembre de 1793, Mathieu hablando en nombre del comité de instrucción pública, señala una cantidad de devastaciones, pérdidas y malas ventas, de las que hacía responsable á la comisión de monumentos que fué reemplazada por la comisión temporal de artes, á la que se une una justa celebridad. Compuesta de nombres especiales, algunos ilustrados, tales como Berthollet, Monge, Lacark, Brognmart, Corvisart, Vicq. d' Azir, estaba dividida en doce secciones. El mismo convencional Mathieu saludaba la entrada en fuego, en términos que conviene recordar:

«A la Convención Nacional, decía, le corresponde hacer hoy, por las artes, por las ciencias y por los progresos de la filosofía, lo que las artes, las ciencias y la filosofía han hecho por traer el reino de la libertad: ellos son también los creadores de la Revolución y para quiénes la Revolución debe serlo todo. Las tinieblas son una servidumbre».

Numerosas obras de arte fueron salvadas, y una instrucción notable fué redactada por Vicq d' Azir y Donu Poizier *sobre la manera de inventariar y conservar, en toda la extensión de la República, todos los objetos que puedan servir á las artes, á las ciencias y á la enseñanza*. Envióse esta pieza patriótica y sabia lo mismo á los agentes nacionales que á las sociedades populares. No es mucho dudar de la buena voluntad. ¿Cómo en todas partes, en tales momentos, hacer lo que no fué facil cumplir en tiempos de



más calma, es decir, improvisar el orden en depósitos enormes, amontonados improvisadamente? En cuanto á suspender los golpes del hacha popular, no dependía esto del poder de una comisión. En efecto, las pérdidas, los atropellos no cesaron. Las destrucciones violentas durante los seis primeros meses de 1794, persisten en varias provincias, aun después del 9 de termidor. El primer apunte del abad Gregoire, leído un mes después de esta famosa fecha, lleva por título: *El vandalismo y los medios de reprimirlo*. Habla de ello como de un mal existente en toda su efervescencia.

Las devastaciones y las pérdidas son tales, que hay una singular ilusión por querer atenuar hoy el alcance del término «vandalismo revolucionario.» La memoria de estas devastaciones vive todavía. La piedra conserva el estigma. La fachada y el interior de los monumentos mutilados, son otros tantos testimonios en casi todas las localidades. ¿De qué sirve alegar ejemplos parecidos y legados por el pasado? Estos precedentes no servirían de excusas, y descansan casi siempre sobre engañosas analogías. Se cita la exhumación de los cadáveres enterrados en Port-Royal, ordenada por un capricho del despotismo monárquico, los saqueos cometidos en las iglesias por el furor de los sectarios del tiempo de las guerras de religión. Ninguno de estos ejemplos se aplica á esta manera sistemática y general, aquí caprichosa, desordenada; allí organizada y disciplinada. Aquí es todo un pueblo sublevado contra los monumentos de su pasado. La Revolución se hacía contra lo que se llamaba un fanatismo bárbaro, que por lo tanto, no debía imitarse y menos todavía superarle en la barbarie más destructiva que Francia conoció jamás.

Después de lo que acabamos de decir y establecido esto, ¿de qué servirá detenerse en describir los detalles? ¿A qué vendrá contar el número de estatuas y brazos destrozados? Este destrozo se reducía á la estatua de Dagoberto y á las estatuas de Carlos VII y de la reina, su mujer, hechas pedazos; á la cabeza de la estatua de María, hija de Carlos el Hermoso, separada del cuerpo, que fué *robado*, y dos dedos rotos de una de las estatuas del mausoleo de Francisco I; pero ha de reconocerse que las tumbas de San Dionisio han sido saqueadas, destruídas, aunque la mayor parte de las piezas hayan sido reemplazadas bajo la restauración. Menos trabajos hubiera costado para reducir arbitrariamente las proporciones de este desastre, si se hubiera dicho que esta destrucción consistía en la exhumación de los cuerpos, en la destrucción de los ataúdes, en la desaparición de todo lo que constituía una metrópoli real. ¿Hay que tomar el partido de la indiferencia? Ya hemos respondido. Por este sistema, la memoria y la imaginación de los pueblos que se refieren al pasado no sería nada, porque somos una democracia. No sabremos admitir como válida semejante idea de la democracia moderna. Creeríamos que no la hacíamos servir, sino para calumniarla. Hay algo bueno en la tradición, y es peligroso para una República tratar de fetichismo la historia nacional. Digamos, también, que el derribo de estatuas fué una destrucción que hacía desaparecer la integridad de los monumentos. ¿No fué preciso que Alejandro Lenoir fuera varios años después á limpiar la hierba que los recubría en un campo vecino?

No iremos nosotros con un cuidado minucioso á los féretros de los reyes de Francia, para buscar en los objetos preciosos, los testimonios del lujo de las sepulturas que todo un pasado monárquico había conservado. Ese trabajo se encuentra hecho por completo. Fué cumplido con la más tranquila indiferencia, por parte de uno de los



testigos delegados por el inventor principal de la *operación* de extracción de féretros, el benedictino Poirier. Ni aprobando, ni vituperando nada, republicano ó realista, sea lo que fuere, Poirier describe y cuenta, con la curiosidad de un anticuario, cómo encontró los restos de una diadema y puntas de coronas en dos tumbas; una de principios del siglo XIII y la otra de principios del XIV. Es un testimonio fehaciente. Si las tumbas intermediarias no ofrecen ni diademas ni coronas, es que los cadáveres han sido despojados de carne y desosados, y las osamentas guardadas en pequeños ataúdes. No pudieron ser revestidos de ornamentos de la dignidad que habían tenido en vida. En las tumbas de los siglos XIV y XV, nos dice Poirier, se han encontrado nueve coronas de plata sobredorada y de cobre dorado. Este estadista de reliquias sepulcrales añade, que el féretro de Carlos V encerraba una corona de plata sobredorada, una mano de justicia de plata, un cetro de cinco pies de largo lleno de hojas de acanto, de plata bien dorada; el de Juana de Borbón un anillo de oro, fragmentos de brazaletes, zapatos de una forma muy puntiaguda, bordados de oro y plata. Nos dice que se han encontrado en la tumba de Luis VIII un resto de cetro de madera, podrido, una diadema que no era más que una faja de tisú de oro, con un casquete de tela de raso, bastante bien conservado: el cuerpo había sido envuelto en un paño ó sudario de tisú de oro, del que se encontraron pedazos. En esto se ve que la suma de materias preciosas y los objetos de arte sepultados en el féretro de los antiguos reyes, no eran tan prodigados como se había creído por nuestros abuelos. Poirier añade, que acabaron por sentir el ridículo de sepultar el oro y la plata en el seno de la tierra con la podredumbre de los cadáveres. Este uso había cesado en el siglo dieciseis.

Los detalles que nos transmite Poirier son instructivos, la expresión es ameno-chocante. ¿Nos hemos vuelto muy delicados con el capítulo de fealdades físicas, en las que había parecido durante dos siglos complacerse en el exceso, un espiritualismo ascético? Para el exacto benedictino, la exhumación de los restos de los reyes de Francia se reducía á dos cuestiones: una de arqueología, y otra, cuestión de anatomía y embalsamamiento. Siente que los ciudadanos Tourette y Pinson, muy versados en el estudio de la composición y descomposición de las osamentas, desgraciadamente invitados demasiado tarde, han faltado en la *única ocasión*, según dice, de *observar los sugetos* de todas las edades y de todos los sexos que se han sucedido durante el espacio de doce siglos, es decir, desde el esqueleto de Dagoberto, muerto en 638, hasta el del Delfín, muerto en 1789. «*Sugetos*,» he aquí la expresión que emplea en varias relaciones este severo y piadoso escritor. Encerrado en su probidad rígida de erudito, lo describe todo en conciencia. Para él los ataúdes de Enrique IV y Luis XIV no son sino cofres de encina ó de metal. Miden gran tamaño y encierran curiosidades dignas de ser conservadas con gran cuidado. ¿Qué cosa más curiosa habrá que los reyes difuntos!

Sobre las pérdidas de objetos de arte y de lujo, como sobre la devastación de los monumentos, hay pocos documentos más instructivos que los apuntes del abad Gregoire. ¡Es el proceso verbal de la destrucción! «Las leyes conservadoras de los monumentos, no son ejecutadas por ineficaces,» dice, y añade estas palabras notables, si se atiende á esta fecha ya avanzada, porque estamos en pleno año 1794: «El Vandalismo redobla sus exfuerzos. No es de ahora, en que la relación de alguna destrucción nueva venga á afligirnos... En el dominio de las artes es donde se han cometido las grandes



dilapidaciones. No creed que se exagera diciendo que la sola nomenclatura de objetos quitados, destruidos ó mutilados, formaría varios volúmenes.»

Espíritu honrado y valeroso, pero apasionado, á veces crédulo, Gregoire lleva hasta el extremo su carácter ardiente y su falsa posición de sacerdote convencido y de montañés declarado; pero la lectura de su obra no destruye la acusación que, por el contrario, muestra una gran precisión. Gregoire hablará con frecuencia de objetos que *era preciso* que hubieran destruido. Se sirve algunas veces de esta expresión, pero con referencia á objetos que se han salvado de una destrucción inminente, no de los que destruyó el Vandalismo. Era preciso señalar bien estos atentados. Las aserciones de Gregoire serán á menudo arriesgadas. Y bien que se lea lo referente al mes brumario año III, época en que todavía las destrucciones continuaban, se verá que los hechos alegados por el célebre convencional, bajo diferentes aspectos, no fueron recogidos por él; él no hizo sino resumir la correspondencia de los Comités de instrucción pública y de las artes. Añaden que el mismo autor ha reconocido sus exageraciones, las ha rectificado en su tercera edición del 24 frimario. Sin duda ha dado con esto prueba de su buena fe, pero los hechos, por otra parte, salvo muy pequeño número que se puede juzgar exagerado, guardan en general una gravedad real, casi siempre. Las rectificaciones á que se refería, alcanzaban menos sobre las mismas mutilaciones que sobre la participación de las administraciones en ellas. Bien lejos de atenuar los resultados de las precedentes referencias sobre el Vandalismo, esta tercer memoria aumenta todavía las revelaciones contenidas en las primeras, constituyendo un acta de acusación basada en los mejores motivos, de los que en vano se trataría de disminuir la importancia. Que en efecto se tuvo menos estrago que se creyó, ó que se creyeron en Coutances, y en la pequeña ciudad de Thorigny, poco importa. Gregoire cita otros veinte sitios, donde el mal era más grave que hasta entonces se había dicho. Nos remitimos á sus apuntes.

¿Pero por qué no citar algunas de estas pruebas de destrucción de objetos de más alto precio, como decoración de monumentos públicos? «En Verdun los cuadros, los tapices, los libros y otros objetos procedentes de la catedral, fueron transportados á la plaza de La Roche; los oficiales municipales condecorados con cinta tricolor, el distrito, dos miembros del departamento, han asistido á esta *gloriosa* expedición. Han tocado á generala, se ha hecho tomar las armas á los ciudadanos y los destructores se han entregado á estos excesos de necesidad, porque esta clase de escena acabó cuando no había hecho más que empezar. Después de la ceremonia, estos mismos hombres han obligado al Obispo Constitucional á bailar al rededor de la hoguera». ¿No es esto verdaderamente una escena vergonzosa de vandalismo? El mal no había sido conocido por entero en Nimes, Morfontaine, Bouges, Gison, Mayennes, ni en otras localidades como Meudon y Lens, donde el monumento del Canciller Duprat había sido mutilado. ¡Cuántos hechos de esta naturaleza se añadían á los ya denunciados! En Reims «se ha mutilado una tumba de un hermoso trabajo, precipitando desde una altura de 20 pies un cuadro de Puccharo. En Melun fué rota una bella estatua de marmol blanco. En Fontainebleau, un cuadro de gran mérito reducido á cenizas». Sin duda Gregoire hace alusión al retrato de Luis XIII, por Felipe de Champagne. «En la misma ciudad han roto una estatua de bronce, que había sido construída bajo la dirección de Leonardo Vinci. En Estain, numerosos libros fueron robados. En Saint-Serge, cerca de Angers,



en la iglesia de Benedictinos, grupos preciosos son hechos pedazos. Dos hermosas estatuas, San Jerónimo y San Sebastián, que se habían librado de este saqueo devastador, fueron destruídas. En Verdun, donde se vió á la municipalidad señalarse por sus altos hechos, las artes lloran, especialmente, una Virgen de Houdon y un Cristo muerto, de tamaño natural; en Versalles sufre la misma suerte una cabeza de Júpiter, pues un *vándalo* se divirtió en tirar piedras contra este monumento que había adornado los jardines de Médicis y que en multitud de siglos no había experimentado ninguna avería. En otras muchas partes, como en Carpentras, caen á metrallazos trozos enteros de monumentos, y en no pocas ciudades se destruyen hasta los naranjos. En París mismo, y en los Inválidos, estatuas mutiladas, en gran número, cubren el suelo con sus restos, debiendo mencionarse entre las que sufrieron tan indigno trato, no pocas debidas á Coixerogo, Houdon y Bouchardon».

No se hallará mencionada en esta memoria acusadora de un partícipe exaltado de la Revolución, que leemos con emoción vehemente, otra pérdida averiguada por tantos como la de las dos figuras de Germán Pilon que adornaban el reloj del Palacio de Justicia y que fueron hechas pedazos. ¿Qué remedió, por otra parte, la llamada á los buenos ciudadanos que invoca Gregoire contra estas destrucciones que señala con la más honrosa indignación? ¡La instrucción del pueblo! Sin duda, el remedio tiene su valor, aunque no ha sido dado verlo en los iconoclastas letrados de la Comune de 1891. De todos modos, el remedio indicado por el abad Gregoire era un poco lento comparado al mal.

Las bibliotecas, además de los caracteres de utilidad pública, representaban uno de los lados del lujo nacional.

Las riquezas que encerraban y cuya destrucción constituía un doble atentado contra el arte y la fortuna pública, han sufrido en la época revolucionaria, (lo hemos reconocido tras un detenido estudio), más allá de lo que se supone habitualmente. Se tiene la prueba en un gran número de documentos de aquel tiempo, entre los que los apuntes de Gregoire tienen todavía un lugar preferente. No se sabrían leer estos apuntes sin una penosa emoción. Son curiosos por más de un concepto. Gregoire habla de los libros con entusiasmo. Pide que se saquen á la luz de la publicidad muchas obras notables por su belleza de ejecución y tenidas en la sombra sistemáticamente, á lo que él dice, por el antiguo régimen, porque acusan los vicios y los crímenes de los príncipes ó por que describen las gloriosas hazañas de la libertad. Por lo demás, el Obispo de Blois, como buen republicano, no quiere que los hermosos volúmenes, es decir, los libros magníficamente encuadernados absorban sólo la atención, piensa en la plebe de libros; es decir, en los libracos. Quiere que los catálogos sean cuidadosos, y tiene razón. Valen á veces más que los libros encuadernados en tafilete y de corte dorado. ¡Que hay libros de lujo! sea, pero que la lectura no sea un lujo, que las bibliotecas se abran para todos, nada se puede pensar mejor, y así como las estatuas y los cuadros, hay que reunirlos en provecho del público. ¿Cómo no aplaudir estas ideas? Todos esos depósitos iban á acrecentarse con los más bellos envíos hechos recientemente por nuestros ejércitos victoriosos. ¡Qué ocasión la del narrador para encomiar estos célebres envíos en un lenguaje casi lírico y en que la emoción se contagia! Por otra parte, las placas de la magnífica carta de Ferrari, según dice, veintidos cajas de libros y cinco carruajes llenos de objetos científicos han llegado de Bélgica. Se encuentran los manuscritos sacados de Bruselas



en la guerra de 1742 y que habían sido entregados por expresa estipulación en el tratado de paz de 1769. La república consiguió por su valor lo que con sumas inmensas no pudo alcanzar Luis XIV. Crayer, Van-Dyck y Rubens, están camino de París y la escuela flamenca se levanta en masa para venir á adornar nuestros museos. Lo hermoso juega un papel, se le ve al lado de lo útil, en las preocupaciones del sabio Obispo. No es talmente *igualitario* en cuestión de libros que no alcancen un justo precio en lo concerniente á su valor artístico. Así es que el misal de *Capeto*, en Versalles iba á ser entregado para hacer cartuchos, cuando la Biblioteca nacional se apoderó de él, porque su contenido, trabajo, viñetas y letras historiadas son una obra maestra.

Las pruebas que Gregoire demuestra del vandalismo en lo concerniente á libros, á las colecciones, á los gabinetes científicos, están bien lejos de equivaler lo que la realidad. El mismo Coupe (de l'Oise), en una referencia detallada sobre las bibliotecas, no ha podido decirlo todo. Muchos hechos, hoy aclarados, estaban entonces oscuros y aun muchos permanecían desconocidos. La Revolución puso gran cuidado en repartir en una infinidad de Bibliotecas, no sólo en París, donde las riquezas existentes de antiguo, aumentaron en gran proporción, sino en los departamentos, las obras procedentes de casas religiosas y los bienes confiscados á los emigrados. Sin embargo, entre el momento en que estos volúmenes vinieron á amontonarse en número de más de quince millones en diversos depósitos del departamento del Sena y en Versalles, y el instante en que encontraron plaza definitiva, transcurrió un tiempo de que el vandalismo debía aprovecharse. La Convención había tenido á bien nombrar una sección de bibliografía, cuyo trabajo estaba lejos de estar terminado en 1798, cuando el Directorio hacía buscar en los depósitos los elementos de su propia biblioteca y de la del Consejo del Estado. Largo tiempo después de estas noticias de Gregoire, reinaba el desórden en estos fondos destinados á formar las bibliotecas departamentales, casi siempre entregadas en manos incompetentes. No se sabe todo lo que se perdió malbaratado y llevado al extranjero, en libros notables por su bellísimas encuadernaciones ó por lo raro de la edición. Los más bellos pergaminos, las obras más curiosas, fueron vendidas al peso á los vendedores, para envolver objetos.

En París, las dilapidaciones persisten en ciertos depósitos, á pesar de las quejas de los noticieros y de los cuidados del comité. En su ingeniosa solicitud, la comisión de artes, había descrito con cuidado, y tratado de prevenirlos, todos los peligros que pueden rodear á los libros. Ella previó la humedad y los insectos, pero no previó á los bibliófilos, que sacaron lo que quisieron. Un conocedor de Ambreville, había sido autorizado para hacer, con relación á las bibliotecas, una elección en el depósito llamado *Cultura de Santa Catalina*, siendo acusado de haberlo hecho para sí mismo, de haberse compuesto una biblioteca de volúmenes soberbios, magníficamente encuadernados. No se sabría dar de una manera general el nombre de «Vándalos» á estos aficionados distinguidos é instruídos, pero poco escrupulosos, ni menos á estos especuladores que hicieron fortunas comprando y vendiendo objetos de arte y libros. Pero esta dispersión de bibliotecas importantes, estas compras clandestinas que despojaban á Francia de verdaderos tesoros ¿no constituyen una variedad del vandalismo? Desde 1791 muchos libros son extraídos de los antiguos monasterios de San Juan de Laon y San Faraon de Meaux, vendidos en París en el Palacio de Bouillon, según un catálogo, supuesto de cierto abad, para evitar



sospechas. Las malversaciones, las bribonadas denunciadas por estos documentos, pudieron ser practicadas en gran escala en muchas localidades donde los volúmenes estaban acumulados en gran cantidad. Ladrones experimentados hacían desaparecer las obras, comprando los restos por casi nada y vendiendo la colección después de arreglada. Igual suerte tuvieron los instrumentos y máquinas de física, comprando piezas separadas á vil precio, volviéndolas á armar y vendiéndolas con gran ventaja; aun hay más, hubo un vandalismo oficial. ¿Qué nombre darle al decreto, por el cual el legislador había ordenado en 19 de Junio de 1792, que todos los títulos de nobleza, existentes en los depósitos públicos, se quemaran? Y el hombre que propuso é hizo adoptar esta resolución, cuya consecuencia fué la destrucción de numerosos documentos importantes para la historia, ¿quién era? Un sabio de primer orden, un filósofo impulsado por el amor á la civilización hasta los límites de la utopía que franqueó más de una vez: el inmortal autor del *Cuadro de los progresos del espíritu humano*, el mismo Condorcet.

Todos los vándalos, como se ha visto, no fueron plebeyos ignorantes y fanáticos. La historia, en sus documentos, fué más de una vez sacrificada por hombres de ciencia, cuyo espíritu de destrucción sistemática se animaba contra lo que al pasado se refería. Los bibliófilos dilapidaron los libros; los artistas quisieron abandonar á la destrucción, los productos del arte de la edad media. Fué preciso que otros artistas más simpáticos y más respetuosos por estos restos de una época, entonces tan rebajada, hiciesen esfuerzos inauditos para recoger los monumentos.

En fin, ¡se ha visto á letrados mutilar libros hermosos de lujo, en cuyas cubiertas había emblemas reales!

¿Quién podría creer estas cosas á no tener pruebas tan auténticas! Un miembro de la Academia Francesa, que un imperdonable decreto había suprimido, un crítico célebre conocido por su celo revolucionario é impulsado de un cálculo inspirado por el miedo: La Harpe, en un artículo del *Mercurio* de 15 de Febrero de 1794, pidió la supresión de las armas reales, en los libros de la Biblioteca nacional. Objetóse que semejante operación no costaría menos de cuatro millones. «Nada nos importan cuatro millones, exclamó, cuando se trata de llevar á cabo una obra verdaderamente republicana.»

¡Singularidad de una época fecunda en contrastes inesperados! Mientras que este escritor de un carácter débil é irritable pero inofensivo, comentaba las tragedias de Racine, cubierto de un gorro colorado, y denunciaba los proscriptos relumbrones del antiguo régimen, un hombre atacable, un aprobador, un cómplice de los sacrificios y las prisiones, uno de los firmantes de las espantosas circulares del 2 de Septiembre, desplegaba en favor de los objetos del arte, tanto católicos como monárquicos, el más conservador afán. Sergent, en sus memorias, trata de los cuadros con cierta sensibilidad, vertiendo lágrimas sinceras al tratar de las estatuas. Sergent, artista de profesión, amaba todo lo que era artístico. Dejemos á la biografía anecdótica el cuidado de averiguar si su gusto hacia los objetos de arte y preciosos, no fué llevado hasta el extremo de apropiárselos algunas veces de una manera ilegítima. Lo que es cierto es que, de grado ó por fuerza, entregó á la Convención, en forma de homenaje, la famosa Agosta caída en sus manos, en las Tullerías, en la noche del 10 de Agosto, que presentaba el fenómeno singular de reflejar los tres colores nacionales. Es verdad que este patriotismo se unió á otro; ella valía cien mil francos después de la evaluación, hecha por él mismo,



llamado sobriamente Sergent-Agosta. Ni estas acusaciones, contra las que trata de defenderse en varios libracos, ni su complicidad tan demostrada en los sacrificios, podrían impedir que hubiese dado pruebas de la más activa y más eficaz devoción á las artes. Arrebató á los furios revolucionarios los caballos de Marly, el reloj de Lepanto, un gran número de estatuas colocadas en Versalles, que hizo transportar á París, poniéndolas á buen recaudo; estableció en el palacio de Nesle el depósito de todo lo que pudo ser sustraído al vandalismo; en fin, hizo reemplazar en el jardín de las Tullerías por flores y arbustos, las patatas que sus colegas del ayuntamiento habían hecho plantar.

No hemos presentado esta cuestión para saber quién fué el culpable del vandalismo y si hay que imputárselo á algún partido. La cuestión se agita con una singular pasión en 1793 y 94. Robespierre acusa á Pitt y á los aristócratas; los termidorianos acusan á Robespierre; hay error en las dos partes. Pitt no tuvo que pagar hombres que tenían un placer en destruir la contra revolución, no puso la mano en la devastación de los recuerdos que honraba. Por otra parte, Gregoire, Lakanal, Freron, Fourcroy, Marie-Joseph, Chenier, se ponen de acuerdo para comparar al dictador rígido, con el feroz conquistador Omar, respecto al deseo que había tenido de sumir á Francia en la barbarie. Este complot contra las artes y las luces, el deseo de aniquilar hasta los últimos restos, no descansa sobre ningún hecho, y el estudio del carácter del hombre lo desmiente. Aunque cierta justa repulsión le inspire, aunque bien pudo obedecer á un sentimiento de envidia proscribiendo brillantes oradores, Robespierre, no podría ser acusado de un proyecto de destrucción que no estuviera en razón con sus teorías y con sus actos. Este defensor de la instrucción primaria, no era un conspirador en favor de las tinieblas; este erudito afectado no podría ser tomado por un enemigo de las letras; este sectario del hebertismo que protestaba contra las escenas impías de que era teatro la Convención, no era un partícipe de las profanaciones y del pillaje de las iglesias; este héroe de fiestas pomposas de las que fué el gran sacerdote y el mismo dios, no era el adversario sistemático del lujo público.

Justicia á cada uno, incluso á Robespierre, á pesar de que el partido termidoriano ha encontrado medio de calumniarle. Es la torpeza de los partidos vencedores, creer que los crímenes reales no bastan, y que hay necesidad de añadir los imaginarios. El partido victorioso parecía temer que la memoria del tirano caído no estaba bastante destruída, queriendo desgarrarle más aún. Es un temor que no tenemos, lo que por lo menos nos hace imparciales.

El culpable, hay que repetirlo, cuando se ha echado la vista sobre algunos acontecimientos, no es nadie y es todo el mundo, no es un partido, son todos los partidos que alentándose con sus ardientes frases, tienen sus debilidades ante las locas pasiones que no son de una sola época, sino que pertenecen y viven en el fondo de todas las sociedades humanas, aun cuando no las agiten las revoluciones.

El autor directo, inmediato del vandalismo, para llamarle por su nombre, es la demagogia, azote de la civilización como de la libertad. Este azote, esta vergüenza se modifica, pero no muere. La demagogia deja el hacha para tomar la tea, abandona la guillotina para fusilar y sacrificar. El 1793, aunque nadie pudo creerlo, ha renacido por varios conceptos en 1871. Los monumentos en esta última fecha revolucionaria, serán



proscriptos por las pasiones y las diferentes miras, todas destructivas y armadas de procedimientos más sabios y rápidos. En la época de 1793, el hombre demolió á la vista sin ocultarse de nada ni de nadie. La herramienta es sencilla como el pensamiento y no va más allá de lo que se ha resuelto. Juego terrible, juego en que el hombre se anima, se exalta, en que la destrucción por el placer de destruir, acaba por superar al odio á lo que se destruye y que continúa pegando sin poderse detener, por la razón de haber empezado á pegar.

A estos feroces enemigos del lujo público que atacan todos los monumentos con el hierro y el fuego, se junta, en fin, otro enemigo de una naturaleza completamente diferente, prudente y hábil, que se ha visto deslizar en el viento, introducirse en los depósitos, ya astuto, ya osado, cual es la especulación sin escrúpulo.

La revolución no ha terminado y la especulación deja ya organizada la *banda negra*.

No confundamos esta especulación, legítima después de todo por sí misma, pero poco escrupulosa, con el vandalismo. La banda negra tuvo, sin embargo, los mismos resultados que éste, acabó su obra. Se la vió, ó mejor dicho, se vieron estas bandas negras esparcidas por todas partes durante más de cuarenta años, agitando por doquier, comprando los dominios, despedazando, haciendo á los castillos y á los monumentos de la vieja Francia una guerra sin odio, pero no menos destructiva. Un vivo y caústico espíritu, un raro escritor, Pablo-Luis Courier ha hecho de las bandas negras una égloga muy espiritual. Sí, tenía razón para decirlo, la pequeña propiedad ganaba con esta división de predios, la clase rural se aprovechaba, pero Courier que en Italia escribía con un lápiz en el pedestal de una bonita estatua de Cupido, destrozado por la guerra: *Longete Veneres Cupidinesque*, no sentía la misma emoción en favor de las artes del antiguo régimen. Era la manía exclusiva del partido realista, la de deplorar las pérdidas en prosa y en verso. La agricultura no desarmará, sin embargo, á las artes de sus legítimas armas y no las consolará de sus pérdidas, mostrándoles un campo de trigo en el punto donde se elevaba el castillo que encerraba preciosas maravillas.

Así debía perecer, bajo el imperio de los móviles más diferentes y por los medios más diversos, una parte notable de lo que había constituido el lujo del pasado.

Las ruinas han sido una de las cosas que más han sostenido á la Revolución. Las sociedades civilizadas se han hecho así; más todavía que la sangre que corre en las discordias civiles, la destrucción de los monumentos y de las artes, deja un profundo recuerdo, un llanto vivo y duradero. Este sentimiento puede parecer exagerado á primera vista, pero luego la reflexión se da cuenta de su importancia. No es sólo lo potentes que sean estos motivos, porque la piedra es inocente en las garras de cualquier partido y porque es impío hacer desaparecer en un instante, lo que ha costado tan largos y penosos trabajos; no es en razón á la belleza de las cosas destruídas, como se manifiesta y desarrolla este sentimiento, es que todo lo que lleva el trazo de la vida moral es sagrado y que nada puede perecer, sin que la humanidad se sienta herida en alguna parte de su alma, religión, ley, ciencia, ó arte representados por estos monumentos. Otro sentimiento moral todavía es el respeto hacia las generaciones pasadas, que los han elevado y consagrado. He aquí lo que sufre en nosotros, cuando caen los edificios de piedra y lo que se recuerda cuando son caídos. Cuando la destrucción se hace por la



lenta acción del tiempo ó por algún repentino desastre de la naturaleza, las penas encuentran en la resignación facil lenitivo. Cuando ha querido el hombre hacerse cómplice en tomar una iniciativa verdaderamente impía, la pena se convierte en un sentimiento amargo y prolongado, que encuentra un eco en las legítimas severidades de la historia.





## CONCLUSIONES



Un dibujo al lapiz es lo que quiero trazar y no un cuadro de grandes pretensiones.

«Los Goncourt han sabido resumir un mundo de hechos y de ideas en un volumen admirable á la vez por la pulcritud de la impresión general y la riqueza de detalles: *la Historia de la Sociedad francesa durante el Directorio*: habiéndonos mostrado en páginas pintorescas y bien acabadas, á París tal y como era al siguiente día del terror con sus iglesias derribadas, los cuarteles enteros convertidos en sitios solitarios, sus hoteles hechos á los cuatro vientos, el hotel de La Rochefoucauld convertido en bazar, el hotel Birón transformado en salón de baile.

»Jamás se pudo esperar de un cuadro tan reducido un tan admirable resultado. La sociedad presente, por otra parte, es aún más compleja que la que los espirituales escritores la describen; las ruinas morales, que están esparcidas á nuestro alrededor, ocupan más espacio aún que las ruinas materiales. Bastará sólo indicar los puntos culminantes sin perjuicio de completar el cuadro más tarde.

»Lo que se entiende por sociedad, es decir, una mezcla de leyes, usos, tradiciones, no existe. Lo que parece tener un principio es una máscara que no resiste al exámen. Se vive en una continua mentira, siendo difícil para el observador, razonar acerca de estas apariencias de situaciones y expresiones de sentimientos, en que la mayor parte de las veces, todo es completamente falso.

»A primera vista, sin embargo, nada parece cambiado; los nombres en realidad, son los mismos de la antigua Francia, y no es este uno de los fenómenos menos extraños de nuestra época, para hacer constar alguna vitalidad que hay en esta nobleza, á la que no ha faltado nunca sino la creencia en ella misma, para jugar igual papel que en Inglaterra.

»Cien años habrán transcurrido muy pronto, desde que se ha proclamado á los hombres iguales, y se ha quemado solemnemente en el Campo de Marte, el árbol simbólico al cual estaban unidos todos los restos del feudalismo, las glorias y las coro-



nas, los escudos y los mantos de los pares, los pergaminos y las genealogías. La aristocracia actual, no tiene ningún puesto en la organización contemporánea ni ha intentado nada para merecer uno: por otra parte, contiene un elemento muy considerable de nobleza de tarjetas, sin contar el número increíble de hijos de compradores de bienes nacionales, que se han ennoblecido tomando el nombre de la tierra robada por sus abuelos, después de haber hecho guillotinar al legítimo propietario.

»Sin embargo, en despecho realmente de tantos escándalos vociferados en todos los periódicos, la aristocracia no ha perdido completamente todo su prestigio, en un siglo que se cree tan profundamente democrático. Un duque auténtico, por el sólo hecho de que es duque, es algo, y puede vender su título en un casamiento de interés. La fabulosa improvisación de un teniente de artillería creando ducados, condados y baronías, ha sido acogida en serio; se ha ingertado fácilmente en la nobleza antigua, que había sido constituida como ésta, por el heroísmo militar. No hay más, esta descendencia de la Courtille heráldica, esta nobleza que se ha llamado la nobleza del almanaque de Gotha; esta inverosímil aglomeración de comerciantes, declarándose condes y barones, sin tener servicios prestados al país, pero sí agiotages en la bolsa, no excita la alegría.

»La aristocracia, lejos de encontrar la Francia nueva, hostil ó simplemente indiferente, como la América, correspondía talmente á las costumbres y á los hábitos del país, se adhería tan bien á él, que no hubiera hecho más que querer para ser un poder, más aún, una potencia, una influencia considerable, en una palabra, una autoridad reconocida. Aquí todavía ha estado por debajo de su misión, habiéndose mostrado completamente inútil.

»En la primera Revolución, cuarenta mil gentiles hombres, habituados desde la niñez al manejo de las armas, disponiendo en todas las ocasiones de recursos considerables, todos personalmente bravos, comenzaron por preparar el movimiento que debía impulsarlos, abrazando con calor las ideas nuevas, y luego en vez de concertarse y luchar, huyeron delante de un puñado de facinerosos. Exceptuando al príncipe de Talmout, no hubo en toda la Vendée un sólo verdadero gran señor; jamás un príncipe de la sangre pareció, y la injuria arrojada al rostro del Conde de Artois por Charrette próximo á morir, ha quedado en la memoria de todos. Tan ricos y casi tan poderosos hoy, como el momento de la Revolución, los descendientes de estos hombres frívolos, dejan perecer á la Francia con la misma apatía sin hacer nada por la lucha. ¿A qué tiende esta imposibilidad de la aristocracia francesa que no es útil para nada? Muchos de los que la componen son por generosidad de corazón, por elevación de sentimientos, escogidos de la sociedad. Encuéntranse aquí y ocultos en la nobleza y en la alta burguesía, actos magníficos de abnegación; mujeres jóvenes llenas de hermosura, cuidando á los enfermos, obras sostenidas con una caridad sin igual; todo esto sin ruido y con temor de la publicidad.

»En esta clase es donde se reclutan esas criaturas celestes que ruegan á Dios por nosotros. Si París tiene sus profundidades que la mirada apenas se atreve á sondar, tiene alturas que muy pocos conocen; estas alturas es donde viven almas nobles que el cielo ve más que nosotros mismos, porque están más cerca de él que de la tierra, sobre que nos arrastramos.

»Individualmente yo le respeto; el verdadero noble es generalmente muy bueno; prodiga el bien, pero lejos de vanagloriarse groseramente, como el Judío que suena el



bombo después que ha dado cien sueldos, oculta sus bondades con un delicado pudor. En provincias son muy raros los pobres que están alrededor de los castillos habitados por antiguas familias. En un pequeño rincón de Forez, que tuve ocasión de habitar, el barón de Rochetailleé, por ejemplo, para no citar sino á los que he visto, abre una cuenta á todos los habitantes indigentes, en la panadería y en casa del carnicero, asegurándoles la satisfacción de sus necesidades. Imposible es llenar mejor las funciones del hombre rico «del tesorero de Dios sobre la tierra».

»Los radicales para recompensar á este hombre generoso, le tildan de apartar del trabajo á aquellos á quienes obliga manteniéndolos y esperan guillotinarlo en la próxima Revolución por este motivo.

»Estoy plenamente persuadido de que esto es absolutamente indiferente al barón de Rochetailleé: la ingratitud está en relación con sus almas. El verdadero representante de la raza Aria, afinado y como espiritualizado, es extraño á todo sentimiento de rencor. El cristiano tiende á pensar de una manera natural y grande, y á destruir en sus corazones todo resentimiento por las injurias. El judío tiene á disposición de sus enemigos todo lo que, según la frase de Goncourt, «una raza salpicada por la sangre de un Dios, puede tener de hiel, después de mil ochocientos años»; el noble no tiene ni hiel ni odio. ¿Quién más soberbio que Montmorency, escribiendo su testamento una hora antes de ir al patíbulo, y legando á Richelieu el cuadro de Carrachí, que representa á *San Sebastián atravesado de flechas*, y que está ahora en el Louvre?

»Más tarde cuando en su celda de la Visitación, de Moulins, la duquesa vió en sueños al marido que ella había amado tan tiernamente apesar de sus infidelidades, y supo que estaba entre el número de los elegidos.—¿Cuál es, pues, aquella de vuestras acciones, que ha hecho se os conceda esta gracia soberana? preguntó.—La facilidad con la que yo perdoné. Dios ha hecho misericordia porque yo me mostré misericordioso con aquellos que se han alegrado de mi muerte.

»En el libro de Carlos de Hericault, *Historia de la Revolución contada á los niños*, encontraréis mil cosas de este género. ¡Qué hermosa es esta respuesta del pobre Delfín, agoviado por los malos tratamientos y molido á golpes por Simón!

—»¿Qué me harías tú, Capeto, le dijo un día Simón, si los vendeanos viniesen á librarte?

»El Delfín recordó la promesa hecha á su padre, y contestó:

—»Os perdonaría.

»¿No es aun de una delicadeza exquisita este hecho que relata Renau en sus *Recuerdos de la infancia y de la juventud*? Después de la Revolución, las señoritas nobles pensionadas en el Hospicio de Tregnier, ponían por las tardes sillas delante de la puerta, viendo en esta tranquilidad, deslizarse el día envuelto en el crepúsculo vespertino, que lleva á las ciudades de provincia voces de silenciosa poesía. Cuando veían aproximarse á los que se habían enriquecido á costa de ellas, retiraban las sillas, introduciéndose en el interior, donde iban á rezar en la capilla, á fin de no incomodar á estos ricachos y para no hacer experimentar un sentimiento de vergüenza á sus ladrones legales.

»Cien veces se ha citado la frase imbécil y encantadora de Carlos X, en el momento de rubricar un nombramiento:

—»Debo prevenir á vuestra majestad, que el agraciado es hijo de un regicida.

—»No se puede escojer padre.



Verdad es que la plaza que acordaba al hijo de un regicida, el mismo rey la hubiera negado al hijo de uno que hubiera muerto por su causa. El olvido de los servicios prestados á los Borbones y á todos los que pertenecen á este partido, ha sido siempre igual que el olvido de las ofensas. En estas cabezas ligeras nada deja impresión profunda. Son «brillantes pájaros de elegante plumaje», dice el poeta griego, hablando de los Alcmeonidas.

»¿Qué es, pues, el inofensivo *terror blanco* al lado de este *terror rojo*, que después de Alerriat y Saint Prix hizo treinta mil víctimas? Fuera de ciertas personalidades brillantes, como Montalembert, el duque de Broglie, el conde de Munt, el resto de la aristocracia está muy debilmente organizado. Hay más energía intelectual, más voluntad, más tenacidad en los designios, entre los últimos judíos de la Galiteia, que en todo el Jockey-Club. Entre todos los miembros de los grandes círculos, no se encontrarán diez que hayan leído á José de Maistre; todos los capataces, la mayor parte de los obreros de París han leído y estudiado á Karl Marx. En las viviendas de estos jóvenes artesanos, que no tienen para instruirse sino la noche después de una jornada de fatigas, hallaréis un principio de biblioteca, volúmenes leídos, releídos y anotados; la nobleza compra libros, es positivo, pero no los lee casi nunca.

»Esta ausencia de toda cultura intelectual, basta para quitar á la aristocracia la noción de su papel superior en la sociedad.

»Blanc de Saint-Bonnet ha dicho, que toda aristocracia que deja elevar hasta ella el espíritu inferior, se degrada por la alianza. No es preciso que tome del pueblo y se haga plebeya; es preciso que dé al pueblo y le haga noble.

»Además, el ilustre pensador ha dado otra forma á esta definición de los deberes de la aristocracia.

»Dice: «es preciso que continuamente la aristocracia se purifique y quede la misma; lo cual tiene lugar por la aplicación de los principios que la han distinguido. El día en que ella se vuelve á dejar informar por el espíritu del pueblo, empieza el desquiciamiento de la nación. La aristocracia puede continuamente ennoblecerse para ennoblecer cada vez más á la multitud, pero no se puede ennoblecer con lo que de la multitud recibe.

»En vano es que se crea que cierta nobleza ha ennoblecido los instintos que del pueblo recibía, el placer de la pereza, de la comodidad, del bienestar, de la vanidad, de los dispendios de la mesa, del vino y de las mujeres; no ha tratado sino de *desennoblecerse* á sí misma y de privar al pueblo de una aristocracia real.

»Después de haberse *desennoblecido* haciendo pasar ante todo los sentidos que hacen á todas las personas iguales, los representantes de la aristocracia han llegado á perder hasta la especie de supremacía elegante que tenían aún; se han rebajado hasta más no poder sin pensarlo ellos mismos, incluso en materia de ópera y de tocados. Se les alaban las obras y los artistas de vigésima quinta clase, que no tienen otro mérito que el de ser de origen judaico, de hábitos ridículos y grotescos, y los aplauden á rabiarse, se pasan, se agitan y dicen con cierto aire de embrutecimiento:—¡Ah, qué es *Pschut!* ¡Ah, qué es *V' lan!*

»Nada hay tan singular como ver á la aristocracia de capa caída, al menos en París, y perdida la dirección y la maestría de este imperio del gusto y de la moda, que poseyó por tanto tiempo sin dar participación á nadie; haber dejado escapar este cetro



futil, y no mirar la menor cosa sino por los ojos de los judíos. Recuérdese la historia del barón de R..., platicando con un joyero judío sobre los reproches que le hacían los cristianos por no comer el cerdo.—Puesto que aman tanto al caro animal, será preciso hacérselo llevar como una condecoración.—Era una idea. Ocho días después, en nuestra triste época, todos nuestros elegantes y todas nuestras damas adoptaron como fetiche el lechón de oro, diminuto emblema de una degradación, de la que ellos eran los primeros en mofarse.

»Esta imposibilidad de pensar por sí mismo, esta facilidad de dejarse llevar, forma admirables oficiales de aquellos que en lugar de arrastrar en París una existencia que es inútil porque no saben emplearla, entran y se quedan en el ejército. La disciplina los dispensa de tener conciencia y son completamente dichosos. No pidáis ni á los mismos jefes ninguna iniciativa. Después de haber reconquistado á París de manos de la insurrección con riesgo de sus vidas, se la han dejado quitar por algunos constructores de frases, habiendo sufrido humildemente todas las injurias que les han prodigado. Ninguno, por salvar al país de la vergüenza, ha tenido la resolución de sublevar su regimiento, su brigada ó su división, no por respeto á la autoridad, sino por que para sublevarse uno mismo es preciso empezar por reflexionar, y semejante trabajo es superior á sus fuerzas.

»El sentimiento dominante en la aristocracia francesa y en la alta burguesía, que marcha sobre su tutela, es el deseo del placer. Nótese bien que no hablo del libertinaje; este es un estimulante violento que entre ciertas naturalezas no excluye la energía. El lord de Inglaterra, devorado por el *spleen*, se esfuerza á veces por ahogarse bajo las olas verdosas; el Hamlet débil y enfermo que existe en todo inglés, es Falstaff antes de ser Nelson, Chantana ó Ryeon. En las Universidades del otro lado del Rhin, el alemán preludia por befas dignas de los bebedores ilustrados por Rabelais, su destino de soldado ó de hombre político: es Gargantúa, antes de ser Bismarck. El francés no tiene estos gustos que descubrirían la endebles de su estómago; y ya no se cita á los grandes vividores, que se contaban por centenares hace cincuenta años. Lo que subsiste todavía es el amor á los placeres y el deseo de *divertirse*.

»La duquesa de P... nació en un sombrero de pierrot; su madre estaba de parto en el momento en que el general de la M... iba á salir para el baile de la Opera, y el padre, con la prisa, había recojido á la recién nacida en su gran sombrero de cintas multicolores. Parece que la aristocracia francesa actual tuvo una cuna semejante; á despecho de advertencias siniestras, que no la faltan, experimenta cierto hormiguillo en las piernas cuando permanece algún tiempo sin bailar.

»Esta imperiosa pasión comprende á todos los señores íntimamente ligados á los judíos.

»La caza está en primera fila entre las diversiones de buena gente.

»La caza, que á la aristocracia agradaba porque era una imagen de la guerra, fue una desgracia, por llegar á degenerar en un vicio. Entre todos los pretendidos abusos reprochados al antiguo régimen por citadores que cien veces han incurrido en ellos cuando han estado en el poder, bien pocos quedan en pié después que la crítica seria ha estudiado estas cuestiones; el abuso del derecho de caza, las medidas inhumanas adoptadas para proteger este derecho, no han sido jamás justificadas. En ciertas co-



marcas, el aldeano no tenía el permiso de penetrar en el campo del señor. Hay que leer este capítulo en Taine para comprender las iras que se formaban alrededor del castillo, gracias á este tan severo reglamento

»Por amor á la caza, la nobleza se alió á los aldeanos, y la misma pasión la condujo á frecuentar el trato de los judíos, ir á sus casas y sentarse en sus mesas.

»Hay cristianos que buscan la revancha en el ciervo. ¡Pobre ciervo! ¡Cuántas veces bramante, lacerado el corazón, ha llorado lastimero buscando un refugio en las cristalinas aguas que lo tentaban, que le comunican una sensación de bienestar y que bien pronto, heladas sus piernas sudorosas, le paralizan y le entregan á la cuadrilla ardorosa que se lanza en su persecución! ¡Cuántos, asistiendo á esta dolorosa agonía, que con voluptuosa fruición, contemplan mujeres accesibles á todas las ternezas de la vida ordinaria, han experimentado la emoción del sentimental Jacques de *Como os agrade!*...

»¿No queda, pues, vengado el infortunado ciervo, batido así de siglo en siglo, por el espectáculo de todos estos llevadores de nombres bellos, que se arrastran bajo la irónica sonrisa de los lacayos en seguimiento de algún inmundo judío de Alemania y de Rusia, que ha tenido á bien invitar á la nobleza á divertirse con él?

»¿Qué de recuerdos acuden á estos infortunados! Sus selvas, donde han cabalgado sus antecesores, los conquistadores de la vieja Galia, son frecuentadas todavía por las leyendas del pasado. Los Fecs han habitado el borde de estos estanques, y hasta quizás por encima de la cornamenta de un ciervo, la figura de Jesucristo, resplandeciente por completo de claridad, apareció á San Humberto. En las tardes de invierno, en medio de sombras fantásticas, una cacería extraña, la *casa real* hacía retumbar el bosque con gritos y clamores que nada tenían de humanos. Cuando un rey debía morir, un personaje misterioso, casi pariente del Hombrecito de las Tullerías y á quien llamaban el Gran Montero, pronunciaba tres veces el nombre del que iba á desaparecer.

»El alma de nuestra historia, ¿no se hallaba en todos estos lugares? Fontainebleau, medio pagano, donde las ninfas de Juan Goujon parecen vagar por las avenidas, ¿no definiere á Francisco I la primacía, la poesía otoñal de este fin de reinado, cuando el paladín de Marignan viene á encontrar el reposo á este palacio, hecho á semejanza de la Italia que había soñado conquistar? ¿Todo un mundo no resucita en esta Cámara de las Caríatides, donde «Juan Goujon, dice Michelet, comunica á las piedras la gracia ondulante, el soplo de la Francia, sabe hacer correr el mármol como nuestras fluctuantes aguas, dándole el balanceo de las grandes hierbas efímeras y de las flotantes mieses?» ¿No refiere Versailles, en una sola palabra, todo un siglo, las brillantes cabalgatas y las grandes damas en sus calesas, que Luis XIV aborda sombrero en mano, y los esplendores de todo este reinado desvanecido?

»A veces, cuando declina la tarde, esta visión de los tiempos pasados acomete á más de un duque, de un marqués, de un conde, vergonzoso de ser el compañero de todos estos contadores de bolsas judías, que sus abuelos no hubieran siquiera mirado, y dice con el poeta:

»¡Ah, qué triste es, en el fondo del bosque, el remordimiento de la conciencia!

»Fontainebleau es de E. Versailles de H. y Ferrieres de R.

De vez en cuando enseñamos al señor E. «á azuzar en la Malmontaigne un corzo, y después de una hora de caza, el animal ha huído en retirada»; otra vez «rompe en



los grandes Feuillards y quita el agua agradablemente». C. de A. se manifiesta en las Bergeries. En cuanto á H., hace buena figura en el arrabal, donde los que cazan con frecuencia son los oficiales franceses».

.....  
»Mucho se ha hablado de los esplendores de F... y á riesgo de desilusionar un poco á los curiosos, es preciso mostrar á nuestros lectores lo que en realidad es la morada del rey de los judíos.

»Versalles construído en un país sin agua, ha inspirado evidente á los R. el deseo de imitar á Luis XIV; quien todavía lo anhela por otras consideraciones, la facilidad, en caso de alarma de ganar á la Alemania por la línea del Estado, el recuerdo de una colonia judía que nosotros hemos visto fué muy floreciente en la Edad Media en esta region, en Chelles, en Meaux, en Lagny y en Gagny.

»Con el mal gusto ordinario y las pocas simpatías que gozan entre los artistas franceses, los R. han encargado á un arquitecto inglés, P. edificar esta real habitación. Lo que debía suceder, llegó.

»Nuestro Arquitecto nacional F. D. en su *Tratado de arquitectura*, dice cosas excelentes sobre la imposibilidad respecto á los extranjeros, de comprender bien las condiciones que convienen á nuestro país, harmonizar las construcciones con el clima, el cielo y las costumbres francesas.

F... da una vez más la razón al abad de San Sergio. P. ha elevado aquí uno de esos castillos estraños, como se ven algunos en Inglaterra y que con sus cuatro fachadas de estilo completamente diferentes, parece impropio del país del Norte. Piénsase involuntariamente en el gigante carnavalesco de Schaffhaüsen que, con sus altas columnas y sus paseos á la italiana, desentona tan singularmente con el paisaje delante de la caída del Rhin.

»El interior es más interesante. Despues de haber atravesado un largo vestíbulo que decora un techo de Tiepolo se penetra en un pequeño comedor que contiene algunas pinturas alegres de Felipe Rousseau. El gran comedor está decorado con sus cuarenta sillones de terciopelo rojo.

»A partir del *Salón Luis XVI* las sorpresas empiezan. Se ven deslizar ante los ojos todas las maravillas del genio de los siglos que han podido reunir en un solo punto, el oro, las relaciones universales, la framacasonería en acecho por toda Europa y reservando la flor de todo para los descendientes de Israel. Las obras maestras de arte del siglo XVIII, las tablas de Gouthiere, los muebles incrustados de Riesener y de Boule, los cobres de Caffieri, adornan esta pieza encantadora, de un conjunto primaveral y claro que remata en un techo de Henry Sery. En medio aparece como un trofeo el incomparable clavicordio de María Antonieta sintiéndose poco á gusto al encontrarse en esta casa de Judío.

»Un pequeño lugar sombrío llama la atención. Es el oratorio, una pieza muy sencilla que tiene por todo ornato los rollos de la Thora y el candelero de siete brazos; en la sombra se vé un piano y algunas sillas de paja.

»El *Salón de familia* llamado tambien el *Salón de cueros de Córdoba*, debe su nombre á las soberbias pinturas en cuero satinado y adobado que representan el *Triunfo de Mardoqueo*. Estos cueros perfectamente conservados vienen de Flandes, donde sin



duda fueron transportados por algún gran señor español y hasta quizás fabricados allí mismo, porque fábricas parece haber existido algún tiempo en Flandes; fueron adquiridos por los R. en una insignificante cantidad. Son muy curiosas las especies de cueros dorados, los cordobanes de los *guadamaciles* de que Cervantes habla á cada momento en sus novelas. Encuéntrase allí tambien, como tapíz de mesa, una tapicería de la Jabonería toda laminada de plata y de un trabajo de lo más interesante y precioso.

»El examen de algunos volúmenes que se dejan ver en algún mueble de ébano sobre un elefante enjalmado, desconcierta un tanto el conjunto «¿Cuáles son los libros más usuales, los amigos literarios familiares de esta gente?» Al preguntarse esto se mira y se ve á Soulié, Paul de Kock, Pigault Lebrun, Toucharol Lafosre (*Crónicas del Ojo de Buey*). Eugenio Sué (*El Judío errante*) Jacob (*Historia de Francia*). Todo esto en las ediciones más espantosas, en ediciones que un letrado no querría para verificar una citación.

»¿Esto no produce casi el mismo efecto que el de la ropa súa bajo un traje de seda? Sea lo que fuere de la sociedad que allí vá, ¿que se espere á que cualquiera joven coja un libro y caiga por casualidad en sus manos Pigault Lebrun!

»¿Queréis avanzar hácia la gradería? A derecha é izquierda encontraréis dos vasos de Clodion; el par ha costado cincuenta mil francos. En verano, la vista es magnífica, se está frente al estanque y allí se percibe el parque y los espacios llenos de camareros y ramos que dan animación al decorado.

»Entremos en las dependencias, y por la vez primera hallamos la historia en los visitantes á este castillo sin historia. En 1815 los R. quedaron pobres; con la invasión de 1870 se los vuelve á ver millonarios y se les hacen agasajos.

»Aquí el *salón de las tapicerías* no contiene sino algunos cuadros de Desportes. En los muros están suspendidos los tapices de Watteau, tapicerías de tejido de seda, de una frescura sin igual. Aquí es, delante de estos amores sonrientes, de estos pastores inquietos, ante todas estas evocaciones de un mundo frívolo y de todas estas imágenes de placer y de galantería, donde se realizó la entrevista de Bismarck y Julio Fabre.

»La acogida del Canciller de hierro á su visitante fué terrible y los habitantes del castillo que percibieron los ecos de esta escena han conservado un recuerdo de indecible horror.

»Después de haber rehusado la víspera recibir al hombre de la pretendida Defensa nacional, Bismarck le hizo esperar dos horas en el vestíbulo.

»En esta ocasión, todavía nuestro enemigo se muestra tal y como lo verá la posteridad, aprovechándose de la debilidad de carácter de su adversario, pero no faltando por su parte á los deberes estrictos de la conciencia y sobre todo, no cometiendo ningún acto que pudiera impedir la salvación de su alma. Los hombres del 4 de Setiembre, hicieron culpables del crimen de lesa-patria, haciendo una Revolución ante el extranjero, precipitando á la representación nacional. Este acto, podían aún, sino repararlo, al menos atenuarlo consultando al país, preguntándole legalmente, si quería la paz ó la guerra. Bismarck les facilitó los medios y ciertamente mostró á Julio Fabre donde estaba la voz del deber honrada y patriótica. El desgraciado viejo pensó solo en conservar el poder algunos días más».

. . . . .  
»El club y las carreras arruinan á los hombres; el tocado arruina á la mujeres.



»Los *modistos* y costureras, son casi todos de origen judío; un judío, D. es presidente de su cámara sindical. Sobre este punto, han desplegado un genio verdaderamente admirable, más aún, completamente inventivo. F. trabaja muy bien. K. que sucedió á la señora L. no estaba mal. S. M. que ha «concebido» los dos trajes de la señorita L., en los *Reyes en el destierro*, tiene una fecunda imaginación; á ella todavía es á quien según vemos en el *Figaro*, la señorita L. debe los triunfos de sus últimas creaciones en las *Locuras* y en el *Pretexto*.» La señora R., apesar del pompón, no hace los trajes, como se tenía por costumbre en los tiempos bárbaros, sino que los *edita*: esta es al menos la frase que empleaba la amable colaboradora E., quien me enviaba sorprendentes comunicaciones en este sentido, cuando redactaba con ella un periódico elegante *dum Athenæ flourerent...*

»El judío no ha podido menos de mezclar á esto su grano de sal. Los joyeros habían hecho llevar á los hombres lechoncillos; se ha tapujado á las damas del gran mundo, con especie de sillas posteriores que las hacen asemejarse al animal que llaman el «navío del desierto» y que más bien serían dignas de Polichinela. Han colocado los bolsillos detrás de las espaldas, lo que hace que la mujer más graciosa, buscándose el pañuelo, parezca un pavo rascándose. Ninguno de nuestros parisienses ha comprendido esta ironía. El sentimiento de elegancia, de esta elegancia llena de gusto, de comedimiento, de gracia, es posible que haya muerto entre las francesas; toman las modas tal y como las hacen los *damen confection* de Viena.

»Quisiera pintar esas modas como los Goncourt han pintado las del Directorio, pero me encuentro muy embarazado, yo me pierdo en estos reflejos, en estos brillos, en estos desvanecimientos..... ¿Qué tela preferís? Tenemos el brocado, el surah, el terciopelo rameado, el peluche y el raso maravilloso. Como colores podemos ofreceros el hollín, lava, neutro, mástico, nuez, ninfa muda, sonrisa horrorizada, ambar lechoso, hierro, acero, gris de hierro, llama de pinche, rojo Ticiano. ¿Deseais las casacas Buffon, las cogullas Torquemada, los cuerpos Lamballe, la chaquetilla Milady con botones de plata vieja?

»El tocado de la calle tiene tendencia de 1820, el del hogar resto del Renacimiento, el de visita, parecido al de las maravillosas. El Luís XV burgués, es de moda en la ciudad, el Luís XV noble, es adoptado en reunión, el verde Hungría, es también muy aceptado. ¿Qué diríais para las pequeñas comidas, de los abrigo de terciopelo á dos bandas, abriendo en corazón y quedando herméticamente cerrados á la Kuáquera? El traje Lawrence hace furor, pero el vestido Dubarry tiene adictas; otras prefieren al pequeño Devouchiere, pero con la condición bien entendida de completarlo con la vicuña plegada. Para traje de carreras, nos contentaremos con el jubón velo de religiosa.

»Ya comprendo que queríais que os hablase del traje de rosas, *¡un sueño!* gritan los entusiastas. Este es un jubón de raso ó de moaré, recubierto de una banda hecha de raso blanco ó azul pálido, que cae por los costados sobre uno de los del jubón enteramente cubierto de rosas, cuyos broches están entreabiertos. Los corpiños escotados en puntas se guarnecen de guirnalda de rosas.

»Las preocupaciones del tocado, asaltan á nuestras extrañas cristianas, en los días que debieran inspirarse en otros sentimientos. El morado es el color escogido para el Jueves Santo. «El jubón con adornos de tafetán rayado, bajo la túnica de lana muy suel-



ta con pliegues esculturales, guarnecida de guipures y violetas también de lana. En la capota encajes adornados de ramos de lilas». El Viernes Santo es de rigor el gran luto, se adopta la ropa «género sastre», de sarga negra guarnecida de un galón de lana negra «Nada de joyas. Sombrero negro muy sencillo con gran velo de crespón.»

Como peinado nos encontramos con el embarazo de la elección. He aquí el inmenso Malborough de larga aureola inclinada hacia abajo, el Ketty-Bell elevándose arrogantemente de lado, bajo pliegues cuidadosos, el sombrero Silvia guarnecido de terciopelo negro ú oscuro, el sombrero Bearnés con penacho de oro viejo, la capota Mignon de diadema ducal, la capota Diana de Poitiers de diadema de terciopelo y grueso relieve. No olvidemos ni el Fockohama, ni el Lesdiguieres, ni el sombrero Ricobouni cubierto de terciopelo pardo, con un lazo de pompones multicolores, ni el Recamier elevándose en peineta sobre el moño ó cayendo en festones, ni el Khroumirs de paja gruesa, adornado de flores á usanza oriental.

»¿De qué pueden servir estas ruinosas fanfarronadas, pues que no tienen nada de arte y menos de sociedad? ¿No se podría usar el peinado suelto y traje ligero, para ir á comer de tiempo en tiempo un sandwich con personas cuyos abuelos, en sus carnicerías de Francfort, no deberían vestir grandes lujos?

»Las mujeres de sociedad no comprenden nada de esto. El salvagismo y la extrema civilización se confunden. La salvaje de las islas Fidgy, se creería perdida si se la quitara su collar de conchas; la parisiense elegante, querría mejor renunciar á su familia, á su patria, á su Dios, que llevar un tocado que no fuese uno de los estrafalarios, que los periódicos judíos han puesto de moda.

»Un periódico ha publicado aquello que se llama presupuesto de una mujer honrada de nuestra época, y este documento, redactado bajo bases muy moderadas, puede tomarse como exacto.

»Decirse puede, escribe, que tomo la mujer con su *trousseau* completo, en cajas, joyas, guardarropa, rodeada en fin de todo aquello que la es necesario. En este presupuesto no se trata más que del sostenimiento de este capital de fanfarronadas y tonterías.

»Se descompone así:

Costurera . . . . .	12.000 francos.
Modista. . . . .	3.000 »
Lencero. . . . .	4.000 »
Zapatero. . . . .	1.500 »
Guantería, medias, cintas, lazos, corbatas, puntillas, crepé, etc.	6.000 »
Encajes de moda. . . . .	3.000 »
Perfumería, peinado y flores. . . . .	4.500 »
Sombrillas y paraguas . . . . .	500 »
Total. . . . .	34.500 »

»Conviene unir á esos 34.500 francos, la lavandera, la costurera, etc., que pueden ser valuadas en 600 francos mensuales, el planchado y repasado de la lencería, de seda, medias, etc., en 300 francos, y la limpieza y comodidad en 200 francos; esto hace, al año 13.200 francos. Total 47.700 francos.

»Ante estas prodigalidades, está uno tentado de decir como el gran orador católico:



«¡Qué, miserable! ¿no sientes que la crueldad de tu lujo arranca la vida á cien huérfanos, á los que la Providencia divina había asignado esos fondos?»

»¡Cuánto bien podían hacer estas mujeres, si se conformaran con no malgastar más que la mitad del dinero que derrochan en las superfluidades de un día, que destrozadas y rotas abandonan al día siguiente á la doncella!

»Ellas no sueñan ni por un momento la idea de privación; el sacrificio personal no se les ocurre nunca; ninguna de ellas tiene bajo este punto de vista la mitad del valor moral de Luisa Michel. ¡La pobre y generosa desterrada se paseaba con los piés desnudos sobre el puente del navío que la transportaba á Nueva Caledonia, porque había dado sus medias á una anciana! Del dinero que había reunido en sus conferencias de Bélgica, donde se lo habían arrojado desde los bancos, mandó un tercio á las familias de los detenidos políticos, un tercio á su madre y guardó el resto para sí.

»Si Cristo apareciera con la frente toda ensangrentada á las mujeres que veis arrodilladas los domingos en la Magdalena ó Santa Clotilde, y las exigiera que renunciassen por El á un traje Watteau, un palco en la Opera ú otra costosa fantasía, bien seguro es que puede que no hubiera una sola que contestara: «Yo consiento».

»Entre las mujeres, en vista de no existir ninguna apariencia de esos sentimientos del alma que reparaban otras veces sus debilidades, ninguna tiene la idea de interrogar á esos maniquís vivientes, obligados á revestirse algunos minutos para quitarles á su pesar esos adornos que les causan envidia; ninguna sueña en hablar con esas pequeñas obreras, siempre interesantes, esas corseteras, juboneras y bordadoras para preguntarlas cuánto ganan y cómo viven.

»Ningún sentimiento de piedad para esas pobres vendedoras de los grandes almacenes que, en el momento de ventas excepcionales, permanecen diez ó doce horas de pie implacablemente sometidas á multas cuando se sientan fuera de las horas de descanso. Ninguna atención á esas desgraciadas que en épocas dolorosas de la existencia femenina, pálidas, sintiendo los objetos rodar á su alrededor, se agarran á los muebles para no caer. La idea que ablanda algunas veces el corazón duro de las protestantes de Dickens: «¡Si yo fuera como esta!» no acude á la imaginación de las católicas; ellas no sueñan hacer lo que las mujeres de América, que dirigiéndose á los jefes de los grandes almacenes, les exigen que sus hermanas las obreras tengan el derecho de sentarse.

»El amor al tocado es más que aquella coquetería que han sentido las hijas de Eva en todos los tiempos. Es á modo de una idea fija, de un vicio imperioso y sombrío como el barón H. Aquellas que siguen este culto idolatra para ciertos objetos con un respeto mezclado de temor, ellas mismas lo toman en serio. Yo me acuerdo de una exhibición de un guardarropa real. Los privilegiados estaban colocados en sillones que parecían tronos, y W. solemnemente gritaba agitando el cuello, como un mágico hubiera hecho con su varilla: «Vamos; la serie de ropa de cámara, avanzad».

»Todo esto se hace grave, pomposamente; las mujeres miran como inteligentes, someten al examen de cuatro ó cinco horas la víspera de un acontecimiento mundano, para apreciar el efecto del azul, rosa, blanco, sobre trajes que se iluminan con lámparas de gas ó luz eléctrica.....»

Los anteriores párrafos de una importante obra del señor Drumont, dan idea de lo que es la actual sociedad parisiense, que por desgracia, forma el tipo de casi todas las



demás. Las citas hechas bastan para el objeto de demostrar que en la época contemporánea, el lujo ha seguido subsistiendo y ocasionando los males de siempre y los bienes de que era fuente en otros tiempos. Verdadero Jano, el lujo tiene dos caras completamente distintas, y seguramente, seguirá teniéndolas por los siglos de los siglos.

Visto de un lado, nos presenta el horrible aspecto de la corrupción individual, que acarrea, en plazo más ó menos largo, la corrupción social, y con ésta, la ruina ó el pasajero abatimiento de las naciones. La otra faz es totalmente diversa; mirado por ella el lujo es, no sólo fuente de comodidades y bienestar, sino acicate del progreso y soplo que alienta las industrias, crea otras nuevas, da vuelos al comercio, y con todo ello, presta vigorosa existencia á la sociedad, gran parte de cuyos individuos, viven á expensas de ese mismo lujo.

Harto sabemos que la época contemporánea ha sido fecunda en grandes cambios y en grandes progresos, y que éstos han afectado al lujo en gran manera, sobre todo al lujo público. ¿Qué son sino grandes manifestaciones de éste, aunque tengan su parte útil, esos bazares inmensos contruídos para una temporada y que se conocen con el nombre de Exposiciones universales? Y en más modesta esfera nuestros cafés, nuestros teatros, decorados con un lujo y contruídos con unas proporciones que ni siquiera soñaron nuestros abuelos; las calles espaciosas tiradas á cordel y sombreadas por árboles, las fuentes monumentales, la prodigalidad de estatuas, los museos, las bibliotecas, etcétera, etc.; ¿qué son sino manifestaciones del lujo público, útil desde luego, pero lujo al fin?

De buena gana entraríamos en el examen de tales asuntos. De buena gana haríamos el estudio minucioso de todas esas clases de lujo y aun de las del lujo privado que presentan alguna novedad, que tienen al presente algún caracter distinto del que presentaron en otros tiempos. Pero hay una poderosa razón que nos lo veda, que nos hace desistir de un proyecto que durante largo tiempo habíamos acariciado.

Amigos como somos de llamar á las cosas por su nombre, de no sentar afirmaciones que no estén acompañadas de su correspondiente prueba, nos expondríamos no sólo á incurrir en responsabilidades, que gustosos aceptaríamos para satisfacer nuestro deseo, sino á herir susceptibilidades ajenas, á molestar á determinadas personas, á causar daños y perjuicios irreparables; y eso no lo hemos de hacer nosotros jamás.

Hablar de la glotonería de Lúculo, del fausto de la corte de Luis XIV, no presenta inconvenientes de ningún género. ¿Sería lo mismo si hubiéramos de hablar de la glotonería y del despilfarro de esta ó la otra persona, que á la sazón están vivas? ¿No serían mal recibidas nuestras censuras, no ya por los interesados, en los cuales fuera muy comprensible la irritación, sino por las personas indiferentes que podrían juzgar interesadas ó inspiradas en móviles bastardos, así nuestras censuras como nuestras alabanzas?

Esta consideración de terrible fuerza es la que sella nuestros labios y nos hace desistir de llevar más allá la empresa, ya que una serie de consideraciones de caracter general, sin precisar nombres ni lugares, ni dar pelos y señales, como vulgarmente se dice, no tendría interés ni llenaría nuestro objeto, así como tampoco dejaría satisfechos á los lectores.

Además, téngase en cuenta que, como se ha dicho al principio de la obra, la ten-



dencia más determinada de ésta, es la de deducir de los hechos si el lujo es bueno ó malo, si ha de ser perseguido ó si debe ser alentado, si resulta moral ó inmoral, beneficioso ó perjudicial á la humanidad, y, finalmente, si es susceptible de reformas que hagan desaparecer sus defectos dejándole sus buenas cualidades. Este es el fin propuesto; para venir á parar á él, para realizarlo, no es absolutamente indispensable que hablemos de la época contemporánea, pues en la conciencia de todos está que nos hallamos en lo cierto, al decir que así como el lujo ha subsistido á través de todos los tiempos y de las vicisitudes todas porque ha pasado la humanidad, sin variar más que de forma y sin hacer otra cosa que adaptarse á las modificaciones impuestas por las circunstancias de tiempo y lugar, de la misma manera continúa subsistiendo, con iguales vicios y las mismas buenas cualidades que siempre ha tenido.

Esto tiene una fácil explicación. El lujo es institución humana, y de consiguiente, ha de seguir idénticamente que el hombre. Este, según nos enseña la historia y lo dicta el buen sentido, no sufre más que modificaciones accidentales; su esencia es la misma: compónese hoy de los mismos elementos que en otros tiempos; sus pasiones y sus sentimientos buenos y malos, no son ni más ni menos de los que tuvo al aparecer en el planeta. Por eso sus obras siguen relativamente igualmente.

Demos, pues, de lado esta cuestión y abordemos resueltamente la otra que es la más importante: ¿es el lujo loable ó condenable?

En nuestro concepto, el lujo, no solamente es bueno, si no que en las circunstancias presentes y en las que seguramente han de sobrevenir, es necesario. El desenvolvimiento de la sociedad, las crisis del trabajo ocasionadas por la baratura y la rapidez con que producen las máquinas, cada vez más perfectas y continuamente aplicadas á mayor número de objetos, harían la vida imposible, acabarían por dar la razón á Malthús, si los hombres se dedicaran á gastar lo puramente indispensable, por mucho que se extendiese el significado de esta palabra. He aquí porqué no pueden menos de inspirar risa y lástima las declaraciones de ciertos insensatos cada vez que un monarca ó un presidente de República ó simplemente un potentado dan un festín, un baile, una fiesta de esas en las que se gastan algunos miles de duros. ¡A cuánta gente ha hecho vivir esa fiesta! ¡Qué consumo tan grande ha representado, pero consumo útil para los productores, para los trabajadores mismos que reniegan de ella y que la juzgan neciamente un insulto á su miseria! ¡Cuánto mayor no concluiría por ser ésta, si semejantes válvulas de seguridad que dejan escapar el exceso de la producción, no funcionasen de vez en cuando! Dedicado todo el mundo á la producción de lo verdaderamente necesario, por mucho que la palabra se extendiese, repetimos, pronto la producción superaría de tal modo á las necesidades que se haría imposible, que se impondría su suspensión por un tiempo lo bastante largo para que durante él hubiesen muerto de hambre los mismos que no saben ver que sin los consumos exajerados que critican, consagrados gran parte de sus compañeros que trabajan en las industrias de lujo, á la fabricación de lo meramente útil, les harían una ruinosa competencia. Sí, hay que decirlo una vez más: hoy el lujo, tomado en su aspecto general, no solo es bueno, sino que es indispensable.

¿Es esta una idea absoluta? De ninguna manera. A pesar de la apreciación que del lujo hemos hecho, no podemos prescindir de censurar los particulares excesos que en



este sentido se cometen. El particular que por sostener un lujo fuera de razón, no proporcionado á sus medios, se arruina ó se envilece, hace mal, merece las más severas censuras. La honradez, la virtud son superiores hasta al natural deseo de tener lo necesario para la vida. ¡Cuánto más no han de serlo al afán inmoderado de goces materiales, al de brillar fuera de lo común, al de ostentar lujo, en una palabra!

Es evidente también que hay contrastes que, á primera vista repugnan, pero que examinados pierden mucho de su crudeza. ¡Cuántas veces se ha hablado de los magníficos carruajes con lacayos de galoneadas libreas y cuyas ruedas salpicaban de lodo al pobre! ¡Cuántas veces se ha hecho resaltar el contraste entre los concurrentes á un gran baile en lujoso palacio y la pobre mendiga acurrucada en el hueco de una puerta escusada del soberbio edificio!... Esto es sin duda muy bonito, muy conmovedor, todo lo que se quiera; sin duda sería preferible que todos fuésemos en coche y que no hubiera mendigos... Pero, ¿se piensa por nadie de cuántos tales cuadros, de cursi sensiblería, pintan, en el número de pobres que habría si careciesen de medios de subsistencia los constructores de coches, los cocheros, los lacayos, los guarnicioneros, los diamantistas, los mil artífices é industriales, en fin, que viven á expensas de los caprichos de la moda y hasta de las extravagancias del lujo? El rico que emplease en limosnas el dinero que gasta en fiestas, no lograría más que hacer pasar la pobreza de unos individuos á otros, con riesgo de no proceder en justicia muchas veces. Y conste, que no es esto censurar la limosna, el socorro dado á quien lo necesita y lo merece, el ejercicio de esa santa virtud que se llama la caridad. Es sola y exclusivamente poner de manifiesto el borroso reverso de una medalla que por el anverso está muy marcada, en cuya deplorable circunstancia estriban no pocos errores políticos, económicos y sociales, que han adquirido gran boga en los presentes tiempos.

En tesis general puede decirse, pues, que el lujo considerado en su conjunto, no sólo es útil, sino indispensable, y de consiguiente bueno; que por él viven hoy y han progresado siempre las sociedades ya que ha constituido, y sigue siendo un estímulo poderoso, para el trabajo, para la instrucción y para el adelantamiento individual. Sus inconvenientes son casi todos de caracter particular. Tal individuo se arruina por ostentar un lujo superior á sus recursos; tal otro apela á medios indignos para sostener su fausto; hay mujeres á quienes importa menos la honra que un aderezo de brillantes, un vestido de seda, un abono en la ópera..... Es cierto, ya lo sabemos; pero esto depende menos de eso que se llama lujo, cuya esencia comprendemos todos, pero cuya definición exacta es imposible, que de las debilidades propias de la humana naturaleza y que en determinadas personas influyen de un modo más poderoso que en las otras. En los casos de que se ha hecho mérito, si se examina el fondo de la cuestión, veráse que el lujo es el pretexto, que la verdadera causa de los males son el orgullo, la envidia ó la sensualidad, es decir, defectos humanos que siempre han de existir, y que existiendo, deben producir siempre efectos perniciosos, porque el mal no puede ser nunca fuente de bienes.

Por todo lo que se lleva dicho y entrando en la última cuestión, compréndese bien, que ninguna clase de medidas prohibitivas son eficaces para contener el lujo, y que, aun siéndolo, sino estimamos éste, en general, pernicioso, menos podremos abogar por la adopción de aquellas. No hallándose el mal en el lujo mismo sino en los abusos que de él cometen determinadas personas, y siendo imposible que las leyes se dicten



para casos particulares, claro es que las disposiciones coercitivas en tal sentido, lejos de ser beneficiosas han de resultar perjudiciales, deteniendo, sin fruto alguno, el vuelo á determinadas industrias y ocasionando fiscalizaciones y vejaciones de caracter verdaderamente insoportable. Desde cierto punto de vista, puede considerarse como lujo, todo aquello que no está destinado á satisfacer las necesidades de la vida, consideradas de un modo restringido, reducidas á lo puramente indispensable. ¿Qué razón hay para proscribir la seda ó el terciopelo y no la lana, cuando ésta es más cara que una tela de algodón, con la cual podemos cubrir nuestra desnudez? ¿Qué límites se han de asignar á los dispendios que hagamos en nuestra comida? ¿De qué modo calcular para cada individuo lo que debe gastar, lo que en él es indispensable y lo que constituye un verdadero lujo? Esto es imposible; inútilmente se exforzarían en probar lo contrario los partidarios, si alguno queda hoy, de las medidas prohibitivas, de las leyes suntuarias que tanto dieron que hacer en pasadas épocas.

¿No existirá, pues, ningún remedio para los males que el lujo ocasiona?

El origen que hemos señalado al mal, nos dará idea del carácter que han de tener las medicinas. Todo cuanto contribuya á moralizar la sociedad y á elevar el nivel intelectual de los hombres; todo cuanto haga ver á éstos que si es bueno gozar en cierta medida, es malo el exceso de los goces; todo lo que lleve la persuasión al ánimo respecto á la superioridad de los bienes morales, como el honor, la dignidad, el cumplimiento de la palabra empeñada, la honradez, la honestidad, etc., etc., sobre los fútiles placeres que proporciona á los individuos el lujo, será apropiado para contener á éste en sus justos límites y evitar, en lo posible, los perjuicios que ocasiona. Afirmar las creencias religiosas que nos hablan constantemente de la vanidad de los bienes terrenales; extender la educación, que nos hace ver claro respecto á la escasa importancia de ciertas cosas y abre á nuestra inteligencia y á nuestras ambiciones horizontes más nobles y más ilimitados que la consecución de las satisfacciones del lujo; crear costumbres sociales de carácter verdaderamente severo, que impidan que se admita entre las gentes honradas á los que gastan lo que no está en relación con sus medios de vida, á los que no pueden explicar de un modo satisfactorio el origen del dinero que disipan, á las mujeres que se venden y á los hombres que las compran; estos son los únicos y los prácticos medios de combatir los males que el lujo ocasiona. Por desgracia nos hallamos muy lejos del ideal; nada indica que se piense siquiera en ir por tal camino.

Lejos de ello, gobernantes y gobernados parecen tener empeño en ir por senda diametralmente opuesta. La religión y la moral más puras son ridiculizadas á diario y júzgase de buen tono dar muestras de descreimiento, á veces en contraposición con los sentimientos verdaderos. Ningún dique se busca ni se pone al mal, sin comprender que la carencia de religión y de moral viene siempre á resolverse en esta fórmula: «sólo lo terrenal es lo cierto; luego debemos procurarnos toda suerte de goces mientras tengamos vida». Y no es necesario ser muy lince para comprender las consecuencias que se deducen de semejante máxima.

Por otra parte, en vez de buscar facilidades para que las clases ignorantes tengan una ilustración, si no muy vasta, porque no puede serlo, sólida y profunda, se *las deja* adquirir una semi-ilustración que no sirve para otra cosa sino para avivar en ellas la sed de goces, sin darlas medio alguno de satisfacerlos, con lo que se hace desdichada



su condición, que aun resulta agravada por la falta de los antiguos consuelos que les proporcionaban las perdidas creencias.

¿Y qué diremos respecto á la facilidad criminal de las costumbres sociales, especialmente en la alta sociedad? El hombre rico no necesita otra cualidad para ser, no sólo recibido, sino solicitado en todas partes; es más, el que sólo en la apariencia hace ostentación de una riqueza que está muy lejos de poseer, se ve igualmente agasajado. Nadie se ocupa en averiguar ni por qué camino se adquirió el dinero, ni si lo que se gasta se encuentra en relación con lo que se tiene. La mujer de bien, que arrojaría de su lado con desprecio á la infeliz prostituta cuyo nombre consta en los registros de la higiene, cuando no ha pasado de la categoría de *pupila* de una mancebía, se codea con ella si se presenta con fastuoso lujo, si ha alcanzado la categoría, tan inmoral como la primera, de entretenida á la moda. ¡Porque se ha hecho moda también hasta entre las mujeres, ser *despreocupadas*! Es de buen tono no dar importancia á *detalles* como el de si la que vive con un hombre está unida á él por el santo vínculo del matrimonio ó si ha prescindido de ese requisito, riéndose de las leyes divinas y humanas. Hoy, además, se ve también con indiferencia y aun con agasajo á un hijo de familia ó á un esposo, derrochar su patrimonio ó la dote de su mujer, sosteniendo fastuosamente horizontales ó jugando, y lejos de apartarse con horror y con lástima de los que así proceden, se celebran como una gracia sus viles acciones y se les alienta con inmorales aplausos á continuar por la senda de perdición.

Y hay que desengañarse: mientras la sociedad no se moralice, mientras las costumbres no se reformen, adquiriendo, no un quijotismo ridículo, sino una saludable severidad, una formalidad propia de personas verdaderamente civilizadas, será de todo punto imposible lograr, no ya que se extirpen, porque esto constituye una quimera, sino ni aun que se atenúen, los males que ocasiona el lujo.

Pero ello en modo alguno puede llevar consigo la condenación de éste, pues ya es sabido que casi todo lo humano tiene en sí ventajas é inconvenientes. Tal es, al menos, nuestra humilde opinión, en la que cabe el error que con humildad igual confesaríamos si nos fuese demostrado.

Mucho más nos extenderíamos sobre la materia, pues esta es vasta, pero ya es hora de poner fin al larguísimo trabajo presente, y así lo hacemos, no sin suplicar á los lectores que, en gracia de nuestra buena voluntad, perdonen las deficiencias que indudablemente hallarán en la presente obra. (1)



(1) Habiendo impedido las muchas ocupaciones de D. Salvador Sampere y Miquel que continuase la obra *Historia del Lujó*, á partir del pliego 83 del tomo 2.º, hemos de hacer constar que desde dicho pliego hasta el final, ha sido escrita por el distinguido publicista D. Luis Fernando de Castilla, de quien son asimismo las cuatro últimas páginas de la *Introducción*.—LOS EDITORES.





# ÍNDICE

## DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

### EN EL

## TOMO SEGUNDO

### CUARTA PARTE

### EL LUJO EUROPEO

			PÁGINAS
	CAPÍTULO	I	Los arios ó europeos. . . . . 3
	"	II	Religión helénica. . . . . 11
CAPÍTULO	III	Fuentes del lujo griego. . . . . 33	
"	IV	Las Artes del lujo en la Grecia primitiva . . . . . 47	
"	V	Manifestaciones del lujo griego. . . . . 67	
"	VI	El lujo y la Monarquía en Grecia. . . . . 93	

### EL LUJO ROMANO

			PÁGINAS
CAPÍTULO	I	Orígenes del lujo romano. . . . . 101	
"	II	El lujo en tiempo de la República. . . . . 113	



CAPÍTULO			PÁGINAS
III	El lujo romano durante el imperio . . . . .		153
IV	Las Artes del lujo en Roma. . . . .		183
V	La música. . . . .		209
VI	El lujo y el cristianismo. . . . .		221
VII	El lujo germánico.—Los germanos . . . . .		233
VIII	El lujo germánico.—Italia, Francia y Alemania . . . . .		243

### EL LUJO EN LA EDAD MEDIA

CAPÍTULO			PÁGINAS
I	Lujo de los españoles en tiempos de los godos . . . . .		255
II	Lujo de los españoles desde la irrupción de los moros hasta el siglo xi . . . . .		259
III	Lujo de los españoles desde el siglo xi hasta la mitad del xiii. . . . .		267
IV	Lujo de los españoles desde la mitad del siglo xiii hasta el si- glo xvi . . . . .		279
V	Del lujo y de las leyes suntuarias de España en tiempos de los Reyes Católicos. . . . .		327
VI	El lujo europeo durante la Edad Media.—Lujo funerario. . . . .		337
VII	El lujo feudal. . . . .		353
VIII	El renacimiento.—La Edad Media.—Siglos xi y xii . . . . .		369
IX	El lujo en Europa durante los siglos xiii al xv. . . . .		407
X	El lujo en la alta burguesía. . . . .		449
XI	Espectáculos y diversiones de la Edad Media . . . . .		459
XII	Las Artes del lujo en la Edad Media. . . . .		475
XIII	El lujo oriental en la Edad Media. . . . .		509
XIV	Reinado de Carlos V. . . . .		525
XV	Reinado de Felipe II. . . . .		539
XVI	Reinado de Felipe III. . . . .		555
XVII	Reinado de Felipe IV. . . . .		565
XVIII	Reinado de Carlos II. . . . .		573
XIX	Reinado de Felipe V. . . . .		577
XX	Reinado de Fernando VI. . . . .		589
XXI	Reinado de Carlos III. . . . .		591



CAPÍTULO	XXII	Paralelo del lujo y costumbres actuales con las de los antiguos españoles. . . . .	595
"	XXIII	De la moral acerca del lujo. . . . .	601
"	XXIV	De la política conveniente acerca del lujo . . . . .	605
"	XXV	El lujo italiano durante el renacimiento.—Roma, Florencia, Venecia . . . . .	615
"	XXVI	El Arte italiano del renacimiento. . . . .	623
"	XXVII	Las Artes suntuarias italianas. . . . .	631
"	XXVIII	El reinado de las Artes y de las favoritas . . . . .	651
"	XXIX	Diana de Poitiers y Catalina de Médicis. . . . .	661
"	XXX	La degradación del lujo bajo Enrique III. . . . .	669
"	XXXI	Resumen de la época. . . . .	671

## LUJO MODERNO

			PÁGINAS
CAPÍTULO	I	El lujo moderno . . . . .	681
"	II	El lujo en Francia á principios del siglo xvii . . . . .	683
"	III	El lujo francés en tiempo de Luis XIII . . . . .	697
"	IV	El lujo bajo la Monarquía de Luis XIV. . . . .	709
"	V	Juicio de los abusos del lujo en el siglo xvii . . . . .	721
"	VI	El lujo francés en tiempo de la regencia del duque de Orleans. . . . .	733
"	VII	El agiotaje y el lujo nivelador. . . . .	739
"	VIII	Los progresos de la comodidad y la aplicación de las Artes á la vida privada en el siglo xviii. . . . .	747
"	IX	Alteraciones de las costumbres públicas por los goces privados . . . . .	761
"	X	Gastos de la corte al fin de la Monarquía. . . . .	767
"	XI	La cuestión del lujo y el lujo privado durante la revolución francesa. . . . .	779
"	XII	El lujo público y la revolución.—El vandalismo. . . . .	807
CONCLUSIONES.			821





# PLANTILLA

## PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS

DEL

## TOMO SEGUNDO

---

	PÁGINAS
El banquete (fragmento. Euerbach). . . . .	67
La barca de Cleópatra . . . . .	153
Casamiento del gran duque de Toscana. . . . .	407
Orfebrería española del siglo xvi. . . . .	539
Doña Margarita de Austria (mujer de Felipe III), VELAZQUEZ. . . . .	555
Los elegantes en tiempo de la revolución francesa. . . . .	747







Universitat Autònoma de Barcelona

**Servei de Biblioteques**

Biblioteca d'Humanitats

RES 11612



UAB

Universitat Autònoma de Barcelona  
Biblioteca d'Humanitats

